Antonio Tabucchi

El ángel negro

COMPACTOS ANAGRAMA

EL ÁNGEL NEGRO

ANTONIO TABUCCHI

COMPACTOS ANAGRAMA

Título de la edición original:
L'àngelo nero

Edición en formato digital: noviembre de 2022

El autor agradece a su amigo Gérard Castello-Lopes la generosidad con que le ha ofrecido la fotografía que aparece en la portada del libro.

© imagen de cubierta, «Girl in a Bed», Bill Jacklin,

© de la traducción, Carlos Gumpert y Javier González Rovira, 1993

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1991

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1998
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4560-0

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Engel und Puppe: dann ist endlich Schauspiel.
(Ángel y marioneta: por fin ya hay espectáculo.)

RAINER MARIA RILKE,
Duineser Elegien, IV, 57

NOTA

Estos relatos, que me han acompañado durante cierto tiempo de mi vida, hubiera deseado acompañarlos por mi parte con una nota que fuera un viático o una despedida. Ahora, cuando la página me convoca para la prueba, no lo consigo. Quizá es un simple cansancio. Cansancio de ellos, cansancio de mí mismo, cansancio de una convivencia que no ha sido de las más serenas. Los ángeles son seres que requieren dedicación, sobre todo los de la clase de que se trata en este libro. No tienen suaves plumas, sino un pelaje raso, punzante.

Basta. Que se vayan así, como vinieron. Que nada los justifique, que nada los proteja, mucho menos una nota al margen tejida con palabras de circunstancias. Tan solo de un ángel quisiera hablar. Es el que reverbera en el último de estos relatos, en el cual, en una imaginaria marisma toscana, reviven los rasgos del Capitán Nemo de Verne. Esta historia pertenecía a una novela que escribí hace ya muchos años y de la que después me deshice. De improviso, las primeras páginas de aquella novela aparecieron en un cajón, bajo la forma de una revista que pertenecía a mi edad juvenil y que ahora añoro. Esas páginas han actuado. Y han pedido un desarrollo de la historia, no como la escribí hace años, sino como la concibo ahora. Lo que fue, vuelve, llama a nuestra puerta, petulante, postulante, insinuante. A menudo con una sonrisa en los labios, pero no hay que fiarse, es una sonrisa engañosa. Y mientras tanto, nosotros vivimos, o escribimos, lo que es lo mismo en esta ilusión que nos transporta.

El título de este libro pertenece a Eugenio Montale, que antes que yo se topó con un ángel de alas negras. Es un título que quiere ser un homenaje, pero es antes que nada un afectuoso recuerdo.

A. T.

VOCES TRAÍDAS POR ALGO, IMPOSIBLE DECIR QUÉ

A veces puede empezar por un juego, un pequeño juego secreto y casi infantil que solo tú conoces y que por pudor no dirías nunca a nadie, cosas así no se hacen, pero es un juego, digamos una broma para con uno mismo, o con los demás, los ocasionales transeúntes, ocasionales parroquianos, son ellos los inadvertidos compañeros de tu juego, aunque no lo sepan. Porque hablan. Es un juego fácil, no cuesta nada, no hay reglas si no con uno mismo, lo cual lo convierte en atrayente y libre, y basta irse a dar una vuelta, por ejemplo el domingo, el domingo es un día ideal, con todas las parejas que circulan aburridas por los cafés, los grupos de viejos amigos que se cuentan historias, los solitarios que entablan conversación con el camarero, ciertas viejecitas que se quejan y dicen que en sus tiempos era todo distinto y que ahora el mundo parece enloquecido, eso es, así, basta una frase y decides que es esa, la extraes de la conversación como un cirujano que coge con las pinzas un jirón de tejido y lo aísla, por ejemplo: *mi difunto marido, cuando celebramos las bodas de plata*, basta, es una frase óptima para empezar, hoy es domingo, ya entrada la primavera, una bandada de palomas gira sobre el tejado de la catedral y vira dibujando una mancha clara, demasiadas palomas en esta plaza, ensucian, pero es agradable verlas, lo importante es no mirar a la portadora de la frase, es una regla que a veces te gusta observar, por ello miras las palomas, así mantienes los ojos en alto, quién sabe cómo es la vieja señora, de todos modos puedes imaginarla, está hablando con el vendedor de periódicos, has oído que pedía el teleprograma, qué frase más oportuna para empezar tu juego, la cortas con tus tijeras mentales por la palabra *plata*, además es una palabra que casa perfectamente con la mancha clara que las palomas dibujan en el cielo, comienzas a cruzar la plaza, estas obras de consolidación no se acaban nunca, repites la frase para tus adentros un par de veces, la saboreas, una buena apertura, como unas buenas cartas en un póquer, quién sabe qué compondrás esta tarde, es estupendo escribir por la tarde una pieza absurda pero lógica que las voces de los otros te han regalado, algo que te narrará una historia distinta por completo de las historias que han contado todos aquellos a quienes has robado esta historia y que, en cambio, te pertenece solo a ti, porque ellos con una historia así no sabrían qué hacer, ni siquiera la reconocerían, cada uno ha proporcionado una pequeña tesela, una piedrecilla que has recogido, seleccionado y engastado en el lugar que le correspondía, ese y solo ese, para formar el mosaico que esta tarde mirarás con ojos ávidos, sorprendido al ver cómo se desarrollan las

cosas, cómo una palabra se encaja en la otra, un hecho en el otro, un detalle en el otro hasta crear un asunto que no existía y que ahora existe: tu historia.

Podría ser una buena idea sentarse en un café de la plaza Dante, hay una pastelería con una terraza con mesas al aire libre, delante de una tienducha que se llama La Rápida y donde se reparan bolsos y zapatos, a esta hora hay siempre clientes que toman helado y café, hoy con este hermoso día habrán salido a la calle hasta los viejecitos que viven en las casuchas de la plaza, son viejecitos que siempre llevan sombrero, escupen a menudo, juegan a las cartas, de vez en cuando barbotean frases casi incomprensibles y hablan con los demás como si hablaran consigo mismos, es su modo de comunicar quién sabe qué a quién sabe quién, ellos son la ocasión ideal para continuar una frase como la que has recogido hace poco, veamos qué puedes reunir. Bajas por la calle de Santa María, ya están las primeras bandadas de turistas paseando con la cámara fotográfica al cuello, algunos sacan fotografías, desde aquí la torre ofrece una perspectiva extraña, se ve un pedazo torcido que parece a punto de rodar sobre los tejados, causa cierta impresión, hace tiempo en lugar de este snack-bar había un colegio de monjas, lo recuerdas siempre que pasas por delante, ibas a esperar a una chica que se llamaba Cristina, hace muchísimo tiempo, no tienes ni ganas de calcularlo, eras otra persona, qué extraño, pero el recuerdo ha perdurado en esta persona tuya de ahora. *Se hizo pasar por muerto para escapar a la vergüenza de la quiebra*. Esta es regalada, sin que la aísles siquiera de otras frases, porque la cháchara de las dos señoras que han pasado a tu lado, ya se ha hecho confusa a los dos metros, te das la vuelta para mirarlas rompiendo las reglas, solo ves que una de las dos tiene en el rostro la expresión de una extrema sorpresa, como si no creyera lo que oye, y la otra hace un gesto con la cabeza, como si dijera: es exactamente así, querida, créeme; son dos señoras elegantes que con probabilidad se dirigen a la misa de la catedral, la misa es más tarde, pero ellas pasarán el rato mirando a la gente, charlando, contándose sus secretos, quién sabe de quién hablaban, quién será ese que para escapar a tanta vergüenza se hizo pasar por muerto, en cualquier caso te es indiferente, lo importante es que el principio de la historia empieza a tener una continuación muy prometedora: mi difunto marido, cuando celebramos las bodas de plata, se hizo pasar por muerto para escapar a la vergüenza de la quiebra. No queda nada mal. Por ahora puedes poner un punto y esperar lo que te traiga el destino.

Lástima que el tiempo esté cambiando de repente. Se ha levantado un fuerte viento, a ráfagas, fresco y salobre, viene del mar, la luz se ha hecho lívida, como de temporal inminente y un muro de nubes de tinta se ha levantado hacia el sur, haciendo resaltar el mármol de los

puentes y de la iglesia de la Spina que ahora parece un frágil navío pintado sobre un fondo relumbrante. Hay electricidad en el aire, lo notas, basta un poco de sensibilidad para estas cosas, lo adviertes en el vuelo inquieto de las palomas, en la prisa artificial de la gente, en el nerviosismo de los gatos de la plaza: pero el temporal no es tan inminente, tú bien lo sabes, conoces a la perfección este lugar y su clima, cuando un temporal de primavera llega del mar tienen que pasar dos horas por lo menos para que madure sobre la ciudad, primero habrá relámpagos en el horizonte, con un gruñido de truenos como cañones en la lejanía; después las nubes llegarán compactas, como un bloque sin fisuras, de plomo; entonces la ciudad se oscurece, cae la noche aun en pleno día, y solo en ese momento se desencadena el temporal, con un viento devastador y una lluvia que llega oblicua, a rachas, implacable.

En el café Dante están retirando las mesas prudentemente y las ponen en el interior, una sobre otra, encima de las cajas de licores de la esquina, de forma que no molesten a los clientes. Pides un café, te entretienes un poco para escuchar los comentarios del dueño y de un amigo suyo acerca de las noticias que la radio está retransmitiendo sobre los partidos que se juegan. La Juventus va perdiendo y nadie se lo esperaba, con ese equipillo de provincias; es a causa del terreno de juego, argumenta el dueño del café, está hecho un pantano; pero será un pantano también para los otros, le objeta justamente el amigo; sí, dice el dueño, solo que los campeones están en desventaja en terrenos fangosos, ya sabes qué delicados son los campeones, juegan de puntillas, son como las bailarinas de la Scala, no puedes hacer bailar a una bailarina de la Scala en las aceras. El amigo asiente poco convencido, dice: ¡bah!, qué tiempo más extraño, hoy parece un día embrujado, va a mirar por la puerta de cristales y mueve la cabeza, será porque este es un año bisiesto, dice concluyendo, parece que los bisiestos son siempre así.

Te llevas la tacita de café a la salita contigua, donde los clientes aficionados juegan a las cartas. Son siempre los mismos. Los conoces desde hace años, también ellos te conocen, saben que vas allí para verlos jugar, o al menos eso piensan, y toleran tu presencia, porque ya se sabe que los jugadores detestan tener curiosos a su alrededor. Pero entre ellos y tú hay casi una complicidad de viejos amigos, aunque no sois amigos, apenas conocidos del café, no saben ni siquiera tu nombre, pero no importa, es lo suficiente como para saludarse con cordialidad: buenas tardes, ¿qué tal va el juego, viejos viciosos empedernidos? Alguno sonríe, uno mueve la cabeza, otro hace un gesto de fingida protesta con una mano; así, miras a tu alrededor sorbiendo el café, indeciso sobre qué mesa elegir. En la del fondo están jugando un póquer dramático, mejor no; en la que hay junto a la

puerta juegan una escoba bastante animada; en la mesa de los refinados, una brisca de cinco, es un juego extraño la brisca de cinco, participa del azar y de la astucia, es algo parecido a tu juego con las palabras, hay que elegir entre las cartas que el azar te asigna y gracias a ellas adivinar quién es tu cómplice, porque tienes un cómplice y es necesario dar con él entre cuatro posibles cómplices, hay que confiar en la suerte y en la intuición, te decides por la brisca de cinco, acercas una silla y te pones a mirar en silencio, con los ojos atentos a las cartas y el oído atento a las frases que aletean en la sala, frases sibilinas, de jugadores: alguna imprecación, palabras que valen un instante e inmediatamente se pierden empujadas por otras palabras.

Nunca logré decírtelo antes, pero ahora es necesario que lo sepas. La frase ha llegado repentinamente a tus oídos con el estupor de una herida que duele de improviso, una aguja o un taladro, después lo sientes estallar dentro de tu cabeza y resonar pausadamente antes de apagarse: *es necesario que lo sepas*. Te has puesto en pie de un salto, mirando la puerta como acorralado, incluso los jugadores te observan, debes de tener un color térreo y el espanto en los ojos, te sientas intentando controlarte, eso es, ya nadie te hace caso, les habrá parecido un gesto de aburrimiento, una extravagancia tuya; miras a todos los jugadores, uno a uno, te preguntas de quién habrá salido esa voz, si es que ha salido de una de las personas que se encuentran allí, y piensas de nuevo en la voz, que resuena todavía en tus oídos, es inconfundible esa voz, nasal, un poco arrastrada, con un dejo irónico en el timbre, es una voz que has conocido demasiado bien; y entonces, con lentitud, como para tus adentros, dices: Tadeus, estás aquí, te he oído, dime dónde te escondes. Miras de nuevo a los jugadores, ese viejecito con boina y de aspecto demacrado, ¿será él?, piensas, ¿me habrá hablado Tadeus a través de él? Y luego a los demás: un hombre corpulento de unos cincuenta años de aire pacífico, dos jovencitos con brillantina, los cuatro señores maduros que juegan al póquer; no, piensas, no es ninguno de ellos, Tadeus está aquí, seguro, está aquí vagando, pero ¿dónde? Te pones a mirar la habitación, objeto por objeto, qué absurdo, como si dentro de cada objeto pudiera ocultarse la presencia de Tadeus y su voz: el calendario de la pared, con una reproducción de Fattori, la oleografía al lado del espejo, donde se ve a un cazador que abate una avutarda, la lámpara de cristal falso con pantallas en forma de campana, y repites: Tadeus, te lo ruego, te he oído; qué quieres decirme, desde dónde me hablas, no es posible, tú ya no estás aquí, no puedes estar aquí con tu voz. Pero entre tanto tu mente repite: ¿desde dónde me hablas, Tadeus, qué quieres decirme? Y, qué extraño, te das cuenta perfectamente de que la voz ya no está allí, que a través de los seres de aquella habitación no volverá a hablarte, que debes buscarla, perseguirla en el azar, fuera; entonces te

levantas, haces un saludo distraído con la mano, ahora tienes la mente despejada, has desechado las frases recogidas durante la jornada, dentro de ti solo queda, nítida y fuerte, una voz que dice: *Nunca logré decírtelo antes, pero ahora es necesario que lo sepas*.

¿Qué es lo que nunca lograste decirme antes? Así vas repitiendo dentro de ti mientras sales del café indeciso sobre qué dirección tomar, ¿qué es lo que no has conseguido decirme antes? Y ahora eres tú el que habla en voz alta, porque dos transeúntes se han dado la vuelta para mirarte, ahora eres tú quien proporciona a los demás frases hechas. Es necesario que te calmes, lo sientes, necesitas sentarte y reflexionar, eliges un banco del pequeño jardín, el cielo va oscureciéndose cada vez más, te pones a pensar en aquellos años, en todo, es imposible pensar en todo a la vez, hay que ver las cosas en orden, pero ¿tienen un orden las cosas?, ¿y a qué orden se refiere una frase como esta: a qué tiempo, a qué momento, a qué circunstancia? A todo, puede referirse a todo, por lo tanto es inútil pensar las cosas en orden, déjalas que vengan tal como quieran. Y piensas: se refiere a la novela, esa novela acabó mal. ¿Fue solo culpa tuya o hubo algo que hizo que la novela acabase mal? Quizá algo *hizo que*, pero ¿qué? Ahora cuesta demasiado pensar en ello, haría falta ponerse allí a reconstruir todo con minuciosidad, aquellos momentos, aquel verano infausto, las borrascas de septiembre, las veladas de soledad, la villa, Isabel, que siempre quería invitados a cenar, tenía miedo, quizás, aquellas veladas le daban miedo, y la novela acabó mal. Pero no, la novela no tiene nada que ver, simplemente cumplió su destino, porque era justo que así fuera. ¿Pero era justo deshacerse de aquel modo de una creación? No era justo, lo sabes, fue solo el chivo expiatorio, una extraña venganza. Oyes de nuevo el viento nocturno, cuando se desencadenaba la borrasca y las viejas ventanas crujían; Isabel nunca se dio cuenta de nada, nada que concerniera a la novela, nunca le hizo caso, se preocupaba solo de tener compañía, no quería quedarse sola contigo en aquella casa pavorosa sobre la escollera. Y entonces, con un paso incongruente, pero muy lógico para ti, dices: Isabel era infeliz, su miedo consistía principalmente en esto. Se lo estás diciendo al gran duque blanco que se yergue en la plaza con casas de un rojo pompeyano, es la plaza que más te gusta de toda la ciudad, de una geometría insólita, cortada en forma de trapecio por un edificio de rejas panzudas; el cielo está lívido, el gran duque mira hacia el mar, como si también temiera la borrasca y espiara su llegada; era solo infeliz, me equivocaba al creer que tenía miedo, o mejor, también esto es un modo de tener miedo, porque la infelicidad es una forma de miedo. Vas a sentarte en el zócalo de piedra, con la absurda esperanza de que esa estatua de facciones realistas pueda traerte una voz que ahora te rehúye; pero por qué no, es un caballero con una larga capa y

el rostro noble y triste; debe de haber conocido el gusto del poder y la amargura de la traición, tal vez él también podría traerte la voz; y por eso te sientas, enciendes un cigarrillo, miras al caballero de abajo arriba, su caballo parece tantear entre las nubes, es un corcel que en sus grandes órbitas vacías lleva el mismo estupor y la misma tristeza que su caballero, dices: Tadeus, te lo ruego, ¿qué debes decirme?, y mientras tanto piensas de nuevo en aquel verano, que tan esmeradamente habías olvidado ocultándolo en un sótano sobre el que habías colocado una pesada tapadera. Y ahora esta tapadera, como por arte de magia, se ha movido, se ha deslizado abriendo una fisura; respiras a pleno pulmón porque te llega también un perfume de lavanda, el terreno de la villa estaba lleno de lavanda; por la mañana, cuando bajabas por la escollera, el aire sabía a sal y a plantas, luego te das la vuelta porque de la casa ha llegado un alarido, no, no es un alarido, es como un grito sofocado, un sollozo que el viento te trae, estás indeciso sobre si volver atrás o no, pero no quieres saber nada, no ha sucedido nada, es cualquier cosa, que de vez en cuando sucede, un sollozo, y entonces repites: la infelicidad es una forma de miedo, Tadeus, lo he sabido siempre, y no he querido nunca pensar en ello, es esto lo que quieres recordarme, quieres hablarme de Isabel, para eso me llamas. Pero el gran duque mira hacia el mar con sus ojos vacíos, ahora las nubes que se han puesto a galopar hacen galopar también a su corcel, como si volaran juntos hacia su pasado, también ellos en sentido contrario; y te levantas y recorres la plaza que tantas veces has recorrido en tu vida, te acuerdas todavía de aquel viejo cine que se quemó, te llevaban de niño para ver a Charlot, sales al Lungarno y te apoyas en el pretil, hacia la desembocadura se ha abierto una franja de luz violeta, siniestra, hay más gente por aquí, pero son transeúntes con prisas, no hablan, piensas rápidamente adónde ir, él quiere hablarte, su voz necesita una voz, o mejor, eres tú quien quiere que él te hable ahora, debes hablar, Tadeus, no se puede decir algo así y dejarlo a medias; dónde estás, la ciudad es grande, ¿estás aquí o me esperas en alguna parte? Si estás aquí, sígueme, te lo ruego, vamos a buscar un lugar con gente que hable, dime algo más, necesito que me hables todavía, no puedes pararte a estas alturas. ¿Pero de qué tenía miedo, o *de quién*? Ahora ya no puedo dejar de formular este pensamiento, tú me entiendes, Tadeus, eres tú quien me ha hecho pensar en esto, mira, yo no hubiera querido, te lo juro, durante años no he querido pensarlo, pero me has obligado, porque no se puede tener miedo solo de un lugar, de una casa, se tiene miedo a alguien o a algo, te lo digo porque aquel día me alejé, permanecí en la escollera todo el día, lo hice para no saber, no tengo otra explicación, de otra forma, ¿por qué me quedé en la escollera durante todo el día?, oí el grito sofocado y me di la vuelta para mirar, delante de la villa había

un coche, no era tu coche, era un coche desconocido, hubiera tenido que ir a ver, pero tampoco Isabel quería que yo supiera, y así dejé pasar el tiempo contemplando el mar, con una sensación de pérdida y de inutilidad, esperando a que todo se consumase, pero qué todo, Tadeus, tú lo sabes y ahora debes decírmelo. Debes decírmelo porque si no…

Si no ¿qué? ¿Tiene sentido tu amenaza? En lo más profundo de ti bien sabes que no tiene ningún sentido, porque podrías incluso injuriarlo, maldecirlo: pero, allá donde se encuentra, él está riéndose de tus maldiciones. Se encuentra ya en un lugar de malditos, lo has sabido siempre, y ahora está riéndose de ti, que quisieras verlo en el infierno; se encuentra perfectamente a gusto en un lugar que ha ido preparándose durante toda su vida, una vida hecha de negaciones y de disipación, empleada en pensar mal de sí mismo y de los demás, dedicada por entero a tentar y a dejarse tentar. Y sabes también que en este momento te está tentando. Su invitación, engañosa y maligna, es en cierto modo un desafío, una tentación, y dices: Tadeus, aquel día eras tú con otro automóvil, fuiste tú quien convenció a Isabel para hacer aquello, te encargaste tú de todo, lo tramaste todo, lo organizaste todo, fuiste tú quien preparó su perdición.

¿Y cómo la preparó? En eso estás pensando ahora, mientras recorres el Lungarno hacia la Ciudadela, en esta parte de la ciudad donde los edificios se van espaciando hacia las viejas murallas almenadas recubiertas de yedra, el viento ahora se ha hecho impetuoso, sopla a ráfagas y forma en el aire remolinos de hojas y periódicos viejos, ¿cómo preparó esa perdición?, ¿cómo cercó a su víctima? Y lo vuelves a ver, con aquella sonrisa irónica suya y la ocurrencia preparada, ingenioso, inconformista, sarcástico: verdaderamente divertido, Tadeus, el amigo del corazón, o mejor, el amigo de la inteligencia, porque era eso lo que más le importaba, la inteligencia era su enseña. Y Magda, piensas, ¿qué papel desempeñó en toda aquella historia? Ella, tan silenciosa y tan solícita, siempre disponible, casi servicial, con sus ojos lánguidos y su eterna nostalgia por algo que parecía haber perdido, aunque no se sabía lo que era: ¿cuál fue tu papel, Magda? Más allá de la puerta de las viejas murallas, antes del cuartel, al abrigo del campo deportivo, está el bar del Rondinella Sport Club, allí te diriges inconscientemente respondiéndote que Magda tuvo un papel amoroso: sí, a su modo era amor, aunque mal encaminado, aunque con resultados negativos; giras la manilla, en el lugar hay un enorme barullo, humo, ruido; algunos niños vestidos para un encuentro de fútbol, en pantalones cortos y camiseta, esperan el inicio del partido del domingo, pero parece que hay opiniones divergentes; dado el mal tiempo, algunos padres que los acompañan querrían aplazar el partido, un padre vestido de árbitro y

con aire perplejo no sabe qué decidir y escucha a los dos grupos contrarios intentando encontrar una solución, los chicos del Rondinella Club esperan el resultado de la discusión con aire indiferente, están sentados en los bancos y beben naranjada; más animado parece el equipo adversario que ha venido de otra ciudad y corre el riesgo de haber hecho el viaje en vano, entre ellos hay un niño particularmente excitado, con el número once en la camiseta, que no se está quieto ni un momento, da vueltas entre los compañeros, dice: hay que jugar el partido, si no ¿para qué hemos venido?, lo miras un momento, es un niño delgado, con pecas y ojos encendidos y, en ese momento, solo para ti, su boca que se abre para hablar a los compañeros te trae una voz inconfundible, nasal y levemente irónica, que retumba en tus oídos como gritada a través de un altavoz: *algo que incluso tú puedes descubrir, basta que vayas escuchando desde el lugar más alto de la ciudad*. Esperas algunos segundos con la esperanza de que la comunicación continúe, pero ahora el niño está hablando con una estridente voz de niño, el rumor de voces ha vuelto a encenderse a tu alrededor, y entonces sales fuera como por instinto, ya cae alguna gruesa gota de lluvia y el viento es fortísimo, bajo el soportal del bar hay un corrillo de hinchas que están discutiendo, algunos sostienen que el partido debe aplazarse, otros que debe disputarse en cualquier caso, entre estos últimos hay un jovenzuelo grande y grueso que pide silencio y que apuntando con el dedo al cartel pegado en la puerta lee en voz alta, para apoyar su tesis, la fecha del encuentro: *el día 10 de mayo a las seis de la tarde*. Y la voz con la que lee es una voz que no deja lugar a dudas, la conoces hasta en sus más sutiles matices; y entonces miras el reloj inmediatamente, porque el mensaje ahora ya está claro, como está clara la cita, faltan veinticinco minutos para las seis y la torre está lejos, al final de la ronda de las murallas, es ese el lugar más alto de la ciudad, es allí adonde él quiere que vayas para que sepas.

Pero ¿saber qué?, todavía tienes la fuerza de murmurar mientras echas a correr; podrías intentar esperar un autobús, pero hoy es domingo y el servicio se reduce a la mitad, es mejor no arriesgarse, corriendo puedes conseguirlo, hacía mucho tiempo que no corrías de este modo, las sienes empiezan a palpitarte y el corazón a latir deprisa, te ves obligado a moderar la carrera, de todos modos así está bien, y además el camino empieza ahora a descender. Rodeas el feo edificio de la facultad de Farmacia para ahorrarte camino, atraviesas los jardincillos y vuelves a salir al paseo, el viento desordena las ramas de los tilos y en el suelo se ha formado una alfombra amarillenta de polen que hace el terreno resbaladizo, por eso te mantienes cerca de las casas, mientras dices: no fue culpa mía, yo no sabía nada. Entretanto miras el reloj, porque has avistado la plaza, la amplia

extensión de hierba bajo la puerta en arco y sabes que ahora puedes lograrlo, faltan más de quince minutos. Son pocos los puestos de *souvenirs* que permanecen abiertos: muchos comerciantes se han apresurado a cerrar, por miedo al temporal. La plaza está casi desierta, pasas como una exhalación cerca de un grupito de señoras americanas con impermeables transparentes, han bajado de un autobús y están fotografiando la torre; cortas por el prado, la hierba está mojada y te empapa los zapatos, pero no haces caso, estás ya en la puerta de la torre, por suerte no hay gente haciendo cola en la taquilla, compras la entrada jadeando, el taquillero te mira perplejo, intentas disimular y te arreglas el pelo, después enfilas las escaleras con paso tranquilo porque notas que el taquillero te está observando con demasiada curiosidad y no quieres que sospeche. Pero, nada más superado el primer tramo de escalones, apresuras de nuevo el paso, estás sudando abundantemente, las escaleras de esta torre son terribles, escarpadas e inclinadas, de caracol, como un intestino, y a cada vuelta ves por los ventanales la ciudad cada vez más abajo, primero los tejados de la calle de Santa María, después el cerco de las murallas, luego el río que atraviesa la ciudad con dos amplias curvas, desembocas en la primera terraza, faltan cuatro minutos para las seis, ya solo queda un tramo de escaleras, el que lleva a la terraza de las campanas, enfilas el umbral de la puerta, sientes que las piernas están cediendo, pero ahora ya estás ahí, entras en la última plataforma y te asomas a la ciudad. Solo hay dos turistas obstinados, es una pareja madura que mira el panorama con prismáticos, a primera vista parecen extranjeros, te acercas con naturalidad, te instalas en el parapeto a una distancia que te permita entender sus palabras, ahora han bajado los prismáticos y conversan, ella se ata un pañuelo a la cabeza para protegerse, las nubes oscuras han descendido sobre toda la ciudad, aguzas el oído, hablan en francés, captas algún retazo de frase, es una enfermedad que hoy se puede controlar, dice él, es un virus parecido al herpes zóster. Luego se callan, se cogen de la mano y enfilan las escaleras para descender. Miras a tu alrededor maravillado, no ha quedado nadie, estás solo, allá arriba, te sientes traicionado, dices: Tadeus, me has dado una cita falsa. Y en ese momento empieza a llover a cántaros, con violencia, un rayo dibuja un zigzag sobre el río, las nubes hinchadas se abren y el diluvio se abate sobre la ciudad. Te dejas empapar tranquilamente, aprietas con las manos el hierro del parapeto y en ese momento la campana mayor, a tus espaldas, empieza a tocar las seis, son repiques graves y profundos que hacen vibrar el suelo, parece que tiemble la torre entera, miras a lo lejos, hacia el mar, y después debajo de ti, perpendicularmente. Sientes el vértigo que te captura la mirada y que se transforma en una comezón que desciende por tu espalda y alcanza tus manos que ahora se abren

y se cierran por sí mismas sobre el hierro del parapeto: ahora sabes por qué Tadeus te ha atraído hasta allí, solo él podía darte una cita como esta.

NOCHE, MAR O DISTANCIA

Donde tuvo su origen, allí es preciso que retome en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino. Las cosas deben pagar unas a otras castigo y pena según sentencia del tiempo.

ANAXIMANDRO

Cada vez que imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche, le llegaba la voz nasal e irónica de Tadeus, que pronunciaba pausadamente una de aquellas frases suyas que querían decir todo y nada: porque es un buen viático. Y de inmediato todo comenzaba a tomar cuerpo y a dibujarse en sus perfiles: el Jardim do Príncipe Real, con el árbol centenario y su recinto de casas amarillas, la calle estrecha y recorrida por un tranvía chirriante, aquella fría tarde de un año lejano, el noviembre de mil novecientos sesenta y nueve, la habitación del segundo piso, repleta de libros, minúscula, y en el interior, sus amigos, los cuatro con las caras de entonces, hombres y mujeres ya hechos y derechos, sí, pero en aquella época siempre se aparentaban menos años, quién sabe por qué, quizá la manera de vestir o el corte de pelo, y de todas formas los cuatro eran jóvenes, apenas veinteañeros, llenos de esperanza y de buena voluntad, hablando con el célebre poeta, ahora ya casi un viejo, que en su juventud había sido batallador y feroz, y después se había doblegado a su pesar a los acontecimientos, a la vida, la ferocidad se le había transformado en sarcasmo y amargura, y de las batallas conservaba el escepticismo de quien ha librado batallas, las ha perdido y sostiene que es vano librarlas.

Y, a veces, cuando imaginaba aquella noche, intentaba incluso evitar esa frase insidiosa de Tadeus; como si una extraña reluctancia, casi una pequeña náusea, lo empujara hacia la conclusión, hacia el desenlace y la pena que las víctimas tendrían que atravesar; y entonces los veía ya en la calle, a aquella pobre cuadrilla, diciéndose buenas noches, muchachos, después alguno de ellos decía algo ingenioso o una frase de más, con lo que pasaban otros tres o cuatro minutos, así, porque sí, sin una razón precisa en la noche, y en ese instante llegaba el automóvil, inexorable, a la cita que les esperaba para una experiencia que precisamente ellos habrían de vivir, porque eran ellos quienes la habían vivido. Pero en ese preciso momento, también inexorable, llegaba la frase de Tadeus, casi insignificante y sin embargo engañosa, pensándolo bien, y entonces su imaginación, la de quien después de tanto tiempo estaba imaginando aquella noche, empujaba a los cuatro amigos hacia atrás, como en una película proyectada al revés, y los veía subir las escaleras de espaldas, volver nuevamente al rellano de Tadeus, volver a entrar en casa: ahí estaban, de nuevo en la puerta listos para despedirse, todo adquiría de nuevo su perfil y ellos debían revivir el preámbulo, el prólogo a lo que iba a ser su aventura de aquella noche, estaban en la puerta diciéndole

buenas noches al viejo poeta, tras una noche hablando de poesía.

Porque es un buen viático, repetiría después Tadeus, con una de aquellas frases suyas que querían decir todo y nada. Un buen viático, ¿la poesía, acaso?, y además, ¿un viático para qué?, esto seguiría siendo un misterio para todos: en la puerta, con los abrigos ya puestos, entonces, buenas noches, eh, muchachos, adiós, Luisa, Tiago, Tadeus, *aurevoir*, Michel, pero entonces alguien dijo: para la noche, el mar, la lejanía. Quizá fue Tiago, quien volvía siempre sobre argumentos que parecían ya agotados, era muy típico de él, evidentemente se refería al viático, lo entendieron todos, y fue por eso también por lo que, sin saber cómo, alguien volvió a cerrar la puerta. Venga, un vaso más, es una lástima no acabar la botella que ha traído Michel, tú siempre te traes una botella. Michel, ayúdanos a acabarla, y además el verso no es exactamente así, habría que decir: para la noche, el mar, la distancia; no lejanía, distancia, hay cierta diferencia, dijo Tadeus. Pero no fue por eso por lo que se quedaron, para abrir de nuevo el libro de uno de los poetas que habían leído aquella noche y un verso que, en efecto, decía: si es noche, mar o distancia. No, todos sabían que se quedaban por otra razón, porque fuera estaban de verdad la noche, el mar y la distancia, y la frase de Tiago había hecho explícito un sentimiento que era de todos y que nadie tenía el coraje de manifestar: un malestar, como una tenue enfermedad; no miedo, más bien una mezcla de inseguridad y desazón, como sentirse prófugos en una ciudad que era la suya y tener nostalgia de su verdadera ciudad, que era esa misma, pero en otro momento que no fuera aquella noche hostil, una noche con sus maléficas ondas que vibraban listas para desencadenarse. Fue eso lo que sintieron en la puerta, mientras se despedían; de modo que se quitaron los abrigos recién puestos y volvieron a entrar en la pequeña sala repleta de libros; por lo demás, Tadeus no esperaba nada mejor que complicidad para trasnochar, y cuando leía poesía perdía la noción del tiempo. Dijo: es como cuando la escribo, el tiempo hace *fssssss*, como un balón que se desinfla, se empieza a vivir en un mundo sin atmósfera, en el vacío, lo mismo que cuando se lee, ¿a vosotros no os produce el mismo efecto? Se dejó caer en un sillón, con el libro en la mano, y dijo: ¡*fssssss*!, y todos rieron, porque Tadeus, en aquel momento, estaba haciéndose el joven, y sabía hacerlo bien. Viejo no era, de todos modos, pero se veía cada uno de sus cincuenta años, y además, con la vida que había llevado… Y ahora estaba haciéndose el veinteañero, como los otros veinteañeros. Hizo: *fssssss*, y dijo: es el alma que sale por arriba y por abajo, el alma desea salir fuera, le basta un agujero, de lo contrario se ahoga. Y los otros rieron porque intuyeron lo que quería decir. Y porque era necesario reír aquella noche. Pasaban pocos coches, las farolas se habían apagado, una ocurrencia de la policía para que no se formaran en la

calle pequeños grupos subversivos; en toda la calle, solo estaba iluminado el portal de la Adega Val do Rio y más adelante la Guitarra Dourada, con una guitarra de neón como rótulo de la cual se había fundido el tubo de una cuerda; y debajo, también de neón: *crustáceos e mariscos*. Tiago se acercó a la ventana y dijo que parecía el toque de queda, y luego se puso una mano sobre el pecho, como si hiciera un extraño juramento, o como si algo le oprimiera, y dijo: esta vez no conseguirán vencer, no conseguirán amañar también estas elecciones. Pero se volvió rápidamente hacia los cristales y susurró: ¿por qué deberían dejarnos ganar?, hace cuarenta años que mandan. Y entonces alguien rió, quién sabe quién fue, aunque quizá nadie, fue un suspiro que pareció una risa nerviosa, y en aquel momento les llegó el ulular lejano de una sirena, de ambulancia o policía, y como para tapar aquel siniestro sonido Joana dijo: ¿y si siguiéramos leyendo?, y miró a su alrededor con ojos ansiosos, los ojos de una muchacha joven que quería creer en la vida y en la poesía, y sus manos estaban nerviosas, quizá porque intuyó que los demás habían comprendido su súplica y no conseguían atribuir a la lectura de algunos versos el mismo sentido de esperanza y de ilusión.

Se encontraban en ese momento de la velada: todavía era temprano, pero parecía ya bien entrada la noche; y la noche anticipada ocupaba el espacio con su presencia y había creado una charca inmóvil, un maleficio en el cual, como en un encantamiento que algo debería romper, se sentían prisioneras las personas que ocupaban aquella habitación. Quién sabe si fue para romper aquel encantamiento por lo que uno de ellos se movió, y es imposible decir si fue Tiago o Michel, y fue tal vez porque intuía oscuramente el sortilegio que los aprisionaba, por lo que pronunció sus palabras como si fueran un conjuro, alzó el vaso y, con voz que tendría que haber sido premonitoria pero resultó sombría, dijo: por noviembre de mil novecientos sesenta y nueve, mes de la caída del salazarismo. Fue extraño cómo noviembre se hizo presente, evocado por aquellas palabras. Había sido un transparente día de octubre y lo habían pasado en la playa, llevándose fruta y bocadillos. Alguien había encontrado el valor de zambullirse en el océano, el sol era cálido y al regresar a casa habían sentido que el rostro les ardía. Y ahora, de improviso, noviembre ya estaba allí presente, por las ventanas se oía el susurro de los árboles del Jardín Botánico, se había levantado un viento maligno que silbaba entre las rendijas y las hojas arrastradas por el viento pasaban veloces ante los cristales.

Hubieran debido hacer otro brindis por el libro recién impreso que estaba sobre la mesa, lo sentían, un pequeño libro de versos que Tadeus había recogido en la imprenta aquella tarde para leerles algunos versos antes de que se pusiera a la venta; pero él parecía

rehuir aquel brindis, como si sintiera turbación o desgana, o una sutil vergüenza por haber escrito aquellas poesías y por haberlas publicado en aquel noviembre de ilusiones para los demás, pero para él carente de cualquier clase de ilusión, un mes marcado ya por la derrota y en el cual era mejor no depositar esperanza alguna. Hasta que alguien, quizá Luisa o Joana, o quizá ambas, por esas curiosas coincidencias debidas a la timidez que a menudo elige lugares comunes, alzaron los vasos y dijeron al unísono: por la poesía. Y Tadeus, con su voz irónica y nasal, murmuró: porque es un buen viático.

Solo en ese momento, quien estaba imaginando cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche se daba cuenta de que la frase de Tadeus creaba un círculo vicioso; porque en aquel momento los amigos, deduciendo de aquella frase una despedida, se ponían los abrigos, se acercaban a la puerta, la abrían, se entretenían todavía un instante para saludar y en aquel momento, como si fuera un adiós, un conjuro o un irónico augurio, Tadeus repetía: porque es un buen viático. Y entonces alguien respondía: para la noche, el mar o la lejanía; quizá Tiago, y era también por eso por lo que, quién sabe cómo, alguien cerraba la puerta y Tadeus decía: venga, un vaso más, es una lástima no acabar la botella que ha traído Michel.

Y todo volvía a comenzar, en la imaginación de quien imaginaba aquella noche, como una pantomima o una brujería: de la puerta a los sillones, de los sillones a la puerta, como pobres criaturas embrujadas y condenadas a una repetición insensata, forzadas a representar y a recorrer otra vez el preludio a la aventura atroz que les esperaba en la noche y que una imaginación no tenía el valor de hacerles vivir como ellos tenían que vivirla.

Hasta que: ya basta. Ahora han salido, están bajando las escaleras finalmente, la bombilla del rellano del primer piso está fundida, alguien tropieza, se escucha una carcajada, Tiago, no empujes (voces de Luisa y de Joana), no os hagáis las remilgadas (voz de Tiago), y ya están finalmente en la planta baja, el chasquido del pulsador que abre la cerradura, un clic, y ya están fuera, ah, finalmente fuera del círculo vicioso de una frase que les mantenía prisioneros en la imaginación de quien imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche; finalmente fuera, en la noche, frente al jardín débilmente iluminado del Príncipe Real, escasos transeúntes, o más bien, nadie por las calles, como un toque de queda auténtico, una ciudad fantasma a su alrededor, las ventanas cerradas, y ellos allí en la acera diciéndose buenas noches y alguna broma inocente para intentar ahuyentar la melancolía con que la velada los había envuelto como si fuera una tela húmeda.

El automóvil llegó con las luces apagadas, silencioso, y cuando se dieron cuenta ya se había acercado a la acera con una maniobra

perfecta, la ventanilla medio bajada, oscuridad en el interior, imposible distinguir al ocupante, solo el cañón de una pistola que los apuntaba y que oscilaba imperceptiblemente, con pequeños movimientos, apuntándolos por turno como indeciso sobre a quién elegir para abrir fuego. Y después una voz, muy baja y pausada, dijo: quietos, señoritos, sin moverse, quietos, pero de espaldas y las manitas en alto. Dijo así exactamente: las manitas; y en aquel diminutivo incongruente había una violencia compacta, lo sintieron, algo grosero y malvado que los acometió por la espalda como una ráfaga de viento gélido que les hizo temblar. Permanecieron así durante un rato, mirando a la pared, no es posible decir cuánto tiempo, pero bastante, les parecía interminable y absurdo: pocos minutos antes estaban hablando de poesía y ahora una voz ignota acompañada por una pistola les clavaba a la pared. Ahora vuestras chaquetas, amenazó la voz, una por una, y traédmelas caminando de espaldas. El primero fue Tiago, que la acercó con el brazo extendido, sin volverse, como para evitar cualquier contacto directo con el ser que los estaba amenazando. Oyó que le daban la vuelta a la chaqueta, oyó caer la calderilla y las llaves, dijo: no tengo nada en la chaqueta, si es dinero lo que busca lo tengo en el bolsillo de los pantalones. La voz rió casi afable, y después dijo cortante: comunista maricón, ¿me has tomado por un chorizo? Entonces Tiago encontró fuerzas para replicar y preguntó: pero ¿quién es usted?, ¿qué quiere? Y la voz respondió: ya te lo diré luego, chato. La mano que se asomaba por la ventanilla rebuscó entre las chaquetas que le iban acercando y una por una las dejó caer, tras el registro, en el regato que corría entre la acera y el automóvil. Y ahora vuestros bolsos, señoritas, dijo. Primero tú, princesa, dijo a Joana, tengo curiosidad por hurgar en tus pequeños secretos, estoy seguro de que con tu aire de Virgen María debes de tener quién sabe qué secretos en el bolso, ¿verdad? La mano penetró en el bolso, era una mano gruesa, con el dorso ligeramente hinchado y los dedos cortos y robustos.

Y fue en ese momento cuando apareció el mero. Era un mero carnoso, brillante, aceitoso, que se deslizaba desde profundidades oscuras como la oscuridad del automóvil que amenazaba a las víctimas de aquella noche: por la ventanilla, junto a una mano hinchada de dedos burdos, se asomó el hocico de un mero que boqueaba. Qué incongruencia, una mano y un hocico de mero por la ventanilla de un automóvil negro en la Rua Dom Pedro Quinto en una noche de noviembre de mil novecientos sesenta y nueve.

Pero eso dependía de la imaginación de quien pensaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche. Así, en ese punto, su imaginación producía un mero. Y la cosa más extraña era que les pareció natural, en mitad de aquella oscura noche, casi de

toque de queda, con una llovizna que había empezado a caer y las hojas arrastradas por el viento, a todos les pareció natural que por la ventanilla de aquel automóvil amenazador se asomara un mero. Plaf. El mero se escabulló hacia fuera y cayó en el regato que corría entre el automóvil y la acera, en el mismo lugar en que la mano que los estaba apuntando con la pistola había dejado caer las chaquetas de los chicos y los bolsos de las chicas. Y allí, en el sucio regato, el mero permaneció inmóvil, con apenas algún débil movimiento de la cola, boqueando. Estaba muriendo. Era un grueso mero boqueante que estaba muriendo. ¡No lo toques!, gritó Tiago. Se lo gritó a Joana, quien se había arrodillado y lo había cogido en brazos, estúpidamente, como si acunara a un niño. ¡No lo toques!, repitió Tiago, ¡es un pez inmundo! Pero pareció que Joana no oía aquel grito de asco y de alarma. No se puede dejar morir así a este pobre animal, dijo aturdida; y Tiago reanudó: no soy un comunista, soy un demócrata, y quiero saber inmediatamente quién es usted; y la voz en el interior del automóvil chilló: vaya, vaya, y después gritó: demócrata maricón, ¿me habías tomado por un chorizo?

Porque seguro que Tiago había replicado de esa forma, que era un demócrata, y que quería saber quién era aquel hombre. Así debía haber dicho de verdad aquella noche, y no había hablado naturalmente de ningún mero, porque no había ningún mero en aquel momento, salvo en los pensamientos de quien imaginaba cómo debían de haberse desarrollado los hechos aquella noche. En cambio, aquella noche solo había oscuridad, frente al Jardim do Príncipe Real, y ellos cuatro, aterrorizados e inmóviles delante de una pistola que los apuntaba desde la ventanilla de un automóvil. Incluso el resto del neón de la Guitarra Dourada se había apagado, el camarero con delantal blanco se asomó a la puerta y miró a su alrededor y seguramente vio un automóvil parado con las luces apagadas y cuatro personas con las manos levantadas, de modo que se apresuró a bajar la puerta metálica del restaurante y permaneció en el interior, con las luces apagadas.

Pero ahora hay un pez junto a ellos. Aunque quizá no estuviera aquella noche, ahora, en esta noche evocada, está allí, presente, y Joana lo sostiene en brazos y parece acunarlo y mira aturdida a su alrededor, y Tiago le dice: ¿qué haces?, tíralo, déjalo en la cuneta, ¿no ves que es un pez infecto?

Joana se agachó hasta el regato y recogió su bolso, que la mano había dejado caer desde la ventanilla; una mano que ahora aferraba una carta y que dijo: esto es un secretito, ¿verdad, princesa? Probablemente Joana sofocó un sollozo o un gemido e intentó hablar sin conseguirlo, de modo que Tiago dijo por ella: esa es una carta de su novio, usted no tiene derecho a tocarla. Ah, dijo la voz, qué

interesante. La mano sacó rápidamente la carta del sobre, la abrió, y la voz, en aquella oscuridad, como si estuviera guiada por ojos de gato, leyó: amadísima Joana, los certificados están casi todos preparados, creo que podremos casarnos dentro de un mes, en diciembre. La voz interrumpió la lectura y rió: oh, pero qué romántico. Usted no tiene derecho a leer esa carta, dijo Tiago acercándose a la ventanilla. Fue en ese momento cuando la mano gruesa que sostenía la carta y la pistola se disparó con una agilidad increíble, como si volara, y el cañón de la pistola golpeó de soslayo a Tiago en la boca, se escuchó el ruido de los dientes al romperse, Tiago se dobló hacia adelante escupiendo dientes y sangre, la portezuela del automóvil se abrió y descendió el hombre, con un sombrero de alas anchas que le cubrían el rostro, y dijo: policía política, documentación. Se dirigió a Tiago, había guardado ya la pistola, tenía las manos en los bolsillos y el rostro inclinado, como si mirara los zapatos de sus prisioneros, pero se dirigía a Tiago, porque repitió: tu documentación, so demócrata mariquita; y Tiago, con un pañuelo metido en la boca para taponar la hemorragia, barbotó algo que pretendía ser una respuesta, pero que pareció un estertor, y después hizo un gesto negativo con la cabeza, se apretó la barbilla con las manos, seguro que por el dolor, y quizá fue en aquel momento cuando Tadeus bajó las escaleras y apareció en el portal.

Quien imaginaba cómo debían haberse desarrollado los hechos aquella noche veía por lo tanto a Tadeus apareciendo en el portal justo en aquel momento, mientras Tiago escupía y tosía en el pañuelo, incapaz de dar una respuesta y como perdido por completo. Pero qué extraño: quien pensaba todo esto no lograba no imaginarse a Tadeus detrás de las cortinas de la ventana, arriba en el segundo piso, agazapado en la oscuridad de su habitación. Y, entonces, ¿por qué no había descendido antes?, se preguntaba en su imaginación, ¿por qué había esperado a que las cosas llegaran hasta aquel punto? Pero en cualquier caso era inútil detenerse en aquellas consideraciones: lo que importaba era que Tadeus ahora estaba allí, había bajado, estaba presente, había abierto la puerta y decía en voz alta y clara: este señor es conocido mío, yo respondo por él.

Lo que sucedió después le sería difícil decirlo a quien pensaba en aquella noche. Su imaginación, al llegar a ese punto, sufría una especie de parálisis, o de sueño: una suspensión de los actos o de los acontecimientos que era a la vez una suspensión y una inmovilidad de todos los personajes de aquella escena. Y sus ojos, que hasta entonces habían estado presentes y habían sido partícipes, se alejaban como si algo arrastrara su cuerpo, una ráfaga más fuerte que aquel ventarrón gélido, y lo transportara en volandas a un banco del jardín del Príncipe Real, junto a la maraña de plantas de papiro que brotaban al borde del pequeño lago: y desde aquella distancia era imposible

entender quién se movió y quién habló, quién decidió, quién quiso acompañar a Tiago que debía ir a buscar los documentos que había dejado en su automóvil, aparcado en la Rua Sampaio Pina, justo delante de la casa de Joana, una veintena de manzanas más adelante, ni siquiera un kilómetro en línea recta, pensándolo bien. Quizá Tadeus dijo que quería ir con Tiago, y también los demás, todos los demás, por supuesto, seguro que había sido así. Pero el hombre con astucia y maldad habría contestado: tú, poeta, quédate en tu casita, entre tus libritos y tus poesías. Así debía de haber contestado. Y a Luisa le habría dicho: tú desaparece, señoritinga, vete enseguida a casa. Y por qué hizo subirse al coche junto con Tiago solo a Michel y a Joana es un misterio; ciertamente no le había preocupado que Michel fuera extranjero, porque si lo hubiera pensado mejor habría llegado a la conclusión de que no era un episodio como para dar a conocer fuera del país, debido a la publicidad que los periódicos extranjeros hubieran podido dar al suceso. En cualquier caso, Tadeus volvió a entrar en el portal y se quedó allí con las luces encendidas, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta; Luisa empezó a bajar por la calle y se alejó con rápidos pasos hacia el río, mientras Tiago, Michel y Joana entraron en el coche y partieron a toda velocidad; y quien estaba imaginando las cosas de aquella noche permaneció imaginando su partida desde el banco del jardín, y solo en aquel momento advirtió que se trataba de un Mercedes negro de modelo antiguo, un coche respetable, algo pasado de moda, de los que suelen ser conducidos por un chófer, con una vieja señora ocupando el asiento posterior.

Pero, inmediatamente después, de repente estuvo junto a ellos. Él también estaba allí ahora, entre Joana y Michel; Tiago ocupaba el asiento delantero apretándose el pañuelo sobre la boca y el hombre conducía a toda velocidad, ciñéndose en las curvas y subiéndose a la acera en las más cerradas. Quizá estaba borracho, o había tomado estimulantes, a juzgar por la temeridad con que conducía; o quizá no, era solo otro modo de demostrar su crueldad y su desprecio por la vida.

Allí estaba la iglesia de Sao Mamede, y después las casas de la plaza del Rato, en la cual giran en dirección prohibida, y después los arcos del parque de las Amoreiras, y más adelante el Ritz, con dos porteros en librea verde y aire espectral, pero incluso el Ritz parece desierto, las luces de los salones estaban apagadas. Y allí, finalmente, la Rua Sampaio Pina. Pero el hombre, como si hubiera imaginado que sus tres prisioneros exhalaban un suspiro de alivio, frenó bruscamente, aparcó, y dijo: primera lección de política, amar al propio país. Ahora había sacado de nuevo la pistola del bolsillo, y jugaba con ella restregándola contra los pantalones. ¿Sabéis lo que quiere decir, señoritos?, dijo, vosotros no lo sabéis, porque no sabéis nada. Lo sé

igual que usted o quizá mejor, replicó Tadeus, hace cincuenta años que conozco este país, ahórrese sus lecciones. Lo dijo en voz baja y contenida, pero furibunda; fue él quien habló, porque en aquel coche estaba también él, ¿cómo podía no haber pensado, quien estaba imaginando los hechos de aquella noche, que Tadeus nunca habría permitido que aquellos tres muchachos partieran solos en compañía de aquel sórdido individuo? No, seguro que Tadeus había pretendido ir él también, quizá se había puesto frente al coche con los brazos abiertos, con una actitud algo teatral que en aquellas circunstancias habría parecido grotesca, y había dicho con firmeza: yo también iré con ellos.

Y así, quien estaba imaginando los hechos de aquella noche tuvo que imaginar de nuevo la escena, y en la oscuridad de la Rua Pedro Quinto, con los rótulos del último restaurante que estaban apagándose, vio a Tadeus delante del Mercedes negro, deslumbrado por el haz de los faros, blanco, espectral; y luego vio subir en silencio a los cuatro, los tres chicos y Tadeus; pero quien imaginaba estar mirando había sido transportado ahora por una ráfaga de viento a un banco del Jardim do Príncipe Real, y desde aquella distancia le habría sido imposible decir en qué posición se habían dispuesto en el coche.

No se haga tanto el héroe, respondió el hombre, mi trabajo es impartir lecciones de vida, y si usted se sabe la lección de memoria, repásela, que siempre conviene. Eso dijo, pero parecía más calmado, menos histérico, y en cualquier caso ahora utilizaba el usted para hablar con Tadeus, y en ese instante volvió a meterse la pistola en el bolsillo y dijo a Tiago que fuera a buscar los documentos, porque evidentemente conocía el coche de Tiago.

Tiago volvió y dijo: aquí están. El hombre los observó con atención, se los devolvió y todo parecía haber acabado. Está bien, buenas noches, chicos, dijo Tadeus; evidentemente, ya no podía más, estaba exhausto y consideraba ya inútil su presencia: se alejó a pie, con las manos en los bolsillos, casi con cierto descaro, al menos así lo pensó quien imaginaba cómo debían de haberse desarrollado los hechos aquella noche. Y cuando Tadeus ya estaba lejos, en la esquina de Rodrigo de Fonseca, justo delante de la carnicería judía, el hombre sacó de nuevo la pistola y dijo: volved a entrar en el coche. Se sentaron, los tres apretados en el asiento posterior, y el hombre, de pie, fuera, dijo: ahora escuchadme bien, porque la lección de política va a empezar. Primera regla de la lección de política: amar al propio país. Y para amar al propio país, ¿sabéis lo que hace falta? No lo sabéis porque sois tres piojosos comunistas, o demócratas, da lo mismo. Pues bien, yo os voy a decir qué hace falta. Hace falta odio. Odio para defender nuestra civilización y nuestra raza. ¿Y sabéis cómo se reconoce una verdadera civilización y una verdadera raza? Se

reconoce si se sabe dominar a otra raza. Y para dominar a otra raza, es menester, si me permitís esta expresión añeja, es menester en primer lugar dominarla sexualmente, y así lo ha hecho un servidor, ciudadano portugués a todos los efectos, en servicio en Luanda y Lourenço Marques en los años de gracia de 1964-1968. Así, mis queridos mierdecillas, con este rabo. Y mientras decía esto se abrió los pantalones y mostró el sexo, lo agitó adelante y atrás y orinó contra la noche. Y luego se abrochó los pantalones y dijo: con este rabo he defendido nuestra raza, violando a las niñitas de esos hijos de puta del MPLA que tendían emboscadas a nuestros heroicos soldados que habían dejado sus hogares para ir a defender a esos pueblos de zulúes del comunismo. Y las he violado con esmero, como Dios manda, y todas eran de una edad indefinida, pero, palabra de honor, todas menores de trece años, porque a los trece años las negras ya están hechas unas mujeres, yo entiendo de eso. Y después de haberlas disfrutado a conciencia, con esta pistola amiga mía, a la que llamo Maria de Lourdes, porque me ha protegido siempre, con esta pistola amiga mía completaba el trabajo probando el trasero de aquellas putitas, quiero decir que les metía el cañón en el culito, y cómo se agitaban las condenadas, oh, si lo hubierais visto, y yo, pum pum, dos tiros, solo dos, lo justo para agujerearles los intestinos, y tras este tratamiento intensivo tendríais que haber visto lo locuaces que acababan siendo los padres, denunciaban incluso a sus hermanos, lo decían todo después de que les devolviéramos a sus hijitas con dos balas en la barriguda, porque hijas aquellos activistas tenían muchas, sí, sí, muchas, de verdad, los negros tienen un montón de hijos, pero afortunadamente nosotros tenemos un montón de balas.

Fue entonces cuando Joana salió del coche tambaleándose, se acercó a un árbol y se quedó doblada en dos, como si vomitara, y la oyeron gemir, y luego reír, como si tuviera un ataque de histeria o una extraña enfermedad, y en un instante, mientras los otros dos corrían a sostenerla, el Mercedes negro ya estaba lejos, silencioso, vieron las luces de los frenos encendiéndose en el cruce con el parque Eduardo VII, y Michel y Tiago dijeron: Joana, te llevamos a casa. Pero ella dijo que no, que quería recuperarse con el aire fresco de la noche, y además que quería evitar el encuentro con cualquier familiar en casa, no, gracias, que la acompañaran hasta el portal y después la dejaran tranquilamente, tenía ganas de quedarse un rato sola. De manera que los otros dos se fueron, uno junto al otro, con la cabeza baja, como si fueran culpables, pero culpables ¿de qué?, y cuando se volvieron para decirle adiós con la mano vieron que ella sonreía con una sonrisa incongruente y alarmante.

Esta historia tendría que acabar en este momento, cuando todos se habían alejado, cada uno por su cuenta, en la noche: ¡fuera!, que

desaparezcan las personas que aquella noche siniestra había unido en un mismo destino, que desaparezca aquel coche y su impúdico ocupante y que desaparezca incluso la noche, que estaba llegando a su final a punto de ceder ante un nuevo día que estaba comenzando. Pero quien imaginaba cómo habrían podido desarrollarse los hechos aquella noche en ese instante sentía una zozobra indescriptible, y una pena, como si aquella vicisitud tuviera que concluir, disolverse o encontrar un pliegue en el que esconderse ella misma y lo que había causado en el ánimo de alguien. Y entonces, por tentación, por pura tentación, la imaginación de quien pensaba en aquella noche se ponía a seguir a Joana, que bajaba por el paseo, porque Joana no entraba en casa, empezaba a bajar hacia la Braancamp, y él la seguía mientras atravesaba la Alexandre Herculano, Joana caminaba lentamente, como si no tuviera prisa y todo fuera ineluctable; la veía recorrer el trecho final de la Rodrigo da Fonseca donde hay árboles de jacarandá, doblar en la Rua de Sao Mamede, coger la Rua da Escola Politécnica, y luego la Rua Dom Pedro Quinto, toc-toc, sus tacones resonaban en el pavimento, no había nadie en aquella fría noche de mil novecientos sesenta y nueve, Joana llegaba frente al portal de la casa de Tadeus y en el portal, con el hombro apoyado en el quicio, estaba él, Tadeus, que no le decía nada, pero le sonreía como si dijera: te esperaba, sabía que vendrías, que no habrías resistido a la tentación. Y entonces ella asentía, como si admitiera que había ido porque *debía* y no se puede resistir a las cosas que se deben hacer; agachándose, recogía del regato que corría junto a la acera al mero boqueante y tomándolo en sus brazos le decía a Tadeus: no se puede dejar morir aquí a este pobre animal, tenemos que llevarlo a casa, meterlo en el agua, y él se apartaba en silencio para dejarla pasar. Y mientras Tadeus cerraba el portal, quien imaginaba aquella noche imaginó inusitadamente que subían las escaleras a horcajadas sobre aquel mero moribundo: y, cosa curiosa, que el mero, deslizándose con sus exhaustos coletazos, subía la espiral de las escaleras una vez, dos veces, tres veces, hasta entrar en un torbellino que escapaba de aquella casa y atravesaba paredes y tiempo; terco, aceitoso, moribundo, pero incansable: adelante, año tras año, mientras la vida pasaba, años y años, para arribar el mero un día hasta él, hasta quien ahora estaba imaginando aquella noche de hace tantos años. ¿Hasta él y hasta dónde?

ASERRÍN, ASERRÁN

Era el momento de pensar en ello, era el momento justo para pensar en ello, además, no tenía otra cosa que hacer sino pensar en ello. La sala de espera estaba desierta. Era una habitación austera, con bancos y una vieja mesa. Pero al menos era cálida. Entró y dejó la maleta sobre la mesa. Eso, pensar en su historia. ¿Qué habría escrito si tuviera que escribir su historia? Se sonrió en el espejo que estaba junto a un cartel de los ferrocarriles. No eres vieja, se dijo, todavía no eres vieja. Levantó un dedo y mentalmente se amonestó. Pero ya no eres joven, ya no eres una muchacha. Volvió a sonreírse. Pensó: eres una mujer con una historia. Pero ¿cómo era esa historia? ¿Qué habría escrito si tuviera que escribir su historia? El problema era por dónde empezar. ¿Dónde empieza una historia? Pensó que las historias no empiezan, las historias suceden y no tienen un principio. O al menos ese principio no se ve, se escapa, porque estaba ya inscrito en otro principio, en otra historia, el principio es solo la continuación de otro principio. Pero sin embargo es necesario empezar por alguna parte y ella se dijo que habría empezado con Edoardo. Edoardo era el principio, pero era también el final de algo, claro. Era el final de la mocedad, de la ingenuidad, de aquel modo espantosamente infantil que ella había tenido de enfrentarse a la vida hasta entonces. Edoardo, el gran seductor. Bello, inteligente, dominante, seguro de sí mismo: con la altivez de quien conoce a la gente a simple vista, con la consciencia de la propia inteligencia, la había elegido a ella para ser su gregaria. Eran jóvenes, entonces, y a ella hacer de gregaria le parecía una condición de vida normal; por ello había aceptado ser su «pequeña esclava», efectuar las investigaciones para el libro que todos esperaban de él y, pensándolo bien, había sido casi hasta hermoso. Entonces vivían en una pequeña ciudad atravesada por un río, una ciudad dulce y tranquila que a ella le gustaba recorrer por la mañana en bicicleta siguiendo las arboledas de los paseos que flanqueaban el río para entrar en las callejuelas húmedas del centro medieval. Llegaba a la biblioteca universitaria y entraba en el patio austero. La biblioteca era una enorme sala con grandes ventanas de ojiva, conocía perfectamente al bibliotecario, le llamaba con confianza señor Jacopino, era un viejecito ceremonioso que llevaba una bata negra, estos son los libros que encargó ayer, señorita, decía Jacopino, y ella se ponía a trabajar. Sabía perfectamente lo que le era útil a Edoardo. Tomaba apuntes y las horas pasaban veloces. En un instante sobre la ciudad caía la tarde y se encendían las luces. Se levantaba de la mesa e iba a una ventana. Miraba ensimismada los árboles del paseo del río

y los tejados del centro histórico. Quizá se sentía feliz. Por la noche volvía a casa llena de entusiasmo. Edoardo la esperaba en el salón, tenía un aire satisfecho, hoy he escrito todo el día, decía, eres una chica maravillosa, sabes exactamente lo que necesito, el libro está quedando sublime, me faltan solo tres capítulos y ya está acabado. Y ella sentía que se le encogía el corazón. ¿Qué haría después? Su simple vida consistía en eso, buscar la bibliografía para Edoardo, pasar los días en la biblioteca, charlar con el señor Jacopino, aquella era su vida de gregaria insignificante y feliz, mientras Edoardo la miraba con ojos irónicos pero tiernos, él pasaba sus días en los cafés del paseo del río, allí escribía su libro, y por la noche era afable y bromista, porque era un especialista en bromas, y le gastaba alguna broma inocente, como dejarle sobre la mesa una nota que decía «no volveré nunca», o esconderse en la pequeña habitación de la despensa para saltar hacia fuera dando un grito aterrador, ¿te ha gustado la broma?, le preguntaba, y ella reía solo para complacerle. Edoardo quería que quedara claro que él de bromas entendía, por algo estaba escribiendo un libro sobre la broma en la literatura barroca: anagramas, criptografías, polisemias, mnemotecnias, paronomasias; eran su campo de estudio. El juego o, mejor, la jocosidad, ese era su carácter, y con aquel libro conseguiría la plaza en la universidad, solo hacía falta esperar un poco de tiempo, mientras tanto, el padre de Edoardo les pasaba una mensualidad para ir aguantando, también el padre de Edoardo era una persona jocosa, también a él le gustaban las bromas, cuando iba a verlos y se quedaba a comer inventaba siempre alguna pequeña broma y ella fingía divertirse, por ejemplo escondía la servilleta bajo las posaderas y decía que el servicio no era perfecto, ella le seguía la corriente y se azoraba pidiendo perdón, se llevaba una mano a la boca como si se sonrojara, entonces él sacaba triunfante la servilleta y ella exclamaba: «¡oh, papá!».

Pero Edoardo no sabía en qué consistían las verdaderas bromas. Ella se encargó de gastarle una en serio. Pensándolo bien, no se daba cuenta de cómo podía haber sucedido. Digamos que había sido un impulso, no había sido capaz de resistirlo. Era un hermoso día de primavera, ella paseaba por las alamedas en bicicleta, la naturaleza se estaba despertando, los cafés estaban llenos de gente. De repente sintió el deseo de ver a Edoardo, de pasear con él, de pasar la mañana sentada frente a él en un bonito café al aire libre, discurriendo sobre cosas sin importancia. Primero pensó en telefonearle, pero después le pareció infantil. Entonces se apresuró hacia casa, pedaleando con ímpetu, colorada y feliz como una niña. Subió las escaleras a la carrera. Edoardo, Edoardo, llamó. La casa estaba desierta. Se paseó por las habitaciones perpleja, sin saber qué pensar. Después, sobre el escritorio, encontró la nota. «El libro está acabado. Estoy agotado. Voy

a ver a mi padre. Vuelvo mañana.» Así, con una nota seca e impersonal, Edoardo le informaba de que había acabado el libro. Acabado. Y con el libro, pensó, habían acabado también sus días en la biblioteca, sus investigaciones, las charlas con el señor Jacopino, la vida que había llevado durante casi dos años. Sintió una gran añoranza por todo aquel tiempo transcurrido, y también un enorme vacío. Y ahora, ¿qué haría ahora?, ¿cómo afrontaría su vida, su tiempo, el sentido de sus días? Fue un impulso. Cogió el texto mecanografiado y empezó a hojearlo. Edoardo escribía bien, sabía hacer las conexiones necesarias, era un hombre culto, dotado de una inteligencia sistemática y puntillosa. Pero aquel libro no era de Edoardo, le pertenecía a ella, estaba hecho de infinitos momentos, de investigaciones, de copias, de días pasados en la biblioteca, de paseos en bicicleta. Aquel libro era su juventud, lo sentía. Metió el texto mecanografiado en la bolsa. Ese fue el impulso. Dejó sobre el escritorio solo la primera página en la cual estaba el título y el nombre de Edoardo y, deprisa, escribió con lápiz rojo: «a Edoardo, en broma». Después hizo sus planes con calma. Se cambió, preparó la maleta, miró el horario de los trenes, escogió una ciudad lejana, en el norte, porque ahora necesitaba una gran ciudad: las ciudades pequeñas, los paseos junto al río, las dulzuras de la provincia habían terminado, pertenecían a su juventud, y la sentía como algo ya pasado.

Se encontró bien en aquella ciudad del norte. Y la publicación del libro dio sus frutos, establecerse le fue fácil, y un gran semanario le encomendó la dirección de una sección de libros. Pensó que era oportuno ocuparse sobre todo de libros que estuvieran relacionados con la especialidad por la cual todos la conocían ya, y su especialidad eran las bromas. Cualquier clase de bromas: las bromas lingüísticas, las extravagancias, lo grotesco, las novelas expresionistas, las invenciones verbales, en fin, en una palabra, el nuevo barroco. Y el azar hizo que aquellos años fueran pródigos en pruebas literarias similares. Fuera por la moda, fuera porque verdaderamente todos los escritores habían descubierto de repente una vena de inspiración vanguardista en su interior, abundaban las invenciones formales, los ejercicios literarios o lo que se llamaba «la experimentación». Comenzó un periodo de aventuras. Porque lo que contaba era precisamente la aventura, los libros no importaban, en el fondo. Lo importante era buscar, vivir aquel momento eufórico, casi febril, en el que todo estaba estallando, el mundo, la sociedad, las convenciones; e incluso las palabras estallaban, incluso las palabras eran frenéticas y febriles. Fue entonces cuando tuvo lugar el descubrimiento de Céline. Y fue un descubrimiento que la turbó. Céline entró casualmente en su sección de libros por una simple reseña y desde entonces ya nada volvió a ser igual. Con él comprendió que los libros sí que eran

importantes: Céline era una mina que estallaba entre las piernas de los bienpensantes, era un enorme estallido, una explosión de vísceras que volvía a cuestionarlo todo: el orden, la sociedad, los sentimientos. Con la lectura de Céline había comprendido que el pasado ya no podía ser igual.

Ay, el pasado, pensó, estoy cansada del pasado, estoy cansada de los prolegómenos, todo esto pertenece a mi prehistoria, pero mi historia no empieza aquí, si tuviera que escribirla no empezaría nunca desde este punto.

Necesitaba beber algo, de improviso sintió una enorme necesidad de ello. Algo fuerte que le devolviera la moral, que le infundiera calor. Salió de la sala de espera con la esperanza de que hubiera un bar, antes no se había fijado. La estación estaba desierta. Al fondo, cerca de la entrada, vio una puerta sobre la que se destacaba el rótulo del estanco, con una luz de neón rosa, se dirigió hacia allí con la esperanza de que además de cigarrillos vendieran también licores.

Más que un bar parecía una tienda, pero podía servir. El camarero, un jovenzuelo con la cara devastada por el acné, se entretenía jugando en el millón. El local estaba desierto, había solo un hombre anciano con una bolsa que estaba sentado a una mesa. Hubiera deseado tomar un *gin tonic*, pero el muchacho le dijo que no tenía tónica, solo gaseosa. Se hizo poner un whisky abundante y se lo bebió como si fuera una medicina, esperando un efecto que no llegó, porque continuaba sintiéndose helada. Pero se dio cuenta de que el frío le venía de dentro, y esto la alarmó, le infundió un extraño temor. Miró de soslayo al anciano y él se alzó un momento el sombrero en señal de deferencia.

«Parece que hay problemas», dijo el anciano con aire entre misterioso y resignado.

Ella le miró de forma interrogante.

«Me lo ha dicho el jefe de estación», especificó el anciano, «una interrupción en las líneas, parece que ha habido un accidente o algo por el estilo.» Y puso una sonrisa afligida.

Ella pagó y salió. Estaba cayendo la noche, y con la noche la niebla. En torno a las farolas había una aureola azulada. Dios mío, ¿por qué había escogido el tren? Tres horas de viaje, dos enlaces y ahora ese ferrocarril secundario como última etapa. Si lo hubiera consentido, habrían ido a recogerla en coche, habría hecho un viaje cómodo y tranquilo; en cambio había dicho que no, que prefería el tren. Qué estúpida. Solo porque temía que durante el trayecto sus acompañantes le hicieran alguna pregunta sobre su credo político o entonaran *Giovinezza* o cualquier otra canción nostálgica. Se llamó ingenua. Tenía de ellos una imagen estereotipada que no correspondía

a nada, estos eran jóvenes eficientes, serios, bien vestidos, no tenían nada que ver con la parafernalia fascista, eran muchachos de derechas inteligentes y despiertos que querían redescubrir la cultura de derechas. Se acercó a los andenes y encendió un cigarrillo. Intentó pensar en otra hipótesis y un escalofrío le recorrió la espalda; vio un local con una bandera italiana y algún estandarte, un público de viejecitos irascibles y de viejas empolvadas, algún muchachito fanático: lugares que ya conocía. Cerró los ojos y borró la imagen a duras penas. No era así, estaba segura. Era un círculo juvenil, no un nido de nostálgicos; eran jóvenes curiosos y ardientes. La hipótesis la tranquilizó. La hipótesis, se dijo, cuadra con mi historia. Qué gracioso, el pensamiento retornaba como si le estuviera poniendo un cuestionario, como si la atosigara. Su historia. Ciertamente su historia no empezaba con Edoardo, con él terminaba solamente. Pero si hubiera tenido que contársela, ¿por dónde habría comenzado esa historia? Se puso a caminar a lo largo del andén. Era una bonita noche de invierno, se dijo, hay un poco de niebla, el tren lleva retraso, te esperan en una pequeña ciudad para oír tu conferencia, estás sola, tienes tiempo, nadie te busca, es el momento justo de narrarte tu historia. Encendió otro cigarrillo, se lo dejó entre los labios y enfiló las manos en el abrigo. El hecho era, sin embargo, que no tenía ganas de contarse esa historia. Sintió de nuevo aquella desagradable sensación de frío: un charco de hielo en el estómago que se ramificaba por los brazos y las piernas. Eres una estúpida, se dijo, eres una perfecta estúpida, ¿no te acuerdas que de pequeña querías ser actriz? Era extraño lo fácilmente que se olvidaban las ambiciones de juventud. Pero ahora las recordaba, claro que sí, y en el fondo había cumplido su destino, había sido una gran actriz, durante toda su vida había interpretado una única comedia. O un único drama, quizá era más acertado decir un drama. Pero no, un comedión. Sonrió en la oscuridad y dijo: un comedión. Uno de aquellos viejos espectáculos teatrales de antaño, hechos de buenos y malos, una comedia de grandes pasiones, aunque interpretada con ligereza, una bonita comedia que tenía por título *La broma*. Eso es, así la habría llamado, ese era el título justo si tuviera que escribir su historia: la broma. Aunque la que había gastado a Edoardo quizás hubiera sido la primera broma, su historia no empezaba ahí; aquella, más que una broma, había sido una toma de conciencia. No, las verdaderas bromas habían venido después. Eran bromas serias, de las que importaban de verdad. Su sección en el semanario, por ejemplo, aquello era una verdadera broma. Con todas esas chapuzas que había hecho pasar por obras maestras, esos fárragos insensatos, esos desvaríos que ella había ratificado, que había contribuido a difundir, que había alabado. Y después había llegado Beniamino. ¡Pobre Beniamino! Tan pueril, tan

desprevenido, tan convencido de ser un escritor, tan amante de las palabras, tan confiado en la literatura. Porque a Beniamino le había amado de verdad, no había sido como con Edoardo y con los otros, había sido un sentimiento fuerte, maduro, responsable. Le había amado y había sufrido por él, cuando le había gastado aquella broma. Quizá también por aquel defecto suyo de pronunciación, podía parecer gracioso pero realmente era así, porque él tartamudeaba realmente, tropezaba con las palabras. Un escritor expresionista que tropezaba con las palabras, parecía paradójico, pero Beniamino era así, sobre todo cuando se emocionaba, entonces se bloqueaba en la primera sílaba, su cuello era sacudido por un tic nervioso, la nuez le subía y le bajaba, no había manera de desbloquearlo. Volvió a imaginárselo delante, la tarde en que le anunció que había aceptado aquella oferta. Beniamino intentó decir algo inmediatamente, pero su voz vaciló, abrió los ojos por completo, parecía un niño maravillado, escúchame, Beniamino, le decía ella con paciencia, la vanguardia ha acabado, han acabado todas las vanguardias, querías hacer la revolución con tus libros, pero los libros no hacen las revoluciones, mira, todo ha acabado, ha acabado el movimiento, han acabado los estudiantes, mira a tu alrededor, hay cuatro desesperados, estamos yendo en la dirección equivocada, yo no hago más que cambiar de dirección, y además Céline no era de los nuestros, no lo ha sido nunca, fuimos nosotros quienes le reclutamos, pero él era un hombre de derechas, qué hay de malo en decirlo, digo solo la verdad, pues bien, he aceptado hacer este prólogo, pero no es el dinero lo que me ha convencido, quizá sea un libro infame, pero las cosas infames las ha escrito él, hemos sido nosotros los que nunca hemos querido ser conscientes de ello, perdóname, yo soy así, intenta comprenderlo.

Sacó otro cigarrillo. Estás fumando demasiado, se dijo. Pero tenía ganas de fumar, le daba la impresión de que el humo le deshacía el hielo que sentía en el estómago. Se dijo que aquello había sido una broma pesada, pero no solo hacia Beniamino. También hacia sí misma, claro. Y en el fondo también hacia Céline, porque ella había ido más lejos que Céline, le había puesto una etiqueta, le había atrapado en sus debilidades y sus rencores, le había reducido, domesticado, conformado a una idea. No lo pienses más, se dijo, basta de pensar en tu historia, me has cansado. Había dejado la maleta en la sala de espera. Se dirigió hacia allí cansinamente, como si aquella sala de espera fuera una especie de destino y ya nada importara. Y en efecto, ¿qué importaba? Se lo preguntó, dio una patada al paquete de cigarrillos vacío y se preguntó: ¿qué es lo que importa? Una vocecilla infantil y burlona que subía desde el hielo que sentía en el estómago dijo: importan los niños. Y por un instante se vio a sí misma de niña, un pequeño ser de trenzas oscuras, un día de verano, un jardín, una

pérgola, alguien que la acunaba, que le acariciaba los cabellos, pero no consiguió enfocar completamente la imagen. Siempre deseé un niño, se dijo, ¿por qué nunca lo quise tener?

En la puerta de la sala de espera el anciano señor que había encontrado en el bar estaba hablando con el jefe de estación. «Es un problema serio, señor», dijo con aire disgustado el jefe de estación, «no sé qué decirle», y se alejó. Ella miró de forma interrogante al anciano y él abrió los brazos. «Hay una interrupción en la línea», dijo, «parece que están trabajando en ello, pero es una red secundaria, serán necesarias dos horas como mínimo.» La miró y sonrió con aire de complicidad. «La he reconocido», susurró, «he visto su fotografía en un cartel de la ciudad, usted es la de la conferencia.» Después se puso serio y dijo: «el título no me gusta, no promete nada bueno». Su voz se hizo casi despectiva, o así se lo pareció a ella: «nuestro camarada Céline», añadió el anciano con una leve mueca, «creía que a estas cosas se las había tragado el tiempo».

«Yo no soy responsable del título», respondió ella casi con vehemencia. Se dirigió hacia su maleta y la aferró con decisión. «Escuche», dijo luego, «empleemos nuestro tiempo de manera más provechosa, tenemos dos horas de espera, quizá podríamos ir a un restaurante a comer algo.» En su interior sintió que era una súplica, pero quizá el anciano no se había dado cuenta.

Eso es, ahora estaba mejor, se sentía más serena, más calmada, y la presencia de aquel anciano de modales educados la tranquilizaba, lo advertía. Porque era agradable y tranquilizador estar en aquel vetusto y simpático restaurante con el camarero esperando pacientemente sus pedidos.

Tienes que actuar de forma que no salga de nuevo el tema, se dijo, y lo consiguió durante un rato, habló prácticamente solo ella, habló del tiempo, de viajes, de trenes, de un viaje que no había hecho nunca y que describió hasta en sus mínimos detalles. Pero durante una pequeña pausa él volvió sobre el tema. Dijo su nombre y apellido y añadió: «discúlpeme si hace un rato he estado brusco, señora».

«No creo que haya estado brusco», respondió ella con la esperanza de que la conversación acabara allí.

«Sí», insistió él, «he sido brusco, pero debo serle franco, no me gustan los fascistas.»

«Si es por eso no se preocupe», atajó ella, «tampoco me gustan a mí.» Observó atentamente la expresión que su afirmación provocaba en la cara de él. Era una expresión de asombro infantil, y era curiosa una expresión de asombro infantil en la cara de un hombre anciano, lo volvía vulnerable y lo desarmaba.

«No lo entiendo», rebatió él seriamente.

También ella sintió que tenía que ser seria, y en el fondo lo era de

veras, cierto, ahora lo sentía con fuerza, con la seriedad que le daban el ambiente y aquella persona honesta, sentía que había dicho la verdad, porque aquella era la verdad, *su* profunda verdad que nunca conseguiría explicar a nadie. «No creo que pudiera entenderlo», dijo con tono firme, «créame.»

Y entonces él, con delicadeza, empezó a hablar de otra cosa. Primero se puso a hablar de aquella pequeña ciudad, y después, inevitablemente, pero siempre con delicadeza y pudor, empezó a hablar de sí mismo y de su vida. ¡Cómo le gustaba estar escuchándole! Sintió de nuevo aquella sensación de serenidad y de bienestar. Era agradable escuchar a un hombre que le hablaba; mientras escuchaba aquella voz tranquilizadora podía pensar en otras cosas, huir lejos por un momento y después volver a prestar atención y luego huir de nuevo lejos, total, él contaba una vida banal y previsible. Era viudo, eso se lo había imaginado, quién sabe por qué. Y estaba jubilado, esto también se lo había imaginado. Había sido profesor de latín en un instituto de la pequeña ciudad vecina en la que ahora vivía la hija, casada y con dos niños. En cambio él vivía allí, en aquel pueblo grande a cincuenta kilómetros de la pequeña ciudad, se había retirado a residir allí porque no quería vivir con la hija y el yerno, tenía una casa que había pertenecido a sus padres y en la que había pasado su juventud, pero ir a ver a la hija era fácil, la línea estaba bien comunicada, al menos cuando no había problemas como ahora, precisamente aquella tarde iba a ver a su hija, de todos modos ya le había advertido del retraso, le había telefoneado. Y después le habló de su mujer, de una vida feliz, había muerto hacía cuatro años, se sentía muy solo. Habló de la soledad, de una vida gris e improductiva en aquella provincia estúpida, del aburrimiento, de la melancolía. Su única compañía eran los clásicos latinos. Y además tenía un gato. Como si se despertara de repente de su meditación en voz alta miró el reloj con aire alarmado. «Tenemos que irnos», dijo, «de lo contrario nos arriesgamos a perder el tren.»

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea. No habría sabido decir por qué se le ocurrió, quizá por el lugar cálido y hospitalario, o porque fuera estaba oscuro, o porque él hablaba con aquella voz tranquila que le daba seguridad. «Este restaurante es también un hotel», dijo, «quedémonos aquí.»

Observó otra vez con atención el asombro que se dibujaba en el rostro de él, de nuevo un asombro juvenil, indefenso; le miró a los ojos y él rehuyó su mirada y recorrió la sala con la vista, como si temiera algo, como si alguien hubiera podido escuchar, después tosió ligeramente y balbuceó: «¿por qué precisamente conmigo?».

«Porque ambos estamos solos», respondió ella, «por eso también.»

«¿Y su conferencia?»

«Ya veremos.»

«Pero la estarán esperando.»

«Pongamos que les gasto una broma.»

«Pero aquí me conocen», arguyó él, «quiero decir, no quisiera que…»

«Podemos coger dos habitaciones», le interrumpió ella, «así nadie tendrá nada que murmurar.»

Él puso una sonrisa melancólica y con una mano le rozó la mano. «Pero yo soy viejo», susurró.

«¿Del todo?», preguntó ella.

«No», dijo él, «quizá no, no sabría decirlo.»

¿Por qué?, se preguntó, ¿por qué? ¿Solo porque fuera estaba oscuro y la oscuridad le daba miedo, o porque no quería volver a sentir aquel hielo en el estómago que la había atenazado con aquella terrible opresión? Era un viejo, un hombre melancólico y cansado que quizá le lloraría en el hombro y le contaría cosas de su difunta mujer. ¿O había alguna otra oscura razón, una razón que anidaba debajo, en una zona profunda a la que no llegaban ni su razón ni su voluntad, en una zona que tenía cuidadosamente cerrada y de la que había perdido la llave? Se miró en el espejo del armario. La alcoba era humilde, un poco miserable. Depositó su maleta en una silla y se desnudó lentamente, doblando con cuidado el vestido. Él golpeó la pared, era la señal convenida, pero ella no respondió, porque sintió que necesitaba tiempo todavía. Quizá una ducha muy caliente le sentaría bien. Pero en el cuarto de baño no había ducha. Abrió los grifos de la bañera y esperó a que se llenara. Cuando la bañera estuvo llena se le ocurrió una idea absurda, qué ridículo, sintió el deseo de darse un baño con un barquito de papel, hacía siglos que no jugaba con un barquito de papel, pero todavía sabría hacerse uno. Se preguntó qué papel podía utilizar. Miró a su alrededor pero no vio nada que le sirviera. Entonces pensó en el libro de Céline. Abrió la maleta y lo cogió. Arrancó la última página del prólogo, la que tenía su nombre y apellido. Así, transformada en barquito, le pareció como si aquella página renaciera a una vida nueva. Se sumergió en el agua e hizo deslizar el barco sobre sus senos, después lo dejó flotar tranquilamente. Se secó con cuidado y se metió en la cama. Habría podido golpear en la pared, pero pensó en dejar pasar todavía algunos minutos. Tenía ganas de decir algo en voz alta, de oírse hablar. Tenía ganas de una cantinela, y se puso a pensar en las cantinelas que alguien le había cantado en su infancia. Tomó un cojín entre sus brazos y comenzó a acunarlo. «Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, los de abajo piden vino, los de arriba piden pan…» No, no eran aquellas las palabras que quisiera haber dicho, quisiera haber dicho cualquier otra cosa, pero no sabía qué. Oyó llamar a la puerta y se

llevó la sábana hasta la barbilla. Él entró tímidamente, pidiendo permiso, cerró la puerta con llave y sonrió. Se veía que estaba turbado. Se había parado en mitad de la alcoba y la miraba con una sonrisa cohibida, sin moverse. Ella deslizó la sábana y descubrió el pecho. Él apartó la mirada rápidamente, atravesó la habitación y se paró entre el armario y la butaca, donde empezó a desnudarse. Le daba la espalda, por lo que ella podía observarle sin ser vista. Sintió que no quería observarle, pero algo le impedía apartar su mirada. No le gustaba mirarle y al mismo tiempo se sentía atraída. Era un hombre corpulento, con una gran barriga fláccida. Se dio cuenta de que en una nalga tenía un antojo, una gran mancha oscura y aterciopelada, y eso le provocó un escalofrío, le hizo sentir un hormigueo en las manos, como una pequeña sacudida eléctrica. Se preguntó si era repulsión u otra sensación, pero no tenía ganas de pensar en ello. Él se metió en la cama y apagó la luz. Resultó muy difícil y ella trató de ayudarle. «Ya te había dicho que era un viejo», dijo él. Jadeaba y su aliento era pesado. Ella sintió que debía abstraerse, que tenía que estar lejos, que no debía pensar en aquel viejo que se agitaba penosamente encima de ella, pensó en el barquito de papel de la bañera y eso la confortó.

Él se había dormido como un niño, respirando reposadamente entre los cabellos. Ella alargó la mano y encendió la luz de la mesita de noche. Ahora sabía cuál era la cantinela que hubiera querido entonar, pero no era una cantinela, era una plegaria. Se deslizó fuera de la cama y se arrodilló sobre la alfombra. Juntó las manos, con los codos apoyados en la cama. Era una plegaria que pertenecía a un pasado remotísimo, al pasado de una niña de ojos grandes y de trenzas oscuras. «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes sola….» No sabía continuar, no recordaba nada más. Giró la cabeza y se miró en el espejo del armario. Fue entonces cuando lo vio. Era un pequeño ángel de la guarda que, detrás de una mujer desnuda arrodillada, tenía las alas abiertas de par en par en señal de protección. Y aquel ángel tenía el rostro de una niña de ojos grandes y trencitas oscuras. Pero el rostro era el de una niña vieja, y las alas no tenían plumas, sino un pelaje oscuro y raso como el de una rata. Fue un instante. Escondió la cabeza entre las manos y volvió a mirar al espejo: el ángel había desaparecido.

Al principio no se dio cuenta de que estaba llorando, notó tan solo las lágrimas mojándole la cara. Después llegó el sollozo, intentó sofocarlo con una mano, pero no lo consiguió. Él se despertó y la miró. En su rostro se dibujó una vez más la acostumbrada expresión de asombro infantil. «¿Qué te pasa?», le preguntó en voz baja, «¿qué te pasa?»

«Vete a tu habitación, por favor», respondió ella conteniendo los sollozos, «vete a tu habitación.»

¿EL ALETEO DE UNA MARIPOSA EN NUEVA YORK PUEDE PROVOCAR UN TIFÓN EN PEKÍN?

«El abajo firmante, nombre y apellidos, desea formalizar una confesión completa de todas las acciones que ha cometido en nombre de un acto de justicia mal entendida que le fue inspirado por algunos individuos que se aprovecharon de su simplicidad, y de las cuales está ahora firmemente arrepentido.»

El señor vestido de azul se secó el sudor con un pañuelo, miró a su interlocutor con aire ausente, como si no estuviera allí, y continuó: «Su confesión deberá empezar exactamente así, y subrayo la palabra *arrepentido*, no sé si ha entendido usted bien su sentido, pero por si no lo hubiera entendido, y me he dado cuenta a simple vista de que usted no lo ha entendido, sepa usted que todo lo que diga se basará en su arrepentimiento, toda esta historia se basará en su arrepentimiento. Me olvidaba de un detalle, usted ha recibido un nombre en clave con el que hemos decidido bautizarlo y con el que de ahora en adelante lo llamaré o lo llamaremos, si es necesario. Usted es el señor Mariposa, y en su momento le explicaré por qué.»

El hombre de pelo gris que estaba sentado frente a él miró a su alrededor como si buscara una salida. Sudaba y su rostro tenía un color violáceo. «Quisiera saber por qué tengo que ser yo», dijo, «o sea…, ¿por qué tengo que ser precisamente yo?»

El señor vestido de azul hizo un leve gesto de impaciencia con la mano que sostenía el pañuelo. «¡Ah, señor Mariposa!», dijo, «esto no tendría que habérmelo dicho, no, señor.» Se secó el sudor de la frente con toquecitos suaves y suspiró. «Es usted un insolente, un descarado insolente, pero debe usted nadar entre dos aguas: el papel del descarado insolente, aunque aplastado por el remordimiento, es el que le corresponde delante de los jueces, pero con nosotros debe ser usted humilde, mejor dicho, humildísimo. Pero como parece que no ha aprendido usted todavía a nadar entre dos aguas, quiero decir, puesto que pretende hacer el papel del descarado insolente entre nosotros le diré una cosa muy sencilla: está usted hundido en la mierda, señor Mariposa. Y nosotros, que está usted hundido en la mierda, lo sabemos perfectamente. Es más, para que tenga usted las ideas claras en su cabecita, le voy a explicar con todo lujo de detalles lo que sabemos.»

El hombre de pelo gris hizo un gesto con la mano como si dijera, no, por favor, déjelo. Pero el señor vestido de azul no pareció darse por enterado: «Las deudas, lo primero», dijo, «conocemos todas sus deudas, y al decir sus deudas quiero decir las suyas y las de su hermana. Pero las deudas serían lo de menos si no fuera por los chantajes o por los intentos de chantaje. Y lo de los chantajes sería lo

de menos si no fuera por los negocios, y usted sabe muy bien a qué me refiero cuando digo negocios; bueno, digamos que no se trata precisamente de un tipo de actividad estimulada por nuestra legislación. Con sus negocios usted está jugando con la vida de la gente y eso no está nada bien, ¿no le parece, señor Mariposa? Pero incluso esos negocios tan simpáticos serían lo de menos si no fuera por los robos. Ay, señor Mariposa, aquellos robos, permítame que se lo diga, fueron una verdadera estupidez. Es verdad que era usted joven y entusiasta, un revolucionario convencido; es verdad que lo hizo por un espíritu de justicia mal entendida, que le fue inculcado por personas que no habrían debido aprovecharse de su simplicidad, pero de todas formas no se va por ahí asaltando supermercados a mano armada. Usted se preguntará cómo es que sabemos todas estas cosas que sucedieron hace tantos años; bueno, puedo decirle que hay otras personas en su situación, o sea, firmemente arrepentidas de las acciones cometidas. Ya sabe usted, el arrepentimiento es como la cadena de San Antonio, si alguien me dice algo de usted, usted me dice algo de otra persona, y además usted sabe muy bien que obró espontáneamente, por iniciativa propia, precisamente porque era usted un entusiasta, tenía usted un entusiasmo incontenible, pero los entusiasmos se pagan incluso treinta años después, no sé si es usted capaz de cuantificar en términos de años de cárcel el precio que tiene que pagar, ya le ayudo yo, digamos unos quince años; ¡ah!, se me olvidaba decirle que en uno de esos robos hubo de por medio un muerto, pero usted lo sabe mejor que yo, por lo tanto los años aumentan, eche usted mismo la cuenta.»

El señor vestido de azul sacó el pañuelo y se limpió con delicadeza el sudor de la frente. Cerró los ojos por un instante como si estuviera muy cansado, después los abrió y miró fijamente a su interlocutor con aire interrogativo. «¿Quiere beber algo?», dijo.

«¿Dónde me encuentro?», preguntó el hombre de pelo gris, «quisiera saber dónde me encuentro.»

El hombre de pelo gris se desabrochó el cuello de la camisa. Permaneció meditabundo, miró a su alrededor con aire desconfiado. «Pero ¿por qué tengo que ser yo?», dijo.

El señor vestido de azul hizo un gesto de contrariedad, después abrió los brazos. «Señor Mariposa», dijo, «venga, no me haga este tipo de preguntas, mire usted, este es simplemente un lugar como cualquier otro, un edificio como cualquier otro, aquí no hay letreros en las puertas, este es un lugar adecuado para encuentros anónimos, entre amigos anónimos como somos nosotros.»

El señor vestido de azul se puso a juguetear con un bolígrafo que estaba sobre la mesa. «Quizá no le basten las razones que le he explicado ya, es usted duro de pelar, señor Mariposa, no le bastan las

razones prácticas. De acuerdo, si no tiene bastante con las razones prácticas pasaré a las razones teóricas, veamos si así lo entiende. Por qué precisamente usted. Es muy sencillo: porque es usted un infeliz. Y como todos los infelices alberga resentimiento. Quiero decir: usted odia a las personas que viven normalmente, que de una manera o de otra han logrado salirse con la suya, y querría usted verlos en su misma situación, es decir, hundidos en la mierda. Usted es la persona ideal porque es usted un desgraciado, señor Mariposa, no sé si me explico.»

«Pero yo no tengo nada que ver con el homicidio del cónsul extranjero», dijo el hombre de pelo gris, «quiero decir, soy totalmente ajeno a lo sucedido.»

«Pero no es ajeno a las otras cosas de las que le he hablado antes, elija usted mismo», dijo el señor vestido de azul.

«No sé qué decir», dijo el hombre de pelo gris.

«Pues entonces escúcheme», dijo el señor vestido de azul, «le propongo un juego. Juguemos a hacer una bonita suposición, ¿está de acuerdo?»

«Lo estoy», respondió el hombre de pelo gris.

«Muy bien, me alegro por usted», dijo el señor vestido de azul. «Supongamos por ejemplo que en aquellos lejanos años los jefes de aquel movimiento político en el cual militaba usted por entonces le hubieran dado la orden de conducir un automóvil. ¿Lo habría hecho? Piénselo bien.»

«No me hace falta pensarlo», dijo el hombre de pelo gris, «claro que lo habría hecho.»

«Pero usted no iba solo, naturalmente, en aquel automóvil había otra persona.» El señor vestido de azul rebuscó en el bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo con calma y apagó de un soplo la cerilla. «Pues bien, supongamos que esta persona que viajaba con usted tuviese una pistola, no le costará demasiado, espero, hacer esta suposición.»

El hombre de pelo gris indicó con un gesto que no, que no le costaba demasiado.

«Por lo demás usted tiene cierta familiaridad con las pistolas, señor Mariposa, no sería la primera vez. Pero prosigamos. Supongamos que la persona a la que usted acompañaba hubiera tenido que usar aquella pistola, es decir, si sus jefes le hubieran ordenado que acompañara a una persona que debía utilizar una pistola, ¿lo habría hecho usted? Piénselo bien.»

«Creo que sí», dijo el hombre.

«¿Lo cree o está seguro de ello?»

«Estoy seguro.»

«Bien», dijo el señor vestido de azul, «y ahora le toca a usted

continuar con nuestra suposición. ¿Dónde supone que habría llevado al hombre de la pistola? Piénselo.»

El hombre de pelo gris no contestó de inmediato y se miró los pies. «A dar vueltas por la ciudad.»

«Usted conoce bien esa ciudad, ¿no es cierto?»

«La conozco perfectamente, he vivido allí muchos años.»

«A un hombre armado no se le lleva de paseo por la ciudad, se le conduce a alguna parte, a un lugar ya establecido.»

«Pero yo no he establecido ningún lugar.»

«Intente suponerlo.»

«Hágalo usted.»

«Para mí es fácil, ya conozco la historia. Lo que quiero es que la conozca usted también.»

«Cuéntemela, entonces.»

«Preferiría que fuera usted quien me la contara. Ya le he dicho que se trata de un juego.»

«No soy capaz.»

«De acuerdo, volvamos al principio. Supongamos que sus jefes le hubieran ordenado que condujera el coche para transportar al asesino del cónsul hasta el lugar del delito. ¿Lo habría hecho usted?»

«¿En aquella época?»

El señor vestido de azul hizo de nuevo un imperceptible gesto de impaciencia. «Señor Mariposa», dijo, «no me haga perder el tiempo, es de aquellos años precisamente de los que estamos hablando.»

«En aquellos años, sí», dijo con convicción el hombre de pelo gris, «habría hecho todo lo que me hubieran ordenado mis jefes, en aquellos años.»

«¿Incluso servir de chófer a un asesino?»

«Claro que sí», dijo el hombre de pelo gris, «incluso servir de chófer a un asesino, hasta eso habría hecho por la causa justa.»

«Estaba seguro de que lo habría hecho», dijo el señor vestido de azul, «y ahora hagamos una pausa, nos merecemos beber algo.» Se levantó y se dirigió a un armario al fondo de la habitación, en cuyo interior había una pequeña nevera. Cogió dos naranjadas y dos vasos. Destapó las botellas y las dejó sobre la mesa. «Hoy hace un calor sofocante», dijo, «no es el día ideal para trabajar, pero hay que tener paciencia.» Se sentó y bebió con calma su naranjada. Después encendió un cigarrillo. «Usted trabaja al aire libre», continuó, «debe de ser estupendo trabajar al aire libre, ¿sabe usted que le envidio?» Siguió hablando sin esperar respuesta. «Y además vive en una hermosa zona, cerca del mar, siempre he soñado con vivir cerca del mar, tal vez lo haga cuando me jubile. A propósito, ¿qué coche era?»

El hombre de pelo gris le miró con aire desorientado.

«¿A qué se refiere?», preguntó.

«¿Cómo que a qué me refiero, señor Mariposa? Le he preguntado qué coche era.»

«Pero ¿qué coche?»

«El que estábamos suponiendo.»

«Un coche cualquiera.»

«Ah, no, no existen coches cualesquiera. Los coches tienen una marca, un color, una cilindrada. Hay coches y coches. Elija uno.»

«Un Ford.»

«¿Por qué un Ford?»

«Porque sí.»

«Ah, no», suspiró el señor vestido de azul, «ese motivo no me convence.»

«Porque los Ford se abren con facilidad, vaya, porque yo soy capaz de abrirlos.»

«¿Qué quiere decir?»

«Perdone, no pensará usted que iba a llevar al ejecutor al lugar del delito con mi coche o un coche prestado por un amigo.»

«Claro que no.»

«Por lo tanto tendría que ser robado. Por eso he pensado en un Ford, porque para mí es fácil abrirlo, me basta con un cortaplumas.»

«Muy bien, señor Mariposa, veo que está entrando perfectamente en el espíritu del juego. Estoy encantado con su colaboración. Por lo tanto, ¿el Ford lo habría robado usted mismo?»

«Sí, lo habría robado yo.»

«¿Y qué tipo de Ford era?»

«Un Taunus gris.»

«¿Y dónde lo habría robado?»

«En la avenida Buenos Aires.»

«Perfecto. Y ahora intente usted contarme aquel día.»

El hombre de pelo gris esbozó una sonrisa, aunque quizá fuera una vaga mueca. «Si todo esto hubiera sucedido, la culpa no sería mía», dijo, «sería de quien me hubiera ordenado que lo hiciera.»

«Naturalmente», dijo el señor vestido de azul, «pero de esto hablaremos después, ahora intente contarme qué pasó aquel día.»

«Y en el fondo la culpa no sería ni siquiera de quien utilizó el arma», continuó el hombre de pelo gris, como si no hubiera oído, «él habría sido solo el ejecutor material, la culpa sería de los organizadores, de los instigadores.»

«Naturalmente», repitió con paciencia el señor vestido de azul, «pero de esto ya hablaremos luego. Ahora intente relatarme aquel día. El juego ha pasado ahora a sus manos, pero yo puedo intervenir si lo desea.» Encendió otro cigarrillo y dejó que se consumiera en el cenicero. «Ánimo», dijo, «empecemos por la mañana.»

«Por la noche», replicó el hombre de pelo gris, «quiero decir por la

noche anterior, porque los coches se roban de noche, es más fácil.»

«Bien, entonces por la noche.»

«Pues nada, bueno, es decir, aquella noche fue una noche normal. Cenamos en una pizzería, el compañero que iba a ser el ejecutor material de la operación y yo. Teníamos que ponernos de acuerdo sobre la hora de la cita y sobre otros detalles.»

El señor vestido de azul sonrió con satisfacción. «Va usted muy bien, señor Mariposa», dijo, «veo que comienza a usar un léxico adecuado, ni siquiera parece que está usted improvisando, se diría que no es la primera vez que lo cuenta.»

«Que se lo cuento a otra persona sí», susurró el hombre de pelo gris, «es la primera vez.»

«Pero no a sí mismo, naturalmente, estoy convencido de ello, la historia existía ya, al menos dentro de usted.»

El hombre de pelo gris hizo un gesto negativo con la cabeza, con decisión. «En absoluto», dijo con precipitación, «le aseguro que no he pensado jamás en ello, de verdad.»

El señor vestido de azul abrió el paquete de cigarrillos y se lo ofreció al hombre de pelo gris. «Intente fumar un cigarrillo y reflexione bien sobre ello. Escuche, juguemos a este juego de una manera honesta, incluso una partida como esta tiene sus reglas y las reglas hay que respetarlas. No hemos sido nosotros quienes hemos ido a buscarlo, ha sido usted el que nos ha hecho una señal, y nosotros hemos entendido por qué nos ha enviado una señal, veamos si me explico mejor, el único motivo es que usted tenía ganas de contarnos una bonita historia con todo lujo de detalles. Mire, nosotros somos muy listos, señor Mariposa, no nos subestime, somos más listos que usted y por lo tanto no debe usted hacerse el listo con nosotros, debe comportarse exactamente igual que lo haría en confesión; mire, a nosotros no nos interesan solo los hechos al desnudo, no nos confunda con pragmáticos, no sé si entiende la palabra, a nosotros no nos interesa solo lo que ocurre fuera, nos interesa también lo que sucede dentro de la cabeza de la gente. Los juegos entre nosotros tienen que ser claros. La claridad es nuestra forma de limpieza.»

El hombre de pelo gris encendió el cigarrillo que se le había ofrecido. Su mano temblaba ligeramente. «Es verdad, tenía ganas de contar una historia», dijo con un susurro.

«Estaba seguro de ello», replicó brevemente el señor vestido de azul. «Y ahora discúlpeme por la interrupción y volvamos a aquella noche. Estábamos en la pizzería.»

«Yo estaba muy nervioso aquella noche, no conseguí ni siquiera cenar. El compañero, en cambio, parecía tranquilísimo, tenía apetito, se comió dos pizzas de marisco.»

«Tiene usted una memoria formidable», dijo gélido el señor vestido

de azul.

«Puedo decirlo porque conozco los gustos del compañero, es una persona a la que le encanta el marisco.»

«Perdone, hay un detalle que no es insignificante», le interrumpió el señor vestido de azul, «¿estaría usted dispuesto a testificar con absoluta firmeza sobre la identidad de esa persona?»

«Claro que sí», respondió el hombre de pelo gris, «solo había una persona, entre todos aquellos a los que conocía, que habría tenido el estómago necesario para disparar. Al menos esa es mi convicción. No hubiera podido ser nadie más que él.»

«Entonces podríamos empezar por darle a él también un nombre en clave. Yo sugeriría que le llamáramos el compañero Beretta, dado que el homicidio se consumó con una pistola Beretta.»

«El compañero Beretta y yo salimos de la pizzería hacia las once de la noche y nos dirigimos a pie hacia la avenida Buenos Aires. Una vez allí, vimos un Taunus gris aparcado junto a la acera y decidimos servirnos de este para la operación del día siguiente. Lo abrí yo personalmente con mi cortaplumas de bolsillo, nos marchamos en él, conduje yo para ir acostumbrándome al vehículo, llevé al compañero Beretta a su casa, y después me dirigí a la mía y aparqué el coche cerca de mi domicilio, a unos trescientos metros de distancia. Eso es todo lo concerniente a aquella noche. Si le parece oportuno podría intentar pasar al día siguiente. Pero me resulta más difícil hacer hipótesis sobre el día siguiente.»

«Más difícil ¿por qué?»

«Embarazoso, quiero decir.»

«No me parece la palabra más apropiada.»

«Pero es una cosa grave, mejor dicho, gravísima.»

«Recuerde que usted se habría limitado a conducir.»

«Sí, pero incluso de ese modo se trata de complicidad en un homicidio, estoy informado sobre ello.»

«En todo caso usted lo habría hecho en nombre de un acto de justicia mal entendida que le fue inspirado por personas que por su mayor cultura no hubieran debido aprovecharse de su simplicidad. Y lo que es más importante, usted está ahora firmemente arrepentido de ello. Aún diría más, destrozado por el arrepentimiento. Un arrepentimiento que debe confiar no solo a las autoridades, sino también a un confidente sereno, a un religioso. Usted tiene que vivir su arrepentimiento, necesita expiar sus culpas.»

«Pero a mí no me interesa cómo habrían podido desarrollarse los hechos, a mí me interesan las personas que habrían podido darme las órdenes, de ellos es de quien yo dependía entonces, podían disponer de mí como de un juguete, estaba en sus manos, estaba en su poder, por ellos habría hecho de todo, y al final, ¿cómo me han

correspondido?: olvidándome. Me han usado y después me han tirado.»

«Pero para llegar a las personas que le han usado y tirado debe usted pasar antes a través de los hechos, estará de acuerdo conmigo.»

«Los hechos, en el fondo, podrían ser simples.»

«Quisiera escucharlos de su boca.»

«Creo que podría ser la parte más sencilla de la historia.»

«¿Cómo la vería usted esa parte más sencilla?»

«De esta forma: veamos, el compañero Beretta me estaría esperando a las seis de la mañana en la esquina de la calle Viena. Cuando yo pasara, él entraría rápidamente en el coche. Después yo cogería la avenida Washington y giraría en la calle Berlín. Allí nos detendríamos, frente al bar donde el cónsul iba cada mañana a desayunar. Estaríamos esperando una media hora, aproximadamente. El cónsul habría llegado puntual, a las siete, a pie. El compañero Beretta bajaría, iría a su encuentro con indiferencia. Cuando hubiera llegado a su altura, sacaría la pistola con un movimiento fulminante y le descargaría tres disparos en el tórax. El cónsul no habría tenido ni tiempo de caer cuando nosotros ya estaríamos lejos, porque yo estaría esperando con el motor en marcha e iría a recoger al compañero Beretta. Prácticamente, no habría testigos. El estanquero, asomándose a la puerta, habría podido vernos solo de soslayo, mientras nos estábamos alejando. ¿Y qué habría visto? Dos personas de espaldas que huían en un Taunus gris.»

«Continúe», dijo el señor vestido de azul.

«Hay poco que añadir. Seguiría el recorrido inverso, conduciendo con calma para no despertar sospechas: avenida Washington, calle Viena, avenida Buenos Aires. Al final de la avenida Buenos Aires está la plaza Varsovia, donde aparcaríamos el coche; después entraríamos en el metro, separándonos, yo en dirección norte y el compañero Beretta en dirección sur. ¿Qué le parece?»

«Me parece muy verosímil», dijo el señor vestido de azul, «realmente muy verosímil, creo que la historia no podría contarse mejor. Naturalmente falta algún detalle, una cosita aquí, otra cosita allá, los detalles son muy importantes para añadir veracidad a las historias, en especial a las historias hipotéticas, no sé si me explico. Y menos frialdad, más pasión. Y lágrimas. En resumidas cuentas, el tormento. El nuestro es un asunto fundado sobre el arrepentimiento, no lo olvide.»

«En cualquier caso, no es eso lo que me interesa», insistió el hombre de pelo gris, «no es esa posible historia, lo que me interesa son las personas que habrían podido darme la orden de hacer todas esas cosas, eso es lo que me interesa.»

El señor vestido de azul se levantó y comenzó a pasear lentamente

por la habitación. «Estamos llegando a ello», dijo, «estamos llegando al punto que le interesa a usted y que más nos interesa a nosotros. Como puede ver, sobre este punto hay una convergencia de intereses. Se trata solamente de hallar a las personas adecuadas, porque los jefes eran muchos y quizá no todos habrían estado de acuerdo con una operación como esta. Por lo demás estoy convencido de que una decisión de este tipo habría sido tomada en un círculo muy restringido. ¿Usted qué piensa acerca de ello?»

«Muy muy restringido», dijo rápidamente el hombre de pelo gris, «y además lo que cuenta son los que habrían podido darme la orden.»

«¿Cuántas personas?»

«Dos.»

«Vamos a ver si lo entiendo, pero sin mencionar ningún nombre.»

«Esos a los que llaman los profesores.»

El señor vestido de azul sonrió con satisfacción. «Me parece perfecto», dijo, «continúe.»

«Fue el diez de marzo, exactamente un mes antes del homicidio. En la ciudad había un congreso sobre la guerra en el mundo organizado por el movimiento. Habían acudido incluso organizaciones francesas y alemanas. Los dos profesores habían estado ausentes de la ciudad varios meses, habían ido al sur a desarrollar tareas políticas. Yo fui a verlos mientras tenía lugar una mesa redonda presidida por ellos. Me encontraba en una difícil situación, mi hijo había sido ingresado en un hospital por una enfermedad vírica y el casero me había desahuciado. Necesitaba dinero, no mucho, solo algo de dinero. Pensé en pedírselo a ellos. Había hecho de todo por ellos. Había distribuido octavillas, me había matado a trabajar, había sido el esclavo del movimiento. Fui a hablar con ellos. En cinco minutos se libraron de mí, dijeron que no podían ayudarme, que estaban cansados de mis peticiones. Cansados de mis peticiones. Hace falta cara. Había hecho de todo por ellos, algunos años antes. Cansados de mis peticiones. En cinco minutos se libraron de mí, diciendo que tenían otras cosas en que pensar.»

El señor vestido de azul volvió a sentarse. Tenía un aire de preocupación, con el ceño fruncido. «Vamos a ver», dijo, «razonemos. El asunto no me parece convincente. Una conversación apresurada, con todas aquellas personas alrededor, no me parece la ocasión ideal para recibir una orden tan grave, los dos profesores no habrían elegido nunca una ocasión parecida, es una versión que no convencería a nadie.»

«No tengo elección, es la única vez en la que los he visto antes del hecho. Es la única vez en la que he hablado con ellos. Hay testigos que me han visto hablando con ellos, esa es la ventaja. Es necesario jugar con esa ventaja.»

«¿Y qué le habrían dicho?»

«Me habrían dicho que la operación estaba planeada para el nueve de abril, que estuviera preparado y que todas las instrucciones me las daría el compañero Beretta.» El hombre de pelo gris hizo una pausa y suspiró. «De este modo puedo decir que el plan le había sido expuesto al compañero Beretta con todo tipo de detalles y que fue él quien me hizo partícipe de ello, que tuve un encuentro con él posteriormente, un encuentro a solas, él podrá negarlo cuanto le parezca.»

«Me parece una versión aceptable», dijo el señor vestido de azul, «pensándolo bien, me parece una versión aceptable. Supongo que puede ser una versión aceptable para todo el mundo. Veo que tiene usted buena memoria, señor Mariposa, lo importante es conservarla.»

En la habitación cayó el silencio. En la lejanía, atenuado por la distancia y por las ventanas cerradas, se advertía el ruido del tráfico. Un reloj, en alguna parte, daba las horas.

«Bien», dijo el señor vestido de azul, «tengo la impresión de que esto es todo.»

El hombre de pelo gris hizo un ademán como si fuera a levantarse pero se quedó sentado. «Perdone», dijo, «pero hay algo más.»

«¿O sea?»

«Verá, es una cosa, no sé cómo decirlo, ah, sí, bueno, no lo veo claro.»

«¿Qué quiere usted decir?»

«Quiero decir que conozco las razones por las cuales estoy haciendo todo esto, pero no conozco las de ustedes.»

En el rostro del señor vestido de azul se dibujó una ancha sonrisa. Era la primera vez que sonreía tan abiertamente, con satisfacción. «Le responderé con una pregunta, ¿quiere escucharla?»

«Me encantaría», dijo el hombre de pelo gris.

El señor vestido de azul hizo un vago ademán levantando la mano, un gesto leve, como el de un pájaro y dijo: «¿El aleteo de una mariposa en Nueva York puede provocar un tifón en Pekín?»

El hombre de pelo gris se le quedó mirando con aire torvo. «No se burle usted de mí.»

«No me estoy burlando de usted, es una pregunta seria.»

«Entonces, no le entiendo.»

«No tiene importancia, se trata de la teoría de los fractales o quizá de las catástrofes. Usted sabrá seguramente qué son las catástrofes, pero tal vez no sepa qué son los fractales.»

«No tengo ni la menor idea.»

«¡Qué le vamos a hacer!», dijo amablemente el señor vestido de azul, «ahora sería demasiado largo de explicar, y demasiado complicado, pero piense usted una cosa: que estamos en un fractal. Usted también forma parte del fractal, un movimiento por su parte modifica el fractal, querido señor Mariposa, por ello debe agitar las

alas como es debido.» El señor vestido de azul hizo un gesto de cansancio, dobló cuidadosamente el pañuelo y se lo puso en el bolsillo. «Creo que ya no tenemos nada más que decirnos», susurró.

El hombre de pelo gris se levantó apresuradamente. Se sentía incómodo, como si no supiera cómo despedirse. Después hizo un gesto de saludo con la cabeza y retrocedió hacia la puerta. Cuando estuvo en medio de la sala se detuvo y tosió cohibido. «Ustedes me han dado incluso un nombre en clave», dijo en voz baja, «pero si yo le necesitara no sabría a quién buscar; no sé cómo se llama y no quiero saberlo, pero deme por lo menos una referencia, un nombre convencional, algo así, no sé cómo decirle.»

El señor vestido de azul se había levantado. Permanecía con las manos apoyadas en la mesa. «Usted no debe buscarme por ninguna razón, señor Mariposa», dijo, «pero si quiere saber con quién ha estado hablando, puedo inventarme un nombre circunstancial para usted. Considéreme el doctor Conciencia. Me ha tocado convertirme en su conciencia, señor Mariposa, tal vez en la parte más oscura de su conciencia, esa que usted no querría ni siquiera conocer y que tiene cuidadosamente cubierta con una trampilla. Hoy esa trampilla ha sido abierta, y no puedo ocultarle mi satisfacción. Y tampoco mi cansancio. No es fácil vagar por conciencias como la suya. Así es mi trabajo, es una forma de mayéutica, y la mayéutica es fatigosa, no sé si me entiende. Quién sabe si cuando me jubile no podré dedicarme a una actividad al aire libre, tal vez cerca del mar, en un lugar semejante a donde vive usted. Y ahora, adiós, mi trabajo ha terminado, creo que no tendremos ocasión de volver a vernos.»

LA TRUCHA QUE SE AGITA ENTRE LAS PIEDRAS ME RECUERDA TU VIDA

Total, no iba a venir nadie. Fue lo primero que pensó, y sintió un dolor en la rodilla derecha. Paseó la mirada a su alrededor, observando las paredes. Los cuadros le parecieron intolerables. Acuarelas, pensó, malditas acuarelas. Y mientras tanto el día se había abierto en una tarde luminosa, el cielo era azul sobre los tejados de la gran ciudad, tejados todavía brillantes por la lluvia matutina. Tuvo ganas de abrir la ventana de par en par, pero no se movió. Hubiera podido hacerla pasar inmediatamente, pero decidió que era mejor que esperase un poco. Hágala pasar al salón, dijo al ama de llaves, dígale que estoy escribiendo. Total, no iba a venir nadie. La idea, por un momento, le hizo sentirse más fuerte. Qué extraño, era una idea que le agobiaba, que provocaba en él una rabia sorda, porque quería decir abandono. Pero ahora no, pensó, ahora hay una persona. Rió para sus adentros. Digamos una visita, más bien, se dijo. Ay, estos insoportables cuadros. Y, junto a las acuarelas, los cuadros al óleo, monstruosos, rostros retratados a la manera perentoria y rugosa de los años treinta, cuando lo que contaba era la superficie. Y además, rostros de muertos. Insoportables. Alzó la mano e hizo un gesto. Hasta pronto, rostros muertos, murmuró, dentro de poco volveremos a vernos. Se quitó la manta de las rodillas y tuvo ganas de levantarse. Por lo menos ir hasta la ventana, mirar afuera, volar con la mirada. Pero no, no se movió. Canallas, pensó, canallas todos. ¿A quién me refiero?, se preguntó. Bueno, me refiero a todos. Sonrió para sus adentros. Mejor dicho, gilipollas, para ser más precisos, gilipollas todos. Después miró la fotografía de Lucrezia en la librería y murmuró: más bien gilipollas todos, como habrías dicho tú, Lucrezia. Lucrezia le sonrió desde el retrato. Contigo sí que me entendía, Lucrezia, dijo él, tu agresividad me defendía de todo. Tuvo ganas de cantar, pero no lo hizo. No estaba bien cantar a su edad. Un viejo que canta es un viejo que chochea, aunque en otros tiempos lo habrían encontrado divertido. Otros tiempos. Dijo: otros tiempos, Lucrezia, tengo ganas de hacerte una visita yo también, nos veremos dentro de unos segundos. Se arrellanó en el sillón y fingió para sí mismo que dormitaba. Lucrezia venía a su encuentro por un paseo marítimo. Era Rapallo, claro, no podía ser más que Rapallo. Llevaba una falda de *tweed* y unos zorros alrededor del cuello. Fue a su encuentro jugando al escondite entre las palmeras del paseo marítimo. Hola, Lucrezia, dijo. Lucrezia lo miró y sonrió de un modo extraño. Quiero un helado, dijo, un helado enorme. ¿En qué año estamos?, preguntó él. Estamos en los años cuarenta, dijo Lucrezia, este pueblo es un horror y yo

querría vivir en París, estamos en los años cuarenta, ¿no lo notas por mis vestidos? Claro, respondió él arreglándose el abrigo, ya lo veo. Y pensó: caramba, estamos en los años cuarenta, estoy escribiendo mis mejores poesías. Y después preguntó: pero, exactamente, ¿en qué año estamos? En mil novecientos cuarenta y nueve, respondió Lucrezia. Cáspita, dijo él, estoy escribiendo mi poema más célebre, *El cardo entre las rocas*. Lucrezia lo miraba con aire irónico. Eres un capullo, dijo. Él se arregló el sombrero y dio un paso. Lucrezia lo cogió del brazo. El mar estaba espléndido, una tabla azul. Has muerto demasiado pronto, dijo él, no sabes en qué poeta me he convertido en los últimos cuarenta años, un objeto de culto, no soy yo quien lo dice, son los críticos, las historias de la literatura. Pero Lucrezia no estaba escuchándolo, sonreía, estaba distraída, parecía una chiquilla. Mientras caminaban del brazo esbozó un paso de danza, allí, en el paseo marítimo. Algunos peatones se volvieron a mirarla. Lucrezia, dijo él, nos están mirando, no te pongas en ridículo. Ella se detuvo de pronto y le volvió la espalda, se cruzó de brazos y se quedó mirando el mar con obstinación. Los vientos recorren estas habitaciones, recitó, y tú te has rendido. Después lo miró con aire enojado y dijo: esa poesía la has escrito para mí, mejor dicho, la has escrito gracias a mí; fui yo quien te trajo aquí, es exactamente aquí, en estas colinas, si no te hubiera traído no la habrías escrito nunca, pero yo no me he rendido, aunque esté muerta. No quería decir eso, la interrumpió él justificándose. No importa, dijo Lucrezia con tono práctico, vamos a tomar un helado. Atravesaron la calle y se sentaron en un velador del café Rapallo. El camarero acudió diligente y Lucrezia pidió una copa de helado de chocolate. Él tomó un café. Era hermoso estar en los años cuarenta, pensó él, y se arrellanó en el pequeño sillón como si se arrellanase en el tiempo. Era hermoso y confortante. Lucrezia no había muerto todavía, incluso sus amigos estaban todos vivos, todos vivos y llenos de fervor, allá en Florencia, desde donde le escribían. Y aquel crítico entusiasta que quería verlo más comprometido políticamente y que le escribía largas cartas patéticas: eso también era hermoso. Y la dificultad de reconstruir todo, en aquella Italia tan mísera, eso también era hermoso. Era vital, por lo menos. Y las largas tardes de paseo por la ciudad, el trabajo en la editorial, las nuevas amistades: todo era hermoso. Claro, era mucho más hermoso que quedarse encerrado en ese apartamento tapizado con rostros de difuntos, solo, esperando a nadie, porque ya no venía nadie a visitarlo, excepto ella, la rubia. Todos lo habían abandonado, periodistas, críticos, amigos. Ya no era noticia, ¿a quién puede interesarle un poeta decrépito y enfermo, que vive con su ama de llaves? Cogió una mano de Lucrezia y le preguntó: ¿a quién puede interesarle un poeta decrépito y enfermo, que vive con su ama de llaves? Ella lamió el helado y sonrió

con aire astuto. ¿Por qué no te quedas conmigo? No puedo, dijo él, ha pasado ya demasiado tiempo, pero vendré pronto. Ella seguía sonriendo. Y entretanto, ¿qué haces?, le preguntó, háblame de ti. Él suspiró profundamente. Me aburro, dijo, me aburro una barbaridad. Ya no salgo, las piernas no me sostienen. Paso el tiempo mirando los rostros de los muertos en las paredes, ya no viene nadie a verme, solo ella, la rubita. Espera, espera, déjame que lo adivine, dijo Lucrezia, escribe poesías y quiere un prólogo. Puede ser, dijo él, meditando, no lo sé, pero ha olido a muerto, quiere sacarme algo antes de que estire la pata. Pero qué lenguaje, dijo Lucrezia, no te reconozco, no reconozco ya a mi simpático capullín. Bueno, ya has entendido, replicó él, lo has entendido bien. Lo he entendido perfectamente, dijo Lucrezia, es una gilipollas, ¿y qué quieres decirme con esto? Con esto quiero vengarme, dijo él, eso es, es esto lo que he pensado. ¿Vengarte de quién?, preguntó Lucrezia con interés. Bueno, de mí mismo, dijo él, que es la venganza más perfecta, pero junto a mí, de los demás también, quiero incluirlos a todos, a esos imbéciles. *Pardon*, dijo ella, gilipollas. Y después añadió: finge que te enamoras de ella, hazle la corte, tú eres un genio en eso de fingir que te enamoras, una pasión senil y patética, *voilà*. Lucrezia abrió el bolso y sacó de este un espejito y el colorete. Se retocó el maquillaje rápidamente, con discreción. Era fea, Lucrezia, era francamente fea. Incluso el estar en los años cuarenta no la mejoraba para nada, la juventud no puede hacer nada contra la fealdad. Tú tampoco es que seas tan guapo, dijo ella como si hubiera adivinado su pensamiento, no eres más que un viejo carcamal. Pero tengo el pelo blanco, respondió él, las canas me dan un cierto aire de nobleza. No hay canas que valgan, replicó ella, las canas no pueden hacer nada contra la fealdad. Él le sonrió y ella también esbozó una sonrisa cansada, desde la lejanía del retrato. Él se sobresaltó y miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un minuto?, ¿una hora? Nada, pensó, no ha pasado nada, el tiempo no pasa cuando se va hacia atrás en el tiempo. Tocó el timbre y Rita se asomó. Le dijo que la hiciera esperar todavía un poco más, tenía que escribir. ¿Le digo que se vaya?, preguntó Rita. No, claro que no. Era su visita, la visita que había estado esperando todo el día, es más, que se preparara, quizá la invitara a cenar. Rita gruñó algo y desapareció. No le gustaba la señora rubia. Rita tenía un olfato formidable, era casi analfabeta y, sin embargo, casi nunca se equivocaba en lo que se refiere a la gente. Y entre tanto estaba cayendo la tarde, en octubre los días son cortos. Sentía una gran nostalgia, pero nostalgia ¿de qué? Qué extraño, una nostalgia así, sin saber de qué. Nostalgia de escribir, tal vez. Pero de escribir de verdad, como entonces, con fuerza, con pasión, con convicción, no como se preparaba a hacerlo ahora. Y nostalgia de aquellos días. Pero ¿de qué días? No, nostalgia de nada.

Solo una nostalgia en estado puro. Se levantó del sillón y dobló con cuidado la manta. Le hubiera gustado quitarse las pantuflas, pero no era capaz y por tanto renunció a ello. Qué le vamos a hacer, querida mía, pensó, me encontrarás en pantuflas. Y se puso a silbar por lo bajo. Se sentó ante la mesa, cogió una hoja de papel y empezó a escribir. Lo hacía con soltura, total se lo sabía prácticamente de memoria. Dobló la hoja con cuidado y la metió en el bolsillo de la bata. Se miró al espejo y se ajustó el *foulard*. Después fue hacia la ventana. Había caído la tarde. Miró la plaza y la iglesia y sintió de nuevo la nostalgia. Había estado ya una vez en una tarde de octubre en una plaza delante de una iglesia. Estaba con una mujer, sentados en un banco. O tal vez solamente se lo había imaginado, quién sabe. Los recuerdos, cuando son lejanos, se asemejan a la imaginación, parecen un sueño. Habría querido tocar el violín, sentía un deseo devastador de hacerlo, pero no sabía tocarlo y no tenía ningún violín. O por lo menos escucharlo, degustar un *Capricho* de Paganini y marcharse lejos con la imaginación o con el recuerdo, que era lo mismo, flotar en el aire y volar, salir de aquella habitación insoportable, pasar en vuelo rasante sobre la ciudad, coger la dirección del mar y planear sobre la playa de Bocea di Magra, tragándose los años hacia atrás, como si los respirara, hasta llegar a los años treinta. Los años treinta, Lydia, la tarde de un adiós. Durante toda la vida le había pesado aquel adiós, el modo de aquel adiós, habría querido cambiarlo y, por lo tanto, lo cambió. Entró en el café y la vio. Estaba sentada al fondo, bajo el espejo grande. Se le acercó y le besó la mano. Connie sonrió, Lydia, le dijo, desde hoy tú serás Lydia, con y griega. Llamó al camarero y encargó champán. Por Lydia, dijo alzando la copa. Te he traído un madrigal, continuó, lo he escrito para ti, en nuestro verdadero adiós no te lo traje, qué estúpido fui, no te lo traje porque estaba enfadado contigo, te odiaba porque me abandonabas, porque volvías a tu país, estaba celoso de ti y de tu libertad, no quería darte una poesía de amor, me parecía una debilidad, te la he traído hoy, sí, ya sé lo que estás pensando, piensas en cómo es posible que en la vida se pueda vivir dos veces el mismo momento, pues bien, es un sortilegio que nos ha sido concedido porque tú eres Lydia y yo soy tu poeta, y el sortilegio se cumple aquí, en este café.

Encendió la luz del escritorio y fue a abrir la puerta con cautela. La mujer, sentada en una butaca del salón, estaba leyendo, al menos aparentemente. Era rubia y bella. Se veía enseguida que también era estúpida, al menos eso pensó él. Pero no, no era estúpida, era solamente rubia y bella, por eso parecía estúpida. Le hizo un gesto con la mano y ella dijo: Maestro. Perdóneme por haberla hecho esperar tanto tiempo, se excusó él, estaba escribiendo. Y, mientras tanto,

pensó, ha caído la noche. Y la noche había caído también dentro de él, lo sentía. Una vez acabados sus paseos por el tiempo, se encontraba allí, en esa vieja casa suya de siempre, hablando, justificándose, teniendo siempre que decir algo, siempre algo. La mujer abrió el bolso y sacó un libro que le tendió. Y mientras tanto sonreía, satisfecha y contenta. Él percibió algunas palabras lejanas, comprendió vagamente que se trataba de la revista americana donde había salido el ensayo sobre él, pensó también: ¿y qué hago con esto?, y, sin embargo, asintió con aire contrito y dijo: se lo agradezco. Y mientras tanto ella se había levantado, tenía un aire de ligera turbación, no le molesto más, dijo, había venido solo para esto. Entonces él le cogió una mano con gesto amistoso, quédese a cenar, dijo, Rita ha puesto ya la mesa y esta noche tenemos trucha. La sonrisa de ella se hizo radiante, la trucha que se agita entre las piedras, citó, y él hubiera querido detenerla, hizo un gesto que supo desesperado, pero ella continuó inexorable: me recuerda tu vida. Era demasiado, era verdaderamente demasiado, no habría sido capaz de soportarlo mucho más, lo sentía. Se sentó en un sillón y ella le preguntó si se encontraba mal. Él no respondió y cerró los ojos. Connie también cerró los ojos y abrió los brazos entre las sábanas. Estaba desnuda, era hermosa, era joven, era Connie. Pero él tenía puesto el abrigo y estaba de pie, mirándola, en aquella habitación de hotel. Siempre tienes el abrigo puesto, dijo Connie, no eres un hombre, eres un abrigo. Él se quitó el abrigo y empezó a desnudarse. Se quedó en calzoncillos delante de ella. Sentía un gran deseo y una gran melancolía. Estaba cayendo la tarde y la habitación daba a un pinar. Se deslizó bajo las sábanas y la abrazó. Perdóname, le dijo. No sé si podré, respondió Connie, y además no sé qué debo perdonarte. Él permaneció en silencio. Sonó el teléfono de la mesilla. No estoy para nadie, dijo Connie al auricular. Lo dijo en inglés y él sintió una enorme lejanía. Por mi indecisión, dijo él, me refería a eso. Connie no respondió y le hizo una caricia. No importa, dijo, todos los poetas son indecisos, conozco bien a los poetas, quiero hacer el amor contigo. Yo también, dijo él, y hundió el rostro entre sus cabellos. Fue bellísimo. Cuando se despertó, se dio cuenta de que estaba solo en la cama. Connie estaba en el baño, apareció con un albornoz azul y una toalla en la cabeza. Me marcho dentro de dos días, dijo sonriendo, vuelvo a mi país. Quisiera despedirme de ti mañana, dijo él, no aquí, en esta habitación. Estaré en el café de siempre a la hora de siempre, dijo ella, te espero. Él se levantó y se vistió. Connie lo miraba, sentada en la cama. Ahora él estaba de nuevo allí, con su abrigo y se sentía ridículo. Hubiera querido decide algo, pero no sabía qué. Y entonces, al abrir la puerta para marcharse, susurró para sí, sin que ella pudiera oírlo: la trucha que se agita entre las piedras me recuerda tu vida. Pero, entretanto, Rita se asomó y dijo

que la cena estaba lista. Pasaron al comedor, ella con su esbelta zancada, él con sus pasitos inciertos. Caballerosamente le sujetó la silla y se sentó a su izquierda. Rita llegó con la bandeja. Era una trucha asalmonada hervida, con zanahorias y patatas de guarnición. Ella se sirvió con abundancia, él tomó un trozo pequeño. Eres una poetisa hambrienta, hermosa rubia, pensó, eres una poetisa hambrienta. Estaba buena la trucha. La saboreó y se sirvió otro trocito. Dios mío, cuánto tiempo había pasado. Sintió todo el peso del tiempo. ¿Cuánto tiempo había pasado?, pero ¿desde cuándo? Desde cuando la trucha se agitaba entre las piedras. Y ahora de todo aquello que había sido quedaba tan solo una trucha hervida delante de él, y él sentía que era un buen plato. Y mientras tanto la mujer rubia seguía hablando. Hablaba de poesía, le pareció, de un campus universitario americano, de lecturas de poesía. Pero ¿qué era la poesía? Se detuvo un momento en esta idea y sonrió. Y ella pensó seguramente que sonreía por lo que ella estaba diciendo, lo que la empujó a hablar con más excitación. No paraba de hablar. Ahora hablaba de las traducciones que se habían hecho de las poesías de él en los más diversos países y dijo: el traductor americano en este verso se ha ofuscado un poco. ¿Qué verso?, preguntó él. El verso del cenicero, dijo ella, el cenicero del hotel, en la poesía del cuarenta y uno. Oh, dijo él, me ofusqué yo también aquella vez. Y después pensó: la poesía es la ofuscación, eso es la poesía. Hubiera querido decírselo, pero ella no lo habría entendido. Mejor no decir nada. Permaneció callado y se secó la boca con la servilleta. Coño, pensó, coño, pero ¿qué coño estoy pensando? Le gustaba pensar así, con palabras vulgares. Le daba una sensación de seguridad y, al mismo tiempo, de consuelo. Pensó en aquel escritor que le escribía cartas compungidas, un hombre profundamente vulgar que se las daba de neorromántico. Y en aquel crítico que le odiaba porque era un burgués, un hombre en pantuflas que no había amado nunca a las masas. Las masas. Pensó en Ortega, que lo había entendido todo. Eran otros tiempos. Ahora el mundo era un caos. Pero encerrado en aquella casa no se notaba. Se notaba solo el tiempo que se agitaba como ráfagas de viento. ¿Era el final, entonces? No, pensó, no había acabado todo, su historia continuaba. Su invitada estaba comiendo una piña, porque habían llegado ya a la piña. Él sacó el pedazo de papel del bolsillo y dijo: he escrito un madrigal para usted. Le tendió la hoja y ella adoptó un aire sorprendido. Maestro, dijo, me siento confusa. Léalo, dijo él. Ella se puso a leer esa horrible parodia y dijo: es magnífico. Era lo que él quería escuchar. Necesitaba cosas magníficas. Claro que sí, era magnífico el engaño, la falsedad era magnífica, gracias, Lucrezia. Está dedicado a usted, dijo, y bebió un poco de vino blanco. Había caído la noche, eso era lo que sentía. Una noche fría, inexorable, que le pesaba

en el corazón. Se levantó y con sus pasitos inciertos se dirigió hacia la ventana. La iglesia estaba todavía abierta e iluminada. Algún raro paseante permanecía en la plaza. Asiduos, pensó, son asiduos. Y no sabía qué quería decir con ello. Un confesor, pensó, ¿habrá en esa iglesia un confesor? Sería hermoso ponerse una chaqueta, bajar hasta allí, cruzar la nave y dirigirse al confesionario. Soy yo, diría, soy un poeta, la poesía es mentira, he mentido durante toda mi vida, toda la escritura es mentira, incluso las cosas más verdaderas, absuélvame por favor, no he hecho nada más que mentir. Y después diría: y ahora estoy preparando otra mentira, una mentira doble, estoy imitándome a mí mismo, me remedo y me da igual, más aún, me divierto. No te absuelvo, hijo mío, diría el confesor, este es un pecado grave, es un pecado contra uno mismo. Y él respondería: toda la escritura es un pecado contra uno mismo, ¿me entiende?, durante toda mi vida me he inmolado, me he sacrificado, he pecado contra mí mismo. Y lo gritaría en la iglesia desierta, tan fuerte que el confesor saldría del confesionario. Hijo mío, diría el confesor, no te entiendo. Entonces él gritaría más fuerte, pero, qué extraño, cuanto más gritaba, menos conseguía distinguir sus palabras, su voz se había convertido en un balbuceo mezclado con gritos lacerantes, y, entonces, con ímpetu y pasión, se puso a cantar. Sí, eso es, haría exactamente eso, se pondría a cantar el *Requiem* de Verdi y con ese réquiem absolvería a todos, a los presentes y a los ausentes, a los vivos y a los muertos, y sobre todo a sí mismo. Y tras el canto, recorrería la nave, saldría fuera, cruzaría la plaza, se introduciría en su portal, subiría de nuevo a su apartamento donde la señora rubia estaría esperándolo con un trozo de piña enfilada en el tenedor y le diría: ahora estoy absuelto, puedo entregarle mi poesía.

He escrito este madrigal para usted, repitió. Ella lo miró intensamente, balbuceó algunas sílabas incomprensibles y una lágrima brilló en sus ojos. Es verdaderamente estúpida, pensó él, la he elegido realmente bien. Y al mismo tiempo lo deploró, le pareció demasiado fácil. Si al menos hubiera sido inteligente, inteligente y un poco pérfida, de esas inteligencias ásperas que comprenden el mal del mundo. Y en cambio era una mujer dócil, ahí delante de él, dispuesta a creerle, era una inteligencia servil, eso era, una inteligencia que creía en lo bello. Se lo preguntó: ¿cree usted en la belleza, querida amiga? La mujer le miró con aire absorto, en busca de una respuesta. Estaba completamente desorientada, le advirtió. Maestro, repitió, me está usted confundiendo. Y después confesó: amo la poesía, pero soy una mujer práctica. Esto le alivió. ¡Una persona práctica! ¡Por fin una persona práctica! Si era una persona práctica no tenía una inteligencia completamente supina, sabía afrontar el mundo, sabía llevar a cabo las cosas. Le cogió una mano y dijo: gracias. Ella le miró aún más

desorientada y dijo: soy yo quien le da las gracias, maestro, pero quisiera preguntarle: ¿por qué precisamente a mí? Él miró hacia el techo y encendió un cigarrillo. Querida mía, hubiera querido decirle, sería demasiado largo explicártelo y demasiado complicado, te haré una lista por tanto de las razones prácticas. Porque usted es bella, dijo, sensible y práctica, me parecen tres razones más que suficientes. Pero ¿qué tengo que hacer?, preguntó ella. Después del café se lo explicaré, dijo él. Sí, esa noche iba a tomarse un buen café. Y pasaría una buena noche de insomnio, total la noche de insomnio la hubiera pasado de todas formas. Y además quería pensar en Lucrezia y en Lydia, una bella noche de insomnio con Lucrezia y con Lydia, les contaría todo, aunque quizá ya lo supieran, allá donde ellas se encontraban todo estaba claro. Rita entró con el café sobre la bandeja de plata. Siempre impecable la querida vieja Rita. Tenía un aspecto ligeramente enojado y preguntó si el café debía servirlo en el despacho. Él asintió y dobló la servilleta. Se levantó y se dirigió hacia allí con sus trémulos pasos, mientras la mujer lo seguía con sus zancadas. Pensó en cómo debía decírselo y decidió que lo mejor era hablar con claridad y con sentido práctico, dado que ella era una mujer práctica. Pero, mientras tanto, ella le preguntó si podía releer el madrigal y él le dijo que sí, naturalmente, debía hacerlo. Ella se puso a leer y él se acercó a la ventana. El portón de la iglesia estaba atrancado, la plaza estaba desierta. Probablemente se dará cuenta, pensó, no será tan estúpida como para no darse cuenta. Se dio la vuelta y la miró. Ella también le estaba mirando y tenía los ojos brillantes. Es bellísimo, dijo ella, es un madrigal bellísimo. Y él sintió de nuevo ganas de cantar el *Requiem* de Verdi, lo cantó silenciosamente en su interior, acarició todas sus notas, era hermoso absolverse y pecar, en vez de pecar y absolverse, porque la absolución debe venir antes del pecado, debe haber una absolución precedente, un perdón preventivo. Esta es la primera de una serie de veinte poesías, dijo, he programado veinte y las escribiré todas para usted. Escúcheme bien, querida mía, yo le daré estas veinte poesías antes de morir y usted, después de mi muerte, deberá publicar cinco de ellas al año, durante cuatro años: cada año convocará a la prensa y hará públicas cinco poesías. Quiero a su lado a los mejores críticos y a los periodistas más refinados, en resumidas cuentas, quiero una notable audiencia, después podrá formar un pequeño volumen, y, mientras tanto, yo estaré muerto. ¿Será capaz de hacerlo? Ella se levantó y se apretó las manos como una chiquilla. Maestro, dijo, puede contar conmigo. Entonces él dijo fríamente: discúlpeme, estoy cansado y ahora tengo que acostarme, le deseo buenas noches. La acompañó hasta la puerta con sus pasitos inciertos, mientras advertía alarmado las largas zancadas de ella. En la puerta le besó la mano. Esperó la llegada del ascensor y permaneció en el vestíbulo hasta que

oyó que el ascensor había llegado al piso bajo. Estaba a punto de encaminarse a su habitación cuando sonó el portero automático. Era ella. La trucha que se agita entre las piedras me recuerda tu vida, dijo su bella voz joven, y colgó. Permaneció un momento pensativo. Lo ha entendido, pensó, al final lo ha entendido. O tal vez no, quién sabe, era otra vez una simple cita. Ah, si al menos lo hubiera entendido, pensó. Sonrió. Quizás ahora se pondría a cantar el *Requiem. Confutatis maledictis*, canturreó en voz baja. Se dirigió hacia su habitación. Lucrezia y Lydia estaban esperándole.

NOCHEVIEJA

1

A través del espeso cristal de la escafandra vio cómo el Capitán Nemo se abría paso a golpes de hacha en el bosque de algas, haciéndole gestos para que le siguiera por el estrecho pasaje de coral que se abría entre las hierbas oscilantes. Sentía un gran cansancio y movía con fatiga los pies lastrados por las botas de plomo, pero dándose ánimos continuó avanzando. La garganta de coral tapizada por miríadas de crustáceos y de conchas se abría en una ancha cueva cubierta por un techo asaeteado por extrañas estalactitas coralinas. El Capitán Nemo encendió la linterna que sostenía con la mano izquierda y el haz amarillento desgarró las tinieblas de los abismos. Pensó que la luz de los aparatos Ruhmkorff atraería a algún monstruoso habitante de aquellas oscuras regiones del mundo, pero vio solo bandadas de peces que se alejaban coleando, molestos y asustados. El Capitán Nemo se detuvo de repente. Un imponente muro de rocas se alzaba ante ellos, un cúmulo de bloques gigantescos de granito horadado en su base por innumerables grutas. El Capitán Nemo, indeciso, escudriñaba con el haz de luz cada una de las entradas de las aberturas, como para reconocer una señal, una indicación. Después enfiló decididamente por una galería semiescondida entre las algas que descendía abruptamente. La luz de la resistencia producía mágicos efectos sobre la áspera rugosidad de los corales rosados, en los arbustos y cepas calcáreos, en las ramificaciones transparentes como curiosos cristales de Bohemia. Finalmente, tras un largo descenso por la garganta, sintió de nuevo el terreno llano bajo sus pies. Consultó el instrumento que llevaba en la muñeca y advirtió que se hallaban a quinientos metros de profundidad. Aquí triunfaban los bosques inmensos y las grandes vegetaciones minerales, los enormes árboles petrificados en una alfombra deslumbrante de tuberosas y de cariofiláceas. El Capitán Nemo se detuvo. Se encontraban en el centro de un vasto claro entre la alta vegetación del bosque. Sus lámparas proyectaban en aquel espacio una luz crepuscular que alargaba desmesuradamente las sombras sobre el terreno. En el borde del claro, la oscuridad se hacía profunda, se veían solo algunas minúsculas chispas atrapadas por las crestas vivas del coral. En medio del claro, sobre un pedestal de peñascos amontonados desordenadamente, se erguía una cruz de coral de largos brazos purpúreos. El Capitán Nemo le hizo un gesto para que se acercara. Le pareció advertir que, tras el

cristal de la escafandra, una vaga mueca de desprecio y de piedad aleteaba sobre los labios de su guía. Se detuvo temeroso y turbado, pero el gesto de invitación de Nemo era perentorio. Avanzó tímidamente, con un presagio de disgusto y de sacrilegio. En el centro de la cruz había un marco ovalado con una pequeña fotografía difuminada en los bordes: su padre, vestido de oscuro y con la pistola en un costado, saludaba eternamente con el brazo extendido a los abismos que tenía enfrente. Su primera reacción fue la de huir, para desahogar su pena lejos de la mirada de su compañero. Pero en ese momento sintió la mano de Nemo que se apoyaba sobre su hombro. Se dio la vuelta y vio aquel rostro que siempre había conocido impasible y férreo, desencajado por el dolor, con los ojos humedecidos por el llanto. Entonces comprendió cuánto le amaba Nemo, y sintió el deseo de abrazarle, de estrecharse contra aquel pecho paterno y de olvidar llorando su dolor infantil. Pero Nemo había recobrado ya el control de sus nervios e indicaba con la mano el nivel del oxígeno, que estaba descendiendo rápidamente. No quedaba mucho tiempo para llegar hasta el Nautilus, y, además, lo advertía, Nemo tenía algo más que mostrarle. Cobrando ánimo, le siguió por el borde del claro, donde se erguían, espectrales, los brazos monstruosos de los árboles de piedra. El terreno ascendía notablemente con amplias e irregulares escalinatas de coral con flecos en los bordes. Ante ellos se abría una gruta excavada entre las rocas recubiertas de la más suntuosa flora de los abismos. Nemo entró en ella haciéndole una señal para que lo siguiera. Muy pronto sus ojos se acostumbraron al nuevo ambiente alumbrado por los rayos de la lámpara Ruhmkorff. ¿Por qué le había arrastrado su guía hasta el fondo de aquella cripta submarina? Estaba preguntándoselo cuando el Capitán Nemo se detuvo indicándole un espectáculo fascinante. Era una ostra de extraordinarias dimensiones, de un diámetro seguramente superior a los dos metros. Con su biso estaba adherida a una mesa de granito, reclinada en las aguas inmóviles. Las valvas estaban entrecerradas como dos labios que respiraran en el sueño. El Capitán Nemo se acercó e introdujo en ella el puñal, después alzó con una mano la túnica membranosa con flecos en los bordes que era la capa del animal. Entonces las valvas se abrieron lentamente y él vio, recostada en la viscosa superficie del molusco, a su madre, blanca como una perla a la luz de la lámpara Ruhmkorff, que intentaba esconder con las manos su desnudez y cantaba. Hubiera querido taparla, hubiera querido arrancarla de esas valvas monstruosas y llevársela consigo al Nautilus, hubiera querido preguntar cómo podía haber permanecido allí, escondida durante tanto tiempo, y cómo podía cantar con el agua entrándole en la boca, pero en aquel momento las valvas de la ostra comenzaron inexorablemente a cerrarse y una corriente marina, liberada de quién

sabe qué sinuosidad de la roca, golpeó violentamente el cristal de su escafandra, embistiéndolo con una fuerza enorme. Quedó braceando en la oscuridad hasta que sintió la sólida mano de Nemo que le desataba el cinturón de plomo para que subiera, mientras la corriente seguía agitándose en sus oídos.

2

Oyó el agua que golpeaba contra los cristales y tuvo la sensación de que era tarde.

En verano, por el contrario, se despertaba muy temprano: a las seis entraba el sol por las persianas y dibujaba una escalera anaranjada en la pared del fondo. Le gustaba levantarse en silencio, atravesar el pavimento con los pies descalzos y apostarse tras la ventana del parque, detrás de la cortina ligera que la brisa de la mañana hinchaba como una vela. Se veía que iba a ser un día de canícula por la capa de niebla que fluctuaba a ras de tierra, sobre el colchón de las agujas de los pinos. Desde allí arriba, a esa hora, el monte era una compacta masa parda ondulada por los sombreros verde oscuro de los pinos. Era la hora en que los faisanes venían a comer atravesando el claro hasta el corral donde se hallaban los comederos con el maíz que Corrado preparaba cada noche. Venían casi siempre por parejas, la hembra algunos metros más adelante, ágil y erguida, con el rígido balanceo de la cabeza; el macho, más lento, como de mala gana, con un paso oscilante y arrastrando por la hierba su larga cola empapada. Saltaban al borde del comedero de piedra y comenzaban a picotear rápidamente sin levantar la cabeza, apremiados por el sol que se encaramaba sobre las copas de los pinos. De noche venían también los jabalíes, pero él no los había visto nunca. Eran los solitarios, esos cuatro o cinco expulsados de la manada, vencidos en combates o simplemente eremitas por naturaleza: cenceños verracos ancianos y maniáticos, astutísimos, los únicos que en las batidas consiguen salir airosos, capaces de resistir escondidos en un arbusto de zarzas un día entero, sin ceder al terror, insensibles a los perros histéricos que ladran furibundos a su alrededor. Una vez, en cambio, había visto un gamo joven, tímido y angustiado, trotar al descubierto a lo largo del borde del claro, atraído por el olor de la comida, sin el valor de llegar hasta los comederos.

Abandonaba la ventana y comenzaba el ritual matutino, intentando conjugar las viejas costumbres domésticas con las recientes prácticas del despertar en el colegio. Lo primero, la higiene, recomendaba el prefecto. Y él obedecía a distancia. Abría el armario

de nogal que ocultaba el pequeño lavabo, se restregaba la cara con agua fría, se cepillaba el pelo, se enjuagaba los dientes. Dejaba correr un hilo de agua apenas, para no despertar a su madre que tenía el cabezal de la cama justo contra el lavabo, al otro lado de la pared. Mientras se lavaba la cara, con los ojos cerrados, era capaz de imaginársela, sola en aquella enorme cama con el dosel de columnas salomónicas, los largos cabellos sueltos sobre la almohada, el camisón rosa con volantes alrededor del cuello con los que se parecía a una de las damas antiguas de su libro de historia. Con la imaginación recorría de puntillas la penumbra de la alcoba, en la que las pesadas cortinas de terciopelo azul repelían la luz de la vidriera sobre la galería. El pequeño tocador con el espejo y el taburete de raso pespuntado está repleto de frascos y cepillos, con las redecillas para el pelo colgadas de los pequeños adornos de las esquinas, fláccidas como viejas telarañas. Sobre la repisa de mármol de la gruesa cómoda los objetos que conoce desde siempre: el jarrón chino, la palmatoria; y, entre ambos, los dos retratos en marcos de plata, uno enfrente del otro lanzándose una sonrisa fuera del tiempo: a la izquierda su madre y su padre, él le pasa el brazo por la cintura, ríen rodeados de palomas, una paloma se ha posado sobre la mano abierta de la madre; detrás está San Marcos, refulgente bajo una luz vivida que la placa fotográfica ha fijado como un destello. El zapato de la madre, el derecho, con dos cordones enlazados en el tobillo, ha invadido la fecha escrita en tinta: Venecia, 12 de abril de 1941. Es el cuerpo de una mujer joven, delgado y todavía algo indefinido en sus formas, la gabardina ancha cae ligeramente sobre los hombros redondos y el rostro emerge de entre los zorros dispuestos alrededor del cuello, con ese hocico felino reseco que con un gancho de metal entre los dientes sujeta la cola. Dos rostros yuxtapuestos: el hocico puntiagudo del animal parece haber hallado un refugio en la cascada de cabellos claros que delimitan vagamente un rostro ancho y todavía infantil, cruzado por una sonrisa que la máquina ha fijado en su fase final, cuando estaba a punto de apagarse dando paso de nuevo a la habitual laxitud de los rasgos, con una apatía melancólica y sentimental revelada por los ojos que miran fijamente, más allá del objetivo, tal vez el canal o el vuelo de las palomas.

El padre tiene el otro brazo apoyado en la cadera, una posición rígida, casi militar, la corbata a rayas anchas ha quedado enganchada en el cinturón y su tirantez endereza, por un efecto óptico, esa figura delgada que se inclina hacia un lado para abrazar a su mujer. Del bolsillo del abrigo sobresale un periódico plegado, pero es imposible descifrar la cabecera. Hay un aire de impaciencia en el rostro masculino, casi como si quisiera comunicar con educación al fotógrafo que se apresurara, o tal vez el *vaporetto* estaba a punto de partir; a

pocos metros del fotógrafo estaban las maletas ya listas, la cuenta del gran hotel Danieli ya está pagada y, mientras esperan el *vaporetto* paseando al sol, han pensado que podían hacerse una foto de recuerdo, algo divertido, entre todas aquellas palomas; pero después, entre encontrar la pose y la lentitud del fotógrafo, se ha hecho tarde, el *vaporetto* ha aparecido echando humo al otro lado del canal y dentro de pocos minutos estará en el embarcadero. Hay que darse prisa, pagar, dejar la dirección al fotógrafo, echar a correr con las maletas, rápido, porque no pueden perder el tren de la mañana, les esperan en la finca para la cena, vendrá el jefe de centuria y el general de quien depende el padre; para un oficial no hay tiempo para largas lunas de miel, fotografías, palomas, Venecias.

Bastaban unos pocos centímetros de mármol para atravesar los años que separaban al padre de la fotografía de enfrente. Del fondo veneciano hemos pasado a la ribera de un lago con una villa desenfocada en la lejanía. El padre es un guerrero delgado con una camisa oscura cruzada por un cinturón de cuero, los puños en los costados y los pantalones bombachos. En el pelo rizado y abundante perdura aún la juventud de la otra fotografía, pero los ojos nostálgicos están ausentes, como si buscaran, tras el objetivo que los retrata, el paisaje de un viaje de novios del que se han evadido demasiado pronto para encerrarse en esa imagen sellada por una acotación en tinta azul: Desde la heroica Saló con el amor de siempre. Lapo.

Se secaba vigorosamente el cuello con la toalla de baño para activar la circulación. Apoyando el oído a la pared habría podido oír la respiración de la madre en el sueño. Después se vestía deprisa, se atusaba el pelo, daba una ojeada al cuadrito encima de la cama con la poesía de Kipling y abría la puerta. El pasillo estaba silencioso y en penumbra. Caminaba ligero, con cautela, procurando no salirse de la alfombra mullida que llevaba hasta las escaleras. Fuera brillaba el verano mediterráneo, invitándole desde la rampa de las escaleras con el olor de los albaricoques que Flora amontonaba en el desván de la cocina para hacer mermelada y conservas. Subía las escaleras ya impaciente, próximo a romper el control que se había impuesto, sin hacer caso a la puertecita de aquella pequeña habitación situada en la galería de las escaleras que llevaban hasta la buhardilla. No le hacía ningún caso en verano. Porque en verano era simplemente una habitación oscura llena de muebles viejos, y el Capitán Nemo no vivía aún allí.

Vagó con la mirada en la penumbra de la habitación, descifrando perezosamente los adornos colocados sobre los muebles y los grabados de las paredes que se iban perfilando a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Se detuvo en las manchas del enyesado del techo con las que tantas veces había construido confusas historias de caballeros y de corsarios y le parecieron sin fisonomía alguna. Intentó apresar los rumores de la casa, para saber si había ya alguien despierto y qué hora podría ser, pero no consiguió captar más que los golpes secos y rítmicos provenientes del piso de abajo: quizás era Flora que cortaba la leña en la cocina. Volvió a pensar en el verano, cuando bajaba a la cocina donde Flora estaba pelando patatas y bebía café con leche en esa taza de porcelana que tenía por una parte un barco pesquero que arrastraba una ballena enganchada por un arpón, y por la otra la cara rubicunda de un viejo marinero con una barba blanca a su alrededor, una gorra azul turquesa ladeada y una pequeña pipa de tubo sutil entre los dientes. Flora, gruesa y ceñuda, siempre vestida de negro, se atareaba en silencio entre los hornillos y no le prestaba atención. Eran los momentos en los que podía vagar por la casa a su gusto, total su madre no se levantaría hasta mediodía y el tío Iacopo a veces no se levantaba ni siquiera para comer; se quedaba en la cama entre las almohadas y Flora le llevaba la bandeja a la habitación. Entonces él entraba a hurtadillas en la biblioteca, cerraba la puerta tras de sí y corría apenas las pesadas cortinas para que hubiera un poco de luz. Vagaba confundido ante la imponente fila de volúmenes escarlatas de la Historia de la Iglesia, descifraba fatigosamente los lomos corroídos de las Actas de familia, se detenía en los libros de efemérides, los gotha y los heráldicos, hacía girar el gigantesco mapamundi ocre donde una ignota mano infantil, quién sabe cuándo, había trazado con incierta caligrafía, con una flecha paralela al letrero Mer Tyrrhénienne y que acababa en la costa toscana, un nombre antiguo: Duccio. Duccio, como él, otro Duccio que una vez fue niño, perdido en el tiempo, ahora quizás un rostro oscuro y senil entre los muchos que tapizaban la escalera. Hacía girar la bola del mundo vertiginosamente, hasta que los nombres desaparecían e incluso los mares y las tierras y todo se convertía en una mancha amarillenta. Después se dirigía ávidamente al pequeño escritorio bajo la ventana y se detenía indeciso y deseoso entre las *Exploraciones polares, La Guía de África Oriental italiana, Los viajes de Antoniotto Usodimare, En el África negra* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Pensó: cuento hasta diez y después me levanto. Se puso a contar lentamente, extendiendo los dedos uno a uno bajo las sábanas. Pero cuando llegó a diez sintió una pereza cálida sin ningún deseo de levantarse.

4

Volvió a pensar en cuando aún le llamaban Cino. «Cino, es hora de acostarse.»

Empezaba a subir por la escalinata. No miraba a los ojos de los viejos que vigilaban la galería. Había un viejo que daba miedo con barba y una pelliza blanca alrededor del cuello. El pasillo era inmenso y terminaba entre las cúpulas de los árboles. Era un verano de luna siempre llena. Desde la terraza llegaba el sonido del gramófono y las cigarras cantaban, cantaban. Un paso sobre un hexágono blanco, un paso sobre un hexágono negro. Cuidado con equivocarse de baldosa, el ángel de la guarda lo seguía. Se daba la vuelta de repente, y sin embargo no conseguía sorprenderlo nunca. Pero sentía el crujido de las alas. ¿O era su aliento frío en el cuello? Sentía escalofríos, se le erizaba la piel. ¿Cómo era el ángel Duccio? ¿Era joven?, ¿era viejo?, ¿había nacido con él?, ¿había custodiado antes al otro Duccio ya muerto? Intentaría verlo en el espejo. No hay que entrar nunca en la habitación con el pie izquierdo: soñaría con el padre en el fondo del lago. En las hierbas del fondo, entre una bandada de lucios. Los lucios muerden con sus dientes puntiagudos. Un lucio había mordido a un pescador en una mano, en el arenal; tienes que chupar, había dicho tío Iacopo y al pescador se le había llenado la boca de sangre, que había escupido en la arena. Lo habían arrojado ahí los partisanos, pero total estaba ya muerto. Flora se lo contaba a la vieja de los colchones, en voz baja. Pero él lo había oído de todas formas, porque fingía que estaba durmiendo con la cabeza sobre la mesa.

Mientras se desnudaba lanzaba ojeadas furtivas al espejo: ángel Duccio no podría prever exactamente todos sus movimientos, tal vez se descubriera. Había que efectuar movimientos rápidos y extraños. ¿Cómo era? ¿Tendría los ojos cerrados? ¿Tendría los ojos azules? ¿Tendría los dientes estropeados? ¿Estaría vestido como él? Y cuando él estaba desnudo, ¿estaría desnudo también ángel Duccio? Entre los árboles había un autillo, esperaba a que la ventana se apagase para empezar a llamar. ¿Se oye todavía cuando se está muerto? ¿Sentirá papá los lucios a su alrededor? ¿Los ángeles de la guarda siguen a la gente incluso en el agua? ¿Habría un ángel entre los lucios que sostenía a papá por los cabellos? Las zapatillas estaban debajo de la cama, era mejor no cogerlas, ¿y si hubiera una mano con dientes de lucio que te coge y te arrastra debajo? Cruzó la habitación descalzo. Podía arrodillarse también encima de la cama, no era necesario arrodillarse en la alfombra: total la oración valía lo mismo. Había que decirla tres veces, con los ojos bajos y las manos unidas. Jesús, José y María, proteged el alma mía. Jesús, José y María, acoged el alma mía. Jesús, José y María, os dono el alma mía. Las manchas del techo eran

caballeros, cada noche ocupaban un lugar distinto. Cerca de la esquina había un caballero ciego de un ojo, pero era valiente y combatía. Tras haber pulsado la pera de la lámpara, había que meter a toda prisa la mano bajo la sábana. El autillo comenzaba a lamentarse. Si estaba con la cabeza bajo las sábanas lo sentía poco, como un hipo en la lejanía.

Hipo, hipo, hipo tengo,
a mi amor se lo encomiendo,
si me quiere bien que se quede con él,
si me quiere mal que me lo vuelva a mandar.

5

Abandonó el libro abierto sobre la manta y dejó vagar la mirada por el techo. La lluvia había dejado de repiquetear, se oía solo el goteo rítmico del canalón del tejado que caía sobre el cántaro de terracota de la terraza.

De la marea de los recuerdos, hasta entonces contenida a duras penas por el muro de la lectura, se desbordó un violento perfume de jazmines. Era el perfume de un verano en el que había aprendido que las cigarras cantan y que Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes.

6

El conde Tullio era alto con el pelo brillante y a juego con la chaqueta azul llevaba un fular de seda de lunares. Les hacía una caricia en la cabeza diciendo hola, querido, y traía siempre un ramo de flores envueltas en celofán. Decía que era divino cenar en la terraza y que el parque era sublime. La madre reía a menudo durante la cena, y en el gramófono sonaban valses. El canto de las cigarras, en los días de canícula, duraba a veces hasta bien entrada la noche.

«Pero la música de la naturaleza es la música más bella», decía el conde Tullio. «Querido muchacho, ¿sabes cómo es el canto de las cigarras? Chirrían. Chirrían. ¿Y sabes lo que quiere decir? Que están enamoradas. Y viven un solo verano.»

Entonces la madre se levantaba y se apoyaba en la balaustrada. Decía que el perfume de los jazmines le daba vértigo, y tenía los ojos brillantes.

7

¿De qué profundidad de su memoria venía la voz que gritaba: «el subterráneo»? Cerró los ojos. No, Flora, no. Flora decía solamente: los sótanos. «No me gusta tener las patatas en los sótanos, hay ratones.» (Estaba hablando con la vieja de los colchones mientras aclaraba la ropa en el lavadero de los establos; él había ido allí para ver la camada de conejos de Corrado.) «Y además ese sitio me produce impresión. Después de aquel asunto tuve que limpiarlo yo, todas las paredes estaban embadurnadas, llenas de salpicaduras hasta el techo. Y después le di una mano de cal, pero algunas manchas reaparecieron, para quien no lo supiera parecía humedad. Pero a mí me bastaba con mirarlas y se me removía el estómago. Ya lo ves, incluso para los trapos prefiero venir aquí aunque esté más lejos, al menos estoy al aire libre.»

Detrás de la oscuridad de los párpados, en la oscuridad de la noche, una voz gritó: «¡Al subterráneo! ¡Llevadlos al subterráneo!» Había bajado de la cama y se había acercado a la ventana. Sentía pasos en la grava y el ruido sordo de un motor. Acercó los ojos a las tablillas de las persianas pero a través de las ranuras vio solo las copas de los árboles. Entonces arrastró una silla hasta el alféizar y pudo mirar hacia abajo. La imagen perdió nitidez. Sí, un camión. Haces de luz en las sombras del parque. Soldados con los cascos bruñidos. ¿Llovía? Fusiles. Palabras extranjeras. Los hombres descendían del camión uno detrás de otro. Un soldado los empujaba con el fusil. Después oyó gritar: «¡Al subterráneo! ¡Llevadlos al subterráneo!» Había un hombre con un impermeable y un sombrero calado hasta los ojos. Tenía las manos en el bolsillo. ¿Había sido él quien había gritado? ¿Era él, su padre? Sintió que tenía los pies helados porque estaba descalzo sobre las baldosas. El camión se internó en el bosque. Vio los haces de luz que resbalaban sobre los troncos de los árboles. Volvió a la cama. Todo estaba en silencio. Tenía sueño. La cama estaba todavía caliente. Después oyó el grito de su madre, un grito en voz alta, uno solo.

¿O había sido todo un sueño?

8

«Querido Nemo:

No le diré nunca a nadie dónde estás escondido, yo sé guardar un secreto. Yo también tengo muchos secretos, nadie los sabrá nunca, aunque quizá a ti te los cuente. Pero no temas.

El día en que acerqué el ojo al hueco de la cerradura y te vi, creí que era un milagro o un sueño. Tú estabas sentado cerca de la cómoda, leyendo tus cartas de navegación, con un mechón de pelo sobre la frente, el mentón apoyado en una mano. Después alzaste los ojos y miraste hacia la puerta: tal vez había hecho un pequeño ruido y tú me habías oído. Y entonces sonreíste hacia mí. ¿Verdad que me sonreíste? ¿Y cómo conseguiste adivinar que detrás de aquella cerradura era yo quien te estaba mirando?

Nemo, querido Nemo, a veces me imagino que tú has venido por mí. Sí, porque, si no, ¿para qué habrías venido precisamente hasta aquí, a esta parte del mapamundi donde una flecha de tinta en el mar indica la segunda erre de la palabra Etruria? Y me digo a mí mismo que esto no es posible, que algo que me es desconocido ha interrumpido tus peregrinaciones submarinas precisamente en este punto del globo, deteniendo el Nautilus a orillas de esta región. Y entonces, si es así, no puedo dejar de pensar en lo maravillosa que es la vida, en esta extraña combinación de mi tiempo y de mi espacio y de tu tiempo y de tu espacio. Date cuenta: la más mínima diferencia y no nos habríamos encontrado nunca.

Hoy es el último día del año. Yo he nacido aquí y aquí he vivido siempre, aparte del tiempo que paso en el colegio. No sé si has tenido oportunidad de echar una ojeada a estos parajes, pero me imagino que habrás venido de noche y conocerás la zona solo por los mapas. No sé si has venido a través del bosque o por la vereda de los juncales, porque al mar se puede llegar lo mismo por un sitio que por otro. Claro que el bosque es más seguro, en las veredas se puede uno encontrar con algún campesino en bicicleta que vuelve por la noche del cine del pueblo o del café. Y además están los perros de guardia que arman jaleo en cuanto pasa alguien, aunque no pueden hacer daño porque están atados. El bosque es tupido y oscuro, siempre húmedo, con los troncos de los árboles llenos de musgo y grandes arbustos de zarzas y de mirto. Pero hay un sendero seguro que lleva hasta el mar y será mejor que a la vuelta tú pases por ahí…, que pasemos por ahí, si quieres. Te estaba esperando, Nemo, aunque no me diera cuenta. Y ahora que te he encontrado, que estás aquí, que nuestro tiempo y nuestro espacio se han cruzado, no dejaré que te vuelvas a la nada, que desaparezcas en el vasto mundo. Tengo tantas cosas que decirte, tantas, tendré que encontrar el coraje. La primera es que…»

Arrugó mentalmente la carta que había escrito mentalmente y pensó si tendría alguna vez el valor suficiente para decir de verdad ciertas cosas. Debía de ser tarde. Había que levantarse de una vez.

9

Se levantó y se puso lentamente la ropa. Se lavó la cara de mala gana, tocándose apenas los ojos con la punta de los dedos y se secó con delicadeza, para neutralizar la aspereza de la toalla de baño. Corrió las cortinas y miró hacia fuera. Había dejado de llover, pero en el aire persistía una nieblecita difusa, un vapor que empañaba los cristales por las esquinas. Pasó con la mirada sobre las copas de los pinos y llegó hasta más allá de los campos humeantes, buscando un signo en el paisaje que le diera una idea de la hora. Después se le ocurrió que desde la ventana del sur se veía, además de la cancela, la capilla con el reloj, y de este modo se acordó de los días de verano en los que iba a hablar con Anselmo.

Detrás del seto de ligustro, salpicado por las raras nubes de las adelfas, corría el perímetro incierto del viejo muro que rodeaba el olivar. Desde ahí comenzaban los campos de la propiedad, con las casas amarillas de los aparceros esparcidas aquí y allá, bajo las pérgolas de cardenillo, que se ajaba durante las lluvias invernales y volvía a florecer en primavera: casas minúsculas para contener el silencio de los terrenos bonificados con el ladrido de perros iracundos y melancólicos, resignados desde hacía años al breve trayecto consentido por la cadena que se deslizaba a lo largo de la cuerda de tender. Luego las perspectivas convergentes de las carreteras blancas que huían hacia las playas, saliéndose del trazado perentorio de los cipreses que en verano las carretas y los tractores velaban de polvo; tras un breve soto de zarzas, encorvado por las dunas donde crecían juncos y jusbarbas, se llegaba a una marina pálida que se extendía por el arenal de la desembocadura del río en la cual estaban colgadas dos o tres grandes redes redondas. En aquel preciso lugar se hallaban las cabañas de juncos del barquero y de los pescadores, que podían estar allí gracias al permiso del tío Iacopo. Una mañana el tío Iacopo se lo había llevado consigo mientras iba a pintar una acuarela. Habían ido con el Aprilia[1] rojo, el caballete y la caja de pinturas sobre la baca.

A este lado del viejo muro, antes del parque y de los invernaderos, empezaban los bojes y ligustros de los setos del jardín de grava, hasta la verja negra de hierro forjado que bordeaba la carretera provincial. El pueblo empezaba inmediatamente después de la calle, con la capilla de piedra guarnecida por el enorme plátano lleno de huecos

alquitranados en el que estaba clavado el cartel de la parada del autobús. Anselmo estaba sentado en el banco de piedra junto a la capilla. Estaba sentado al borde, debido a que la humedad y la hiedra habían invadido la piedra, royéndola de musgo verde. Era un lugar muy fresco, incluso en agosto, gracias a la sombra oscura del plátano y a la corriente fresca que salía de la puerta de la capilla, como si fuera una bodega. Anselmo parecía estar durmiendo siempre, con las piernas extendidas y el bastón apoyado a su lado: pero bajo los párpados cerrados los ojos despiertos navegaban entre los recuerdos. Debían de ser recuerdos ahogados en el tiempo, porque Anselmo era viejo, el más viejo que él conocía. Tenía tembleque en las manos y dejaba que el cigarrillo se le consumiera en la boca, con la ceniza que le ponía perdido el chaleco. Cada mañana, cuando él se despertaba, Anselmo estaba ya en el sitio de siempre. Entonces bajaba por las escaleras de puntillas, atravesaba la cocina todavía desierta, levantaba el pestillo de la puerta de rejilla y entraba en el aire de la mañana. El sombrero de Anselmo aparecía y desaparecía entre los setos de boj de la verja mientras cruzaba el sendero de grava; después, para tardar menos, atajaba a través de la verja de servicio donde estaba la manilla del timbre para los proveedores conectada con la cocina, con una placa de cerámica desportillada: *Tirar suavemente*, y el dibujo de una pequeña mano con el índice extendido que indicaba la manilla. Se sentaba al otro extremo del banco, daba los buenos días y después esperaba. Si Anselmo hablaba, cuando hablaba, no abría los ojos. Y su voz cascada movía apenas con su aliento los amarillentos bigotes caídos.

10

Cogió una hoja y escribió: Querido Capitán Nemo. Después borró *Querido* porque sintió vergüenza. Luego escribió de nuevo sobre el borrón: Querido Capitán Nemo. Rompió el papel en trocitos y cogió otra hoja. Escribió: Querido Nemo. Y puso la fecha: *31 de diciembre del presente año*. Lo rompió en mil pedazos. Cogió una tercera hoja y escribió: Querido Nemo. Y como fecha: *último día del año*. Después apoyó el mentón en los brazos cruzados sobre la mesa y se puso a pensar en qué le podía contar. Le vino a la memoria aquel último día de verano, cuando había decidido que antes de partir para el colegio debía entrar en los subterráneos.

11

Por la ranura de la puerta no se filtraba ninguna luz. Tal vez estaba durmiendo todavía. O quizá estaba simplemente meditando en la oscuridad. Acercó un ojo al agujero de la cerradura pero vio solo la oscuridad. Entonces recordó la primera vez que le había visto.

Estaba de pie sobre el dorso del Nautilus que flotaba sobre la superficie del agua. Llevaba una larga casaca sin cuello con un amplio fajín en la cintura y calzaba botas de cuero. De perfil, con el pelo al viento miraba el goniómetro que tenía entre las manos, mientras las gaviotas revoloteaban a su alrededor.

Sacó la carta del bolsillo y le dio una última ojeada. En el sobre había escrito: *para N*. Enfiló la lengüeta dentro del sobre y lo deslizó por debajo de la puerta. Él también se deslizó fuera del sótano, caminando silenciosamente sobre la alfombra del pasillo.

12

Uno de los ojos de la liebre se había quedado pegado al cráneo, colgando un poco, y goteaba en el pavimento dejando manchitas carmín, como si fuera confeti. Se veía que no había saltado con el último tirón de Flora, el más enérgico, cuando la piel, ya dada completamente la vuelta como un guante sobre el vientre azulado, se engancha en el cuello del animal y es necesario un tirón decidido. Con ello los ojos, previamente desencajados de las órbitas, se despegan junto con la piel. Habitualmente Flora era precisa y eficiente. Atenazaba la cabeza del animal entre las rodillas, tirando de las patas posteriores con la tripa hacia arriba. Incidía con la punta del cuchillo partiendo del ano, penetraba un centímetro oblicuamente en la dermis, y después actuaba con precisión, sin torcerse. El saco azul de las vísceras rebosaba de la cremallera que se iba abriendo tras la punta aguda que corría como un patín sobre el hielo, hasta el cuello. Y allí se detenía. Flora daba la vuelta al animal poniéndolo boca abajo, enfilaba tres dedos bajo el pelaje, en la cola, y tiraba. La piel girada se deslizaba como un guante. Después dejaba el animal sobre el mármol del fregadero con la cabeza fuera para que goteara por la boca y por los ojos sobre el montículo de serrín dispuesto en el suelo. Las pieles se las llevaba a secar a su casa para venderlas al peletero que pasaba los sábados con el triciclo. Las espachurraba contra el muro rugoso de la leñera donde se adherían como enormes babosas, y cuando las despegaba crujían arrancando el yeso que había penetrado en la dermis y dejaban huellas del engrudo viscoso entre los edemas

verduzcos del moho.

Una cazuela estaba cociendo en el fuego, pero Flora no estaba. Tal vez había ido a por hierbas aromáticas al huerto. Levantó la tapa y le embistió el olor de cebollas. El sofrito. En otra pequeña cacerola estaba hirviendo un puñado de tomates morados. Comprendió: liebre a la cazadora para la cena de medianoche.

13

En el garaje no estaba el coche del tío Iacopo. Debía de haber ido a la ciudad de compras. Quién sabe si volvería para la comida. Quizá pudiera aprovechar para ir a dar una ojeada a su habitación. Se acercó con cautela a las cajas de cartón que habían ido amontonándose a lo largo de los años y les dio algunos golpes con los pies. Le respondió un chillido y comprendió que esta vez la había atrapado. Cogió una escoba para abrirse paso, porque a causa del sonido le daba asco y miedo tocar las cajas con las manos. Era una rata gruesa, corpulenta y rechoncha, marrón, quizá vieja, con los ojos inyectados de sangre. Giraba enloquecida sobre sí misma, mordisqueaba las rejas de la trampa, silbaba. Se había herido en la boca a fuerza de hincar los colmillos en el alambre y le caía entre los bigotes una baba sanguinolenta que había embadurnado todo el fondo de la trampa. Intentó introducir el bastón de la escoba entre los barrotes de la jaula, pero estaban demasiado juntos. Miró a su alrededor en busca de algo más adecuado. Vio sobre una repisa las herramientas de Corrado y rebuscó entre ellas. Cogió unas tijeras de podar de cuchillas larguísimas con los ojos forrados de cinta aislante verde. Dijo: «Rata asquerosa, repugnante rata asquerosa.» El animal, cuando sintió las puntas de hierro en el dorso, se quedó inmóvil y comenzó a gruñir. Se dio cuenta de que no tenía la fuerza necesaria para apretar, estaba sudando, sus manos estaban empapadas. Salió a tomar el aire y respiró con fuerza. Se puso a pasear de arriba abajo, se lavó las manos en el grifo donde Corrado limpiaba las herramientas. Después recordó lo que decía tiempo atrás cuando no tenía ánimos para hacer algo que debía. Trazó una cruz imaginaria en el suelo con el pie, cerró los ojos, cruzó el dedo mediano sobre el índice y murmuró: «La cruz del gato, que haga un buen salto.»

La rata se había acurrucado en una esquina de la jaula, en posición de defensa, como si le estuviera esperando. Cuando se acercó comenzó a silbar furibunda. Intentó tocarla con la punta de las tijeras y el animal se giró de modo fulminante con el vientre hacia arriba, inmovilizó el metal con las patas anteriores e hincó los colmillos. La

herida de la boca se le abrió y un chorro de sangre le manchó el pelaje del vientre, claro y raso. Habría sido el momento de apretar, le habría traspasado el cuello. Dejó caer las tijeras y las alejó con una patada. Tapó la trampa con una cajita y volvió a colocar el resto de las cajas. Se acercó al fregadero y se frotó enérgicamente las manos con un pedazo de jabón lleno de grietas que estaba en la pila. Se secó el sudor de la frente con el viejo delantal que estaba colgado de un clavo junto al grifo. Se sentó sobre un taburete y cerró los ojos.

«La cruz del gato, que haga un buen salto, la cruz del gato, que haga un buen salto.»

El reloj del pueblo dio un toque y unos instantes después tres campanadas seguidas. Las dos menos cuarto. La comida debía de estar lista, pero no tenía hambre.

14

En la cocina le pareció que había un calor insoportable. Flora, sentada en la mesita cerca de la despensa, aprovechaba para reposar mientras lustraba la plata con un palo de fieltro. La muchacha, de pie delante de la mesa, sostenía entre las manos una cesta de paja donde Flora depositaba los cubiertos que iba limpiando. Charlaban en voz baja, pero, en cuanto lo vieron entrar, se callaron.

«Mamá está todavía ocupada con la peluquera», dijo Flora. «Bajará luego. Yo te estaba esperando para sentarnos a la mesa.»

Advirtió que la mesa de la cocina estaba preparada para tres personas.

Dijo que no tenía hambre, pero se sentó de todas formas en su sitio. Tenía las orejas ardiendo, sentía la cara en llamas.

«Estás morado, Duccio, estás sudando.»

«Hace demasiado calor.»

Empezaron a tomar la sopa en silencio. El ruido de las cucharas en los platos le pareció lejanísimo. Comió callado, con la cabeza baja, esperando inútilmente que las dos mujeres dijeran algo sobre la cena y los invitados. Le pareció que la muchacha tenía ganas de hablar, pero dos miradas perentorias de Flora la hicieron desistir. La cazuela con la liebre seguía cociéndose a fuego lentísimo sobre la estufa, con el rumor sordo y apagado de la salsa que estallaba en innumerables pompas. Se imaginó el estofado denso y grasiento, la salsa rojiza surcada por regueros de aceite, y sintió una náusea violenta que le atrancó la garganta. Rechazó el segundo plato y se puso a juguetear con la miga del pan, formando bolas entre el pulgar y el índice.

«Ya no tengo hambre», dijo apartando el plato.

No habría sabido decir cuánto tiempo permaneció con la mirada fija en un punto del mantel. Seguía como en el sueño los rumores habituales de la cocina, las mujeres que recogían. Apoyó la cabeza entre los puños y cerró los ojos. Tal vez un momento.

Le espabiló el ruido del coche de tío Iacopo, que chirriaba sobre la grava del sendero.

15

Dejaban el Aprilia bajo la copa de uno de los últimos pinos del bosque, al borde del arenal. Detrás de las dunas delgadas de cardos pálidos fluía la plácida desembocadura del río, ondulada por los cañaverales. El tío Iacopo le dejaba llevar la caja de las pinturas, una maleta de madera con el asa de cuero, y el taburete plegable de tela a rayas. El tío miraba la luz como si la palpase, indagaba en las tintas de la naturaleza para elegir lo que iba a pintar ese día. En los días inmóviles de bochorno, cuando la canícula inmovilizaba la playa bajo una gelatina temblorosa, el litoral palidecía en un amarillo difuminado de gris, como si estuviera detrás de un cristal opaco, y el mar, perdiendo el cobalto, empalidecía en un celeste tenue y dulcísimo. En días así, el tío Iacopo desdeñaba el litoral y fijaba en el papel el horizonte marino, con pinceladas delicadas de un tono perláceo imperceptible, con más agua que tinta, de un celeste apenas desvaído. Pero no le ponían alegre, decía que le provocaban melancolía. Prefería los días límpidos y soleados, con esa leve brisa que desempolvaba el lindero del bosque restituyéndole el hermoso verde negruzco que contrastaba con el verde luminoso de los pinos. Entonces el arenal relucía como un espejo, era una extensión de pajitas de plata. Y el agua de la desembocadura, azul y clara como la del mar: un cristal; estando atentos se podían ver bancos de anguilas. Esos eran los verdaderos días mediterráneos, decía el tío. Días solares. Días faunescos.

«Tío Iacopo», le rogaba entonces, «cuéntame.»

Y permanecía escuchando, con los ojos abiertos de par en par por la admiración, el relato de los faunos y los silenos, ebrios de luz y de vida, que se zambullían en el azul y salían riendo, chorreando salitre en los leonados torsos vellosos, y desaparecían persiguiéndose en el bosque, saltando entre los nogales.

«¿En este bosque, tío?»

«Sí, claro, en este bosque. Aquí entre el tamarisco y el mirto, en esta playa mediterránea donde rió el etrusco, aquí se renueva el mito.»

De esta forma llegaban hasta el tenue dique de arena que

custodiaba la desembocadura del río, a unos cincuenta metros de los barracones de los pescadores. Era un lugar discreto, porque el tío Iacopo quería observar a los pescadores al natural, sin que, al sentirse observados, se cohibieran en sus movimientos al tirar las redes. Se sentaba en el taburete de tela y, formando un tubo con la mano como si fuera un objetivo, encuadraba a uno de los pescadores, absorto en dar la vuelta al cabrestante de la gran red. Y si el hombre miraba hacia ellos o se detenía perplejo, tal vez sintiéndose observado, entonces el tío Iacopo le hablaba en voz baja, persuasivamente, rogándole que continuara, que no fuera tonto; «¡Haz vibrar tus músculos, oh, rústico fauno feliz que danzas inconscientemente sobre una playa antigua!»

Y reía para sí mismo, pintando. Era feliz.

Luego pasaba el barquero, remando con brazadas lentas. Desde lejos los saludaba con la mano. Transportaba a la gente a la otra orilla, a la lengua sutil de arena blanca que la desembocadura del río había formado frente al mar: algunos campesinos de las casas rojizas, una vieja que iba a tomar baños de arena con una sombrilla negra, niños vocingleros, gruesas madres llenas de bultos. Era un jovenzuelo oscuro y delgado, se llamaba Ciro, llevaba unos calzones de fustán descolorido que resaltaban junto al pecho tostado por el sol. Tío Iacopo respondía al saludo agitando el pincel, y canturreaba. Si estaba especialmente de buen humor, recitaba versos de alguna poesía:

> … Emana un aroma
> de agua de mar tu piel
> a la que el sol hizo oscura.
> Delgadas tienes las piernas,
> como bronce lisas…

El sol cayendo a plomo señalaba que era el mediodía. Del cilindro de corcho sacaban la comida que había preparado Flora: bocadillos rellenos de pollo y ensalada aderezados con mayonesa, zumos de naranja fresquísimos, y peras. Comían a la sombra del cañizal, escuchando el cabrilleo de la desembocadura que chapoteaba en el silencio de la solana. Después el tío Iacopo decía que iba a charlar un rato con Ciro y le rogaba que no se moviera por ninguna razón. A veces le daba incluso permiso para pintar, y antes de marcharse quería que le prometiese solemnemente que no iba a ir a buscarle. Pero él no tenía en realidad ningunas ganas de ir a buscarle: hacía calor y la brisa que soplaba del mar no era suficiente para atenuar el encanto de la luz que volvía pesados los párpados. Intentaba resistirse al sueño, distraerse con algún lagarto que se deslizaba veloz entre las zarzas, pero el sopor de aquel lugar acababa imponiéndose, las cigarras cantaban, cantaban y no admitían ningún ruido más. Se reclinaba en

la arena, utilizando las manos como almohada y sentía que se volvía ligero, ligerísimo. Como si volara.

16

Había dejado de llover pero en el aire persistía un vapor fresco que humedecía el pelo y velaba las pestañas. El parque humeaba. Cerró la puerta tras de sí y bajó los escalones. Cruzó el sendero de grava brillante y llegó hasta la verja. Evitó entrar en el césped para no mojarse los zapatos y siguió los ladrillos resbaladizos que delimitaban la hierba. La capilla estaba cerrada. La hiedra había cubierto completamente la piedra del banco. Llegó el autobús y se detuvo en la parada. La puerta posterior se abrió y vio descender dos piernas de mujer con medias negras. Se escondió por instinto detrás del seto y se puso a espiar. Era una vieja con un ramo de flores y una espuerta de paja que se encaminó hacia el pueblo. El autobús hizo sonar el claxon en la curva, pero la carretera provincial estaba desierta. Se acercó a la verja de servicio y abrió el buzón, levantando el pequeño pestillo de hierro. Era un viejo buzón teñido de verde, con adornos de hierro forjado, metido entre las barras de la reja, con un rostro de león en relieve en la parte frontal, cuya boca era una ranura suficiente. Encontró un anuncio de un libro francés. Leyó: *Poupées du monde entier*. Se enorgulleció de saber francés. Era un folleto de papel satinado con la fotografía de una muñequita delgadísima que agitaba un pequeño bolso de perlitas. Estaba vestida con una faldita ajustada, llevaba una melena corta con dos rizos sobre las sienes y tenía las piernas separadas. Encima estaba escrito: *original déco*. Iba dirigida al tío Iacopo. Lo volvió a meter en el buzón. Se dio la vuelta y se puso a mirar la villa. Las persianas de la habitación de la madre estaban cerradas todavía. Intentó calcular a qué habitación correspondía cada ventana. Se saltó la planta baja, y pasó al primer piso: la de su madre, la suya, el baño, tío Iacopo, el vestidor. El salón que correspondía al salón de la planta baja, la habitación de los niños (¿por qué se llamaba así, a qué niños se refería, quizá a su padre y al tío Iacopo cuando eran niños?). Sobre las ventanas del primer piso, antes de los orificios redondos de los desvanes, había una hilera de pequeñas ventanas más espaciadas: las habitaciones del servicio. Sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio que una tenía las contraventanas entornadas. Después se dio cuenta de que era la habitación de la joven campesina, junto a la de Flora. La habitación en la que estaba pensando no tenía ventanas, no era más que un trastero que siempre había servido para guardar los muebles viejos.

Pensó en ir a ver si habían retirado la carta, pero en aquel momento apareció Flora al final del sendero, por el lado de los huertos del viejo muro. Si se apresuraba le daría tiempo a entrar en la cochera. Mientras se escabullía volvió a pensar en aquel día de hacía tanto tiempo, cuando llegó el paquete con la cinta rosa.

17

El paquete estaba en el buzón. Un paquetito apaisado de papel azul, atado con una cinta rosa. Consiguió alcanzarlo a duras penas poniéndose de puntillas. Le gustaron los dos enormes sellos coloreados que ocupaban la esquina derecha, pero antes había que obtener permiso para arrancarlos. Miró el destinatario: Señora Doña… Seguía el nombre de su madre. Estaba escrito en rojo, a máquina, y le invadió el deseo de deshacer el lazo. Quizá fuera del conde Tullio. A veces, durante sus viajes, el conde Tullio mandaba postales, pequeños regalos, *souvenirs*. Una vez, desde un país lejano, llegó incluso un paquetito para él: *Para el pequeño Duccio*. Era una marioneta mágica, vestida de gaucho con una guitarra en bandolera, que se ponía a bailar si se le accionaba una oreja, mientras en el interior de su vientre un carillón tocaba *La cumparsita*. Venía acompañado de una postal en la que se veía una terraza rodeada de flores y en el reverso, en vez de los recuerdos, una palabra española incomprensible: «soledad». La madre la había hecho bailar toda la tarde sobre la mesa blanca de la terraza y se le habían puesto los ojos rojos.

Resistió ferozmente a la tentación de abrirlo. Si había algo que causaba dolor a su madre era la grosería. Decía siempre que podía tolerar cualquier cosa, pero no la grosería. Era una grosería intolerable abrir la correspondencia ajena. Corrió hacia la casa sosteniendo el paquete en alto como un trofeo. En la puerta tropezó y le faltó poco para caerse. En la cocina estaba Flora, preparando el desayuno para su madre. La madre, cuando había pasado una mala noche, desayunaba en la cama. Se levantaba solo hacia las doce y aparecía en la terraza con el camisón y el salto de cama, cepillándose los largos cabellos. Hacia la una bajaba al comedor, tenía los ojos hinchados y no tenía ganas de comer.

«Hay un paquete para mamá.»

Flora colocó un mantelito en la bandeja de plata. En el fuego se estaba tostando una rebanada de pan. Una sola. La madre, por la mañana, detestaba masticar. Flora untó de mantequilla el pan tostado y lo puso sobre un platito. Después vertió el zumo de naranja del exprimidor en una copa de cristal de pie alto. Llenó una minúscula

ánfora de plata con jalea real y metió en ella una cucharilla. La madre tomaba todas las mañanas dos cucharaditas de jalea real. Flora colocó el paquetito junto al desayuno y le puso la bandeja en las manos. «Te dejo que hagas de camarero, pero no provoques desastres, por el amor de Dios.»

Le latía fuerte el corazón cuando comenzó a subir la escalera, poniendo la máxima atención en cada paso. Frente a la puerta, ante la imposibilidad de llamar, dijo en voz alta: «Mamá, soy yo.»

Silencio. Intentó llamar a la puerta con la punta del zapato, pero el zumo de naranja osciló peligrosamente en la copa y algunas gotas cayeron en el platito. Apoyó la bandeja en el suelo y giró la manilla, llamando al mismo tiempo a la puerta. Le respondió un sonido prolongado, casi un lamento: «Cino.» Entró triunfalmente, procediendo con seguridad en la penumbra. Apoyó la bandeja en la cómoda, empujando hacia el espejo las fotografías del padre y de la madre. Se acercó a la ventana y corrió un centímetro las cortinas con el fin de que la luz violenta no hiriera los ojos de la madre. «Ese frasco», suspiró la madre, indicando una pequeña botella de cristal tallado sobre el tocador, «y el algodón.»

Le alcanzó el agua de rosas y el algodón que ella se colocó sobre los párpados y las sienes. Mientras le ponía la bandeja sobre las rodillas le dio un rápido beso sobre la frente.

«¿Y esto qué es?»

«Estaba en el buzón.»

La madre lo sopesó con curiosidad y le dio la vuelta para leer el nombre del remitente. Pero no había nada escrito. Se ajustó en el pecho los encajes del camisón y se echó el cabello hacia atrás. Deshizo ávidamente el lazo rosa y extrajo un envoltorio de papel de aluminio. «Qué cosa más extraña», rió. Se incorporó sobre los almohadones y comenzó a abrirlo. «Cino, por favor, cierra un poco las persianas.»

Oyó el grito mientras estaba trajinando con la manilla de la persiana, que no funcionaba bien debido al óxido. En el rostro de la madre se dibujaban el disgusto y el asombro. Tenía entre las manos un pez, un lucio con el vientre hinchado y las fauces abiertas del que pendía una tarjeta colgada de un anzuelo hincado en las agallas. No supo nunca si la madre había tenido tiempo de leer aquella tarjeta. Vio solamente que sus manos se abrían dejando caer el animal en la bandeja, oyó el ruido del cristal roto, observó la mancha rojiza del zumo que se extendía sobre las sábanas mientras la madre se apretaba la garganta como si estuviera sofocándose y gritaba, gritaba. Después se oyó un ruido de pasos apresurados en el pasillo, Flora que hacía preguntas vanas, su grito de socorro en la ventana, los gemidos de la madre aferrada a la almohada, alguien que corría en la grava del sendero.

Los días siguientes los recordaba silenciosos y mullidos, llenos de soledad, de recomendaciones de no hacer ruido, de frases intercambiadas en voz baja, de guiños secretos entre Flora y la joven campesina que venía a realizar las tareas más pesadas. «Dice el doctor que ni siquiera una píldora más al alcance de su mano, y si no duerme, qué le vamos a hacer, que lo intente con la manzanilla o con la adormidera…»; susurros en la tediosa sobremesa de la cena en la cocina, mientras él dormitaba en la mesa con la cabeza entre los brazos.

«Cino, es hora de acostarse.»

Le habían dado permiso para dar las buenas noches a su madre. La lámpara de la mesilla estaba cubierta con un velo azul. Los largos cabellos de la madre eran una onda sobre el blanco de la almohada. Se acercaba de puntillas, temiendo hacer ruido. Le rozaba una mejilla con los labios. La madre entrecerraba los ojos y sonreía. «Cino», susurraba, «Cino.»

«Sí, mamá.»

«Prométeme que recordarás siempre una cosa, durante toda tu vida.»

«Sí, mamá.»

«Cino, oigas lo que oigas, Cino, recuerda que tu padre era un héroe. Un héroe, Cino.»

«Sí, mamá.»

Se marchaba despacio, cerrando la puerta suavemente.

18

Le despertó el ruido de una portezuela que se cerraba. En principio pensó que era el tío Iacopo, después oyó el golpe sordo de otra portezuela y comprendió que no podía tratarse de un automóvil. Se levantó aterido del sofá, moviendo un pie que se le había dormido debido a la posición contraída y apartó las cortinas con cautela. Caía ya la noche. Vio una furgoneta cargada de grava y dos hombres con mono de obrero que charlaban con Corrado. Sus palabras le llegaban con nitidez a través de la cristalera. Corrado sacó el paquete de tabaco y se lo ofreció a los dos obreros. Luego encendieron un cigarrillo los tres. Fumaron hablando en voz baja. Comprendió que estaban hablando de política. Uno dijo: «Te digo que Togliatti es más listo que…», pero no consiguió entender más listo que quién. Corrado dijo: «Démonos prisa porque, si no, se nos hace de noche.» El más joven de los obreros comenzó a desatornillar los ganchos del lateral, se subió encima de la furgoneta y empujó el lateral con un pie. La grava se

derramó formando una nube de polvo. Corrado cogió un rastrillo y comenzó a esparcirla por el sendero. «Echadme una mano», dijo, «hay dos palas bajo el pórtico, lo haremos en diez minutos.»

Se echó para atrás justo en el momento en el que el obrero más viejo entraba en el pórtico para coger las palas. Soltó la cortina y se sentó en el sofá esperando a que acabaran. Le pareció un rato interminable. Quería escribir una carta, pero, si encendía la luz, se darían cuenta de que se encontraba allí. El reloj del pueblo sonó cinco veces. Por fin, oyó el ruido de la furgoneta que se alejaba. Fue al escritorio y encendió la lámpara con la pesada base de latón que parecía un candelabro de iglesia. Cogió una hoja con membrete y escudo y eliminó la parte impresa con el abrecartas. Escribió:

> «Querido Nemo:
> En la habitación en la que estás ahora hay un arcón cerca del muro. Está lleno de vestidos viejos y otras cosas. Te ruego que mires dentro y comprenderás. Yo iba a rebuscar en él cuando era niño. Después me lo prohibieron.»

Escribió de un tirón, rellenando rápidamente las dos caras de la hoja. Ni siquiera lo releyó. Dobló la hoja en cuatro y lo metió en un sobre. Después lo volvió a sacar y añadió una posdata: «He decidido ir a ver el subterráneo. ¿Sabes? Iré a verlo y por fin lo sabré todo. Ya lo hice una vez hace años, tenía mucho miedo, me repetía una cantinela: énquete, pánquete, pínquete, iné.»

19

Se entretuvo en el comedor para que le vieran. Flora estaba atareada con una sopera de nata montada. Supo que la madre estaba ocupada con la peluquera y que no bajaría hasta más tarde. La mesa del comedor estaba ya puesta, la muchacha daba los últimos retoques, colocando los claveles en los finos cálices de plata. Notó que la muchacha estaba ya vestida con el uniforme de gala: traje negro con falda plisada y delantal blanco. En el momento de servir la mesa se pondría la cofia de encaje. Pensó en quiénes podrían ser los dos invitados. Uno, tal vez el conde Tullio. Pero no, era imposible. Si ese estafador se atreve a poner los pies en Italia, le mandan de vacaciones al penal de Porto Azzurro: lo había dicho Flora en aquellos días en los que la madre había llorado tanto. Robó un bastoncito de pan del cestillo y salió por la puerta principal, porque no tenía ganas de que le vieran en la cocina.

Había caído la noche, pero consiguió ver que el Aprilia no estaba

todavía en su lugar en la cochera. Se palpó en el bolsillo para controlar si llevaba la linterna. Era una cajita aplanada de laca verde con un extremo transparente por el que salía la luz; representaba una iglesia monstruosa con este letrero: *a Montenero fui, en ti pensé y este recuerdo te regalé*. Se la había traído Flora hacía años cuando había ido de excursión con el párroco del pueblo.

Se detuvo delante del portón de los sótanos. Se dio cuenta de que sudaba y respiró profundamente. Dio un paso adelante y tres atrás, tres adelante y uno atrás, tres a la izquierda y uno a la derecha. La sangre le martilleaba en las sienes, tumultuosamente. Dijo: «Calma, Duccio, se trata solo de borrar.»

Encendió la linterna solo después de haber cerrado el portón. Incluso el chirriar de los zapatos se convertía en aquel sitio en un ruido profundo y resonante, debido al techo abovedado. El frío era punzante. Por eso servía antiguamente de cantina cuando la propiedad producía aún vino de marca, antes de que de las viñas se ocuparan solo los campesinos. En una esquina habían sobrevivido viejos barriles estropeados llenos de telarañas. Junto a la tina de cemento había una enorme pila con una antigua bomba manual. Un tenue hilo de óxido cruzaba toda la pila hasta el agujero del desagüe.

Avanzó y comenzó a explorar las paredes con el haz de la linterna. Las manchas eran bien visibles, parecían realmente de humedad. Tuvo la tentación de tocarlas pero retiró la mano. Cogiendo el trozo de carbón por un extremo, para evitar el contacto de la mano con el muro, las marcó con atención por los bordes que subían y bajaban sin criterio, imprevisiblemente. Hizo un trabajo minucioso y cuidadoso en todas las paredes. Cuando hubo acabado, las manchas estaban perfectamente en evidencia. Parecían una excéntrica cadena de montañas, un seto de nubes oscuras. Descansó un rato al borde de la pila. El trozo de carbón se había consumido notablemente, pero quedaba lo bastante para acabar el trabajo sin correr el riesgo de tocar el muro con las manos. Comenzó por la pared del fondo, de modo que, al acabar el trabajo, se encontrara cerca de la salida. Velozmente trazó sendas cruces en las manchas, procediendo casi a la carrera. Las contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

Cuando salió, se dio cuenta de que estaba llorando. En silencio y con profusión, sin ser capaz de detenerse.

20

«He olvidado la bicicleta en el jardín», mintió, «voy a meterla en la cochera.»

Flora no puso objeciones: estaba demasiado ocupada colocando los vasos en las bandejas y pelando cuidadosamente gajos de naranja que disponía en elegantes posiciones dentro de copas de cristal inmersas en un recipiente lleno de hielo triturado.

Se aseguró de haber cogido la pluma y la cinta adhesiva. Las otras cosas las había escondido ya en la cochera. Había una luz encendida en el balcón de la madre, que debía de estar maquillándose para la velada. La ventana del tío Iacopo estaba encendida también. El reloj del campanario dio las nueve. Le pareció como si un coche en la carretera provincial disminuyera la velocidad y dirigiera los faros hacia la verja. Pero era demasiado temprano para los invitados: Flora estaba segura de que no vendría nadie antes de las diez.

Encendió la luz y cerró la puerta metálica. Podía trabajar sin ser molestado. Movió las cajas con los pies intentando hacer ruido. Silencio. Golpeó los cartones con la palma de la mano y permaneció a la escucha. Le pareció una buena señal, pero por precaución apartó la caja con la escoba. La alzó con cautela, sosteniéndola con dos dedos. La rata parecía muerta. Estaba encogida a un lado de la jaula, con el vientre hacia arriba y las patas rígidas. Cogió las tijeras de poda y la pinchó varias veces. Estaba realmente muerta. Agitó la jaula y el animal se deslizó pesadamente de un lado a otro.

Buscó la caja en la que había escondido todo lo necesario, no recordaba ya cuál de ellas era. Después le vino a la memoria: una caja grande, llena de virutas, con un letrero rojo en diagonal: Frágil. Cogió la hoja de papel de plata y la extendió por el suelo, alisándola cuidadosamente para eliminar las arrugas, abrió la portezuela de la jaula y dejó resbalar la rata. La colocó exactamente en el centro de la hoja ayudándose con las tijeras. Después cogió el cartoncito blanco que había atravesado con un pequeño aro de alambre, como si fuera un collar. Hizo una prueba de escritura en otro trozo de papel y estuvo considerando si había conseguido camuflar la propia ortografía. Quizá era mejor usar la letra de imprenta. Hizo una segunda prueba y quedó satisfecho. Entonces escribió en el cartoncito: *Ha muerto el ratón Barbarillo, dueño de este castillo*. Enfiló el aro en el cuello de la rata intentando mantener la mirada desviada hacia otra parte. Sintió los bigotes del animal en los dedos y se estremeció. Dobló el papel de plata haciendo un paquete y lo selló con cinta adhesiva. Cogió de la caja grande un trozo de papel de regalo e intentó envolver el paquete lo mejor que pudo. Para que los pliegues de las esquinas no se levantaran, los fijó con otras dos tiras de cinta adhesiva. Buscó el mejor lugar para poner el nombre del destinatario y escribió en letra de imprenta el nombre de la madre, preocupándose de especificar su título.

Escondió la trampa, puso en orden las cajas, y barrió

cuidadosamente los trocitos de papel de plata que habían quedado por el suelo. Notó que en el pavimento había una pequeña mancha de sangre y la limpió con un trapo húmedo. Por último se lavó las manos en la pila, arremangándose y restregándose enérgicamente incluso los antebrazos. Antes de salir, apagó la luz.

El balcón de la madre estaba todavía iluminado, la ventana de tío Iacopo también. Evitó cruzar por el jardín para pasar por la verja de servicio. Prefirió pasar por detrás del seto de ligustro que lo ocultaba de cualquier mirada. Colocó el paquete en el buzón y volvió a entrar en casa rápidamente. Flora estaba preparando los cubitos de hielo para los aperitivos, las almendras saladas y los cacahuetes.

«Tu mamá quiere que pases a despedirte antes de irte a tu habitación», le dijo mientras intentaba extraer los cubitos de hielo de las cubeteras. «No te ha visto en todo el día.»

21

Y ahí estaba, de nuevo solo, como en aquel tiempo lejano…

¿Estaba prohibido?, ¿era pecado? ¿Ángel Duccio se habría chivado? Pero sabía un remedio. Lo canturreó en voz baja:

¡Énquete, pánquete, pínquete, iné,
ábile, fábile, triulité,
rósete, pésete, raus, straus!

Descalzo sobre las baldosas. ¡Qué largo era el pasillo! La madre estaba descansando, quizá Flora también. Él también debería descansar en aquella tarde veraniega cuando las cigarras enloquecidas cantaban y cantaban. Pero el sueño no venía. Lo intentó varias veces. Quería dormir. Cerraba los ojos, pero bajo sus párpados había muchas pequeñas luces. ¡Había que dormir!, ¡había que dormir!

A la nanita nana, nanita ea,
mi niño tiene sueño, bendito sea.
Pimpollo de canela, lirio en capullo,
duérmete vida mía mientras te arrullo.

Se lo repitió varias veces, abrazando la almohada. Tal vez contemplando a los caballeros del techo el tiempo pasaría más deprisa. Tic-tac, tic-tac, en el silencio, el reloj de pesas del vestíbulo. El tiempo es una cosa redonda, cada día es siempre igual. Está ahí y gira y gira. Si pasaba alguien por el sendero, entraba inadvertido a través de las persianas entre los caballeros del techo. Corrado boca

abajo que acababa bajo el caballo de Constantino, el caballero sin un ojo. ¡Hay que dormir!, ¡hay que dormir! Eso es, cinco minutos más con los ojos cerrados, respirando profundamente como hace Flora por la tarde en la cocina, sentada en una silla; ahora Ángel Duccio se ha quedado dormido, seguro que no ha podido resistir, nos podemos levantar. Pero muy despacio, con los pies descalzos. ¡Dios mío, qué largo es el pasillo! ¿Pero era tan largo hace una hora o es que se ha alargado mientras tanto? La madre estaba descansando, quizá Flora también; del piso de abajo no llegaba ningún ruido. Pero en el momento de girar el picaporte, una duda horrible: ¿y si Ángel Duccio no se hubiera quedado dormido? ¿Si estuviera detrás de él, disimulando, en silencio? Era mejor decir algo más, pero mentalmente, sin que le oyeran:

An tan tés,
fili mani pes,
fili mani cuculús,
an tan tus.

Dentro estaba oscuro, olía a polvo, sin ventanas, solo una ventanilla clausurada con un cristal opaco que daba a la segunda rampa de las escaleras, antes de los desvanes. Muebles amontonados: un armario con el espejo manchado, una mesilla encima de una mesa, un sofá con un respaldo tallado y una pila de cajones. Cerraba la puerta y encendía la luz, una bombilla colgada del cable en el centro de la habitación. El baúl estaba lleno de mariposas; si lo abría saldrían en enjambres. Las cosas que estaba buscando estaban en el fondo, antes había una capa de periódicos, después viejos platos envueltos entre pajas. Se ponía aquel sombrero alto, con borla y una calavera. Y después el cinturón con la pistola y los cartuchos. Se miraba en el espejo del armario. Incluso Ángel Duccio habría tenido miedo.

22

«Nemo:

A veces estoy convencido de que eres un incapaz y un bellaco, un hombre que piensa solo en sus cartas náuticas, un egoísta que no sabe ver nada más que un minúsculo trocito del mundo. Y entonces me entran ganas de hundir la puerta de la habitación en la que te has encerrado y de darte una paliza porque no eres como yo creía que eras.

Te lo ruego, vuelve a ser el Nemo que eras, Nemo, antes de que sea demasiado tarde. Y entonces piensa un poco en mí

también, porque creo que desde el ojo de buey de tu puente de mando se ven las cosas que yo ignoraba y que ahora he comprendido. Y cuando acerques tu ojo al periscopio de los torpedos, cuando estas cosas estén exactamente en el centro de la cruz del punto de mira, tú me harás un gesto, bajando el brazo, yo bajaré la palanca y los torpedos saldrán disparados salpicando en el agua, fssssss…»

23

Cerró la puerta con llave.

Pensó que era inútil desnudarse, total, se tendría que levantar dentro de poco. De abajo llegaba una musiquita en sordina, algo alegre. Se volvió a levantar para correr las cortinas, para no ver lo negro de las ventanas. Se acercó a la mesa, para hacer desaparecer de los cajones todo lo que no quería que encontrasen allí. Recogió todas las hojas en las que había escrito algo. Todas, incluso las que tenían viejas composiciones escolares, frases insignificantes o pequeñas cosas sin importancia. Las amontonó todas sobre la mesa y las contempló con satisfacción. Después recordó que en el último cajón, bajo las camisas de verano, había escondido la página que había escrito de memoria, intentando recordar el *Pequeño tratado de toxicología* de la biblioteca. La cogió y, antes de romperla, la releyó:

MICOBACTERIUM MURINUM. Género tuberculoide, unicelular, procariota, posee material genético, pero no organizado como en los eucariotas. Poco visible al microscopio normal debido a sus reducidísimas dimensiones, para su individuación se hace necesario el uso de sustancias evidenciadoras (colorantes comunes), o mejor el cultivo. La siembra se efectúa sobre placas con un terreno de cultivo orgánico o sintético (en tal caso se aconseja el uso de Agar como solidificante), donde crece en colonias de desarrollo notablemente rápido (ca. 20 min. de crecimiento), provocando excrecencias visibles incluso a simple vista. La entrada en circulación de la bacteria es casi siempre irreversible, porque el microorganismo ataca las vías pulmonares con capacidad destructiva inmediata. Pero su terreno de cultivo más idóneo es el pescado putrefacto, empleado normalmente sobre las placas como terreno de siembra. Una gota de líquido cultivado contiene algunos millones de bacterias. Es raro, o prácticamente imposible, poder localizar el micobacterium m. en la autopsia, porque este provoca un colapso cardiocirculatorio sin producir toxinas u otros restos

tóxicos y no presenta, por otra parte, durante la fase de crisis del paciente, los síntomas típicos de envenenamiento, como los agentes tóxicos del género «Boletum» (Véase.)

Secó cuidadosamente el lavabo, apelotonó allí todos los papeles y les prendió fuego. Ardieron en un momento, dejando una cordillera de humo sobre la loza. Limpió la suciedad con un trapo mojado y dejó correr el agua. Abrió la ventanilla bajo el lavabo y olisqueó el aire. Perfecto, no se percibía ningún olor. El saquito estaba cerrado herméticamente. Apretó con un dedo el pequeño envoltorio de plástico. Era blancuzco, acuoso. El pez rojo debía de estar completamente podrido.

NOTAS

[1] Marca de vehículo italiano de los años cuarenta. (*N. de los T.*)